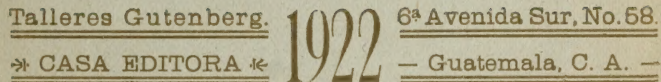
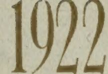
RAFAEL AREVALO MARTINEZ

MANUEL ALDANO

(La Lucha por la Vida)



Talleres Gutenberg. 1922 6ª Avenida Sur, No. 58.
CASA EDITORA — Guatemala, C. A. —

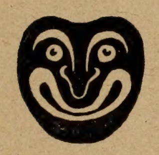
EDICIONES GUTENBERG

MANUEL ALDANO

por Rafael Arévalo Martínez

RAFAEL AREVALO MARTINEZ

MANUEL ALDANO
(LA LUCHA POR LA VIDA)



GUATEMALA, C. A.
Talleres "Gutenberg."—6ª Av. Sur, Nº 58.
1922.

Talleres "GUTENBERG"—Guatemala, América Central.

DEDICATORIA:

A MERCEDES MACHADO.

El Autor.



PROLOGO DEL AUTOR

¿Por qué, después de una vacilación de muchos años, el autor entrega al público esta obra de su primera juventud, sin que la haya sido posible reconsiderarla ni hacer la necesaria corrección de estilo, con el temor de haber perdido en ella varias veces a su asno, aunque con seguridad que nunca perdió a su Quijote, y a pesar de ser un libro triste en que del "un gran dolor y pequeños cuidados" de Rubén sólo aparecen los cuidados pequeños?

Se da como un consuelo para los tristes y para los enfermos. Que los seres débiles vean caminar a un ser débil delante de ellos y aprendan a confiar, a resignarse y a esperar. Que a su pregunta ansiosa haya una contestación afirmativa.

La presente historia de los primeros pasos de un adolescente mal dotado en la inquieta búsqueda del propio camino se puede sintetizar con los dos versos del poeta:

"*He formulado mi pregunta ante la vida*
y parece que la he formulado en malas condiciones."

La respuesta, apenas insinuada en esta obra fragmentaria, hay que darla con más precisión. Es

muy sencilla: Aldano fué el poeta de la nación en que le tocó nacer.

"Manuel Aldano" únicamente comprende la narración de su vida hasta los veintiún años. Toda existencia humana, por obscura que parezca, tiene noble y serena solución si la anima una buena voluntad. Y hay que agregarlo: Aldano pudo ser útil a los hombres. El autor anhela describir en una obra futura la clara y fecunda senda que esperaba a su protagonista al concluir su penosa iniciación en la existencia.

Guatemala, diciembre de 1921.





MANUEL ALDANO

- LA LUCHA POR LA VIDA

I.

El empleo, objeto de todos mis anhelos, no se obtuvo durante mucho tiempo. Al fin, un día, mi tío paterno vino con la sensacional noticia: ¡se había conseguido un empleo para mí! Entraría a la casa de comercio del conocido tratante don Juan García.

—Por supuesto—me dijo mi tío—que al principio no ganarás nada: te aceptan como empleado supernumerario, lo que es muy justo, pues no serás útil sino tal vez molesto. Aprenderás el comercio del señor García, y cuando seas capaz de prestar servicios en su tienda, te señalará un sueldo que estará en relación con lo que merezcas. El tiempo durante el cual no se remunerará tu trabajo, también depende de tí. Apresúrate a hacerte útil y a aprender a ganarte la vida, que bien lo necesitas para ayudar a tu madre y a tu hermana. ¿Sábes dónde está el almacén de *El Aguila* en que irás a trabajar?

—No, don Manuel.

Me lo indicó con detenimiento y se marchó a su casa.

Empezaría mi aprendizaje al día siguiente, y aquella noche no dormí. Por primera vez iba a ser empleado. A las cuatro de la mañana ya estaba en pié. Tomé con dificultad un sobrio desayuno a ruegos de mi madre que se había levantado del lecho al oír mis pasos en la habitación vecina. También Adela madrugó. Mi pequeña hermana había adquirido, en la dura escuela de las privaciones, un precoz sentido práctico, que a veces me hacía daño. Y aquella ocasión era una de ellas. Se interesaba tanto por el empleo que iba a dar a mis aptitudes en casa del señor García: esperaba tanto de él; tan a las claras me incitaba a trabajar con ahinco para ganar pronto mucho dinero, que mi corazón se llenó de congoja. Cuando supo que entraría de meritorio, que probablemente en el transcurso de muchos meses no ganaría nada, protestó en diez tonos diferentes. Mi madre, llena de sentido común, de un intuitivo conocimiento de mi inutilidad y de una compasiva ternura, comprendió mi dolor al oír las frases de mi hermana y procuró aplacarla. Nervioso, marché una hora antes de las siete de la mañana, que era cuando debía empezar mi trabajo diario. Todavía al salir, Adela inquirió desde la puerta:

—¿Manuel, nada, nada ganarás en ese empleo?...

II.

......Caminaba afligido por las calles de la ciudad, ya próximo al sitio donde, según las indicaciones de mi tío, debía hallarse el almacén. Por primera vez

en mi vida, empezaba a fijarme en los rótulos de las tiendas, buscando el de *El Aguila.* En vano, esforzando mi vista de miopé, movía los ojos en todas direcciones, sin atreverme a preguntar a los transeuntes. Así dí varias vueltas y leí varias veces los mismos letreros de grandes caracteres: "*El León Dorado*," "*La Camelia*," "*La Fama*," "*Intertropical Mining Co.*," "*Pedro Dagliesh*," "*Oficina de Comisiones*" . . . .

A cada instante andaba con paso más apresurado, temeroso de empezar mi nueva vida con una falta de puntualidad. Al fín me resolví a preguntar a un caballero que pasaba:

—¿Señor, el almacén *El Aguila*?.....

—¡Oh!—contestó una voz con el timbre de los compatriotas de la vecina República de El Salvador. —No soy de aquí; pero, vea, ahí dice *El Aguila.*

Volví a mirar: el almacén estaba en frente.

Mi apresuramiento había sido completamente inútil: en el reloj de la Catedral sonaron las campanadas de las seis y media de la mañana. Ví el mío, hermosa prenda de oro, herencia de mi padre. Sí: eran las seis y media. ¡Todo aquel trajín había durado apenas quince minutos!

III

....Apoyándome contra la puerta cerrada, esperé. A las siete menos cuarto empezaron a abrirse los comercios vecinos. Llegaban dependientes con las manos en los bolsillos, sin apresurarse, soñolientos y mal humorados, casi todos con un sello de estolidez y truhanería que me causaba un instintivo temor. A dos

pasos de la puerta de una tienda, ante los ventrudos patrones alemanes, se modificaba su aspecto: las manos salían de los bolsillos, el cuerpo se enderezaba y en los labios aparecía una sonrisa servil. Otros esperaban, como yo, reunidos en grupos. Oía las conversaciones de los de la tienda de la derecha: hablaban de toros y de novias; sus miradas se detenían en mí, curiosas y con una indefinida amenaza que me causaba menos molestia que su tenacidad. Y aquella primera espera en que, por desconocido, me daba en espectáculo a los próximos empleados de comercio que iban a ser mis vecinos, me enervaba: me parecía ridícula.

Dieron los siete. Minuto tras minuto se animaba la calle. Se oían ruidos de cerrojos al descorrerse; se cargaban grandes piezas de madera, que eran conducidas a la trastienda; y aparecían vitrinas llenas de objetos puestos a la venta. A la puerta de los almacenes, los patrones desdoblaban enormes periódicos, grandes como sábanas y de diminutos caracteres. Un curioso que acertara a pasar, no hubiera leído en ninguno de ellos un vocablo español. Eran "*The World,*" "*The Dayle Picayune,*" "*The Times*"..... En frente de mí, unos chinos silenciosos, inmobles, parecían maniquíes de su propio comercio, exactamente igual a los otros que en a ciudad eran manejados por sus compatriotas. Al fin todas las ventas de la calle estuvieron abiertas. Sonaron las siete y cuarto..... Unos minutos después vi llegar a un hombre alto, vestido con un traje obscuro, y con lentes negros. Llevaba en la mano unas grandes llaves que en un momento hizo girar sobre sí mismas en la cerradura de la

puerta donde yo esperaba y en el interior de dos o tres candados, y se dirigió luego a hacer la misma operación en las puertas vecinas, que también pertenecían al almacén de *El Aguila*. De pronto, instintivamente, comprendí que debía empezar a hacerme útil: decidí descorrer los cerrojos y concluír la apertura de la puerta. ¡Inútil propósito! Mis esfuerzos fracasaron; pero ya estaba ante mí el hombre de las gafas negras, que en un instante lo hizo, y entramos al almacén acompañados de un chico basto, lleno, de cara cuadrada y ojos pequeños. Todo su rostro revelaba una tangible muestra de maldad y de socarronería. Entró apresurado, con un respetuoso *buenos días* dirigido al hombre de las gafas, que no contestó, y una sostenida mirada al intruso, al nuevo compañero, es decir, a mí, que en aquel instante sentía cernirse sobre mi vida una amenaza. Pocos minutos después, el chíco salía de la trastienda con una regadera en la mano. Entonces el hombre alto pareció darse cuenta de mi presencia: me dirigió una mirada cruel.

—¡Ah! ¿Ud. es el nuevo empleado de que me habló ayer don José?

—Sí, señor, servidor de Ud.

—Está bien.—Juan, díle al señor donde puede poner su sombrero.

.....Entré a la trastienda, al mismo tiempo que un tercer sujeto enjuto, de nariz y labios delgados, con todo el aspecto de un don Juan Tenorio de almacén, irreprochable traje, corbata en forma de mariposa, y botas bajas de extravagante forma. Y a su rápido visión, comprendí que aquél, y no ninguno otro, era el tipo del genuino dependiente de

comercio. En efecto, era el último de los empleados de *El Aguila;* el último de los que conocí, pues en categoría seguía inmediatamente después de don Francisco Gall, el hombre de las gafas negras.

Juan Ordóñez y yo éramos los muchachos del almacén: una especie de mandaderos, correveidiles o aprendices de que los comerciántes, con poco o ningún sueldo, se valen para los más bajos menesteres de sus establecimientos. Barrer, sacudir, hacer mandados.....entraban entre nuestras obligaciones.

Ante el recién venido se desvaneció la mala impresión que me produjera mi joven compañero de trabajo: tal era la bajeza de alma y la crueldad que se reflejaba en el rostro de aquel. Juan era torpe, socarrón y malo;. era un muchacho de las clases bajas, malo.— Nuestro Jefe inmediato, que se llamaba Roderico Anleu, en una escala un poco superior, era inteligente, astuto y malo. Y toda la maldad de Juan Ordóñez se desvanecía ante la maldad más refinada de Anleu.

Todos entraron con febril actividad. Parado en el extremo del almacén, que la limpieza dejaba momentáneamente libre, mi inactividad me pesó. Nadie me dirigía la palabra ni me indicaba qué tenía que hacer. De vez en cuando, por maldad o por descuido, un chorro de agua me bañaba los pies: era el tren de aseo que llegaba hasta mí en la forma de Juan Ordóñez. Me trasladaba al otro lado del establecimiento, y sentía que estorbaba, como todo el que permanece inactivo donde los demás trabajan. No pude contenerme, y me dirigí a Anleu:

—¿En qué puedo ayudar?

Una mirada de desprecio y la callada por respuesta.

Me dirigí a Ordóñez, que imitó a Anleu. Entonces fuí a donde estaba don Francisco, que leía un periódico, y le repetí la pregunta.

—A ver, una regadera y una escoba para este bachiller.—Anleu, puede Ud. darle las suyas y hacer otra cosa.—Bien, aquí las tiene Ud. Al regar, procure no mojar las mercaderías ni hacer charcos. Y para barrer bien, observe como lo hace Ordóñez, sin levantar polvo. Listo, bachiller, para esto no se necesita gramática.

Ya con la regadera en las manos, empecé a entrar en funciones. Se me envió a la casa vecina a traer agua. Al pasar por la calle, sin sombrero, con aquel trasto en la mano, me pareció que todos los ojos se fijaban en mí. Sabía ya, enseñado a menudo por mi madre y por mi tío, que ningún trabajo deshonra. Lo comprendía y lo sentía. Mas era demasiado brusco aquel cambio de un hogar pobre, pero en el que había sido mimado, y de un colegio en que fuí una de las figuras descollantes, a aquel medio de bajos menesteres, para que no experimentara emoción.......Era una mezcla de orgullo al sentirme capaz de desempeñar los puestos más humildes, si era necesario; y de vergüenza, de una rara vergüenza, por abstracción, al pensar en los míos: de la vergüenza que habría sentido Adelita si me ve así; y del dolor que hubieran sentido mi tío y mi madre al creerme a mí avergonzado y dolorido. Y en la mezcla había también extrañeza. Y, del fondo de todo esto, se alzaba un vago dolor.

En la casa a donde iba a pedir agua, reconocí la posesión de un poderoso miembro de la alta sociedad, en cuyo escritorio trabajaba algunas horas mi

tío. El dueño del edificio daba en arrendamiento las piezas exteriores para puestos de comercio, y habitaba con su familia las dependencias interiores. En medio del gran patio habia una hermosa pila. Cuando me disponía a llenar en ella la regadera, recibí el regaño del fastuoso cochero del rico señor, que me gritó desde la caballeriza que no era esa la fuente que debía proveerme: "Pués no faltaba más!" Se quejaría al amo. Cada día se volvían más insolentes los empleados de comercio.—Me señaló un depósito en que abrevaban los caballos. Tomé el agua y regresé a la tienda.

Cuando quise regar, tropecé con una gran dificultad: no miraba claramente el suelo. Acaso en mi hogar aquel hubiese sido nimio obstáculo, pues en los cegatos hay un sutilísimo sentido que suple la deficiencia de la vista, y una particular ductilidad del cuerpo, que permite a éste inclinarse mucho. Pero la conciencia exagerada de una grande ineptitud y de una gran torpeza, que creía eran mi único dote; la educación de niño mimado que se me había dado; y el no haber vivido hasta entonces sino en colegios y en la casa paterna, ni lidiado más que con libros y útiles de escritorio, me ataban tanto que deseé morir . . . . Un sudor frío humedeció mi cuerpo. Hice, en verdad, los charcos que temía, y la regadera escapó de mis manos, rompiéndose y bañando varios bultos de casimir y un acordeón. No se me dijo nada, pero se me quitó la regadera, que volvió incompleta a manos de Anleu—y se me relegó de nuevo a la inmovilidad. A mis ojos no asomaron lágrimas, porque un vivo fuego las consumia. ¡Era, pues, inútil hasta para barrer! Mi miopía

se agrandó en mi imaginación: me creí igual a un hombre mutilado. No debían esperar de mi nada los seres a quienes amaba. . . . Y todavía un mutilado era más dichoso que yo, pues su sitio en el mundo estaba definido; pero yo no era sino torpe, de una especie intermedia, sin derechos y con deberes. Se me dejaba la esperanza, el suplicio de la esperanza. . . . Un mutilado se resigna: yo no tenía este consuelo. Y mi tendencia a lo absoluto, a lo perfecto, a las sumas, aquella tendencia que cuando yo estudiaba me hacía sacar síntesis, prefiriendo saber pocas líneas generales, pero todas las líneas generales, a saber detalles de una parte y nada de las otras; que en las clases me llevó a ser el primero, y al solo entrar en *El Aguila* puso en mi corazón el mismo deseo; que, errada entonces en su dirección, complicaba mi vida y me hacía doloroso lo que para los demás era fuente de alegría, difícil lo que para los demás era fácil; que en un aprendizaje me impulsaba a dominar lo más costoso; que me inclinaba a los extremos en todo; mi tendencia a lo absoluto, que se albergaba en un cuerpo insano y débil y lo conmovía como una gran ave aleteando en una estrecha jaula de mimbres,—me llevó una vez más a la boca un sabor amargo. . . .

IV.

. . . . Concluída la limpieza del suelo, don Francisco arrojó afectadamente el periódico sobre el mostrador y nos gritó:

¡Aprisa! Ahora que somos tantos, hay que tener esto como una copa de plata. ¡Arriba los plumeros!

En un momento, dos de éstos fueron blandidos por otras tantas manos. El "ahora que somos tantos," lo consideré dirigido en especial a mí, como a un ser que estaba demás, que había sido recibido por benevolencia, y tomé también mi correspondiente artefacto de plumas, empezando una más ruidosa que efectiva limpieza del polvo que cubría los objetos. Mis compañeros parecían complacerse en hacer ruído, y pronto me contagié de ellos. Nos dividimos matemáticamente la tienda, y, subidos en sendas escaleras o apoyando los pies sobre los mismos estantes, que casi tocaban el techo, empezó un chis-chas sobre los papeles y cartones que envolvían los géneros del comercio.

V.

El ruidoso ejercicio de los plumeros me hizo mucho bien.....Apenas bajados de estantes y escaleras, me llamó don Francisco:

—Bachiller, verá Ud. cómo engalanamos nuestras puertas para goce y recreo de los habitantes de la muy noble y muy leal ciudad de Santiago de los Caballeros de Guatemala. Fíjese, porque Ud. quedará encargado de esta puerta, y para adornarla se neceta más talento que para conjugar el *rosa, rosae*. . . . Por que ha de saber bachiller, que yo también estuve en un colegio de curas y aprendí hasta el *quis belqui*. Primero fija Ud. estos hierros en sus correspondientes ganchos; después, sobre ellos pone Ud un hermoso fondo de frazadas; en seguida Ud. extiende estos pañolones de lana, legítimos. Mucho ojo con el matiz, que resulte artístico. A continua-

ción Ud., alternándolos convenientemente cada día y de modo que se vean todos, cuelgue los distintos objetos de nuestro comercio. Hoy pondremos acordeones, pañuelos de seda, gorros, zapatillas..... ¡ah! y, sobre todo, unos honestos calzoncillos, para recreo de solteronas y no solteronas.

La exhibición churrigueresca que hacíamos de tan varias cosas, en aquel establecimiento de catalanes que sacaban a sus puertas la mitad de su comercio, me causaba asco, molestia, vergüenza y admiración a la vez. Asco, molestia y vergüenza la impúdica exhibición de piezas interiores de vestir; admiración, el conjunto pintoresco que presentaba nuestra tienda, alegrando la calle con los vivos colores de algunas telas; pero en el fondo de mi mismo, un ser que ha comprendido siempre todas las acciones humanas me decía: "¿Y por qué te asustas? ¿Por esas piezas interiores? ¡Bah! El pudor consiste en una cosa más alta: es una cobardía de los hombres no aceptar todas las cosas de su naturaleza. Sí: las personas de buen gusto; de alma delicada, no harían esa innecesaria ostentación. Pero estos son comerciantes que necesitan vender!" Y ya solo quedó en mí, admiración por los valientes catalanes, los únicos en toda la ciudad que hacían de la calle una perpetua feria, y de sus tiendas de relativa importancia un perpetuo puesto de buhonero al por mayor. En los otros almacenes únicamente empleaban, para exhibir las mercaderías, vitrinas especiales; los catalanes, además de las vitrinas, ocupaban las puertas. Y así mi alma de muchacho, arrancada por primera vez a las faldas femeninas y a las regordetas manos canonicales, se sacudía como las aves después de las llu-

vias, buscando el equilibrio moral en el nuevo medio.

¡Y qué fuerza de adaptación la que habia en mí! A los dos o tres días ya hubiera podido creer que hacía un siglo que estaba como dependiente supernumerario en *El Aguila.* ¡Quién sabe qué pupilas mías se habían contraído ante la claridad!

VI.

.....Los días se sucedían sin que ni uno solo pasara sin un dolor, una vergüenza o un escarnio. Cuando entraba en la tienda, que, en verdad, no podría decirse que fuera uno de los más surtidos almacenes, un hombre de las clases mas pobres o un provinciano,—clientes de los más numerosos—y pedía un objeto que no existía en el establecimiento, Ordoñez y yo mismo corríamos a *La Camelia,* distante unas sesenta varas, o a cualquiera otra tienda de un comerciante amigo y que estaba en el secreto, y traíamos lo pedido. Así, aquellos extraños comerciantes vendían múltiples cosas surtiéndose en la plaza a la vista del cliente, que se llevaba su compra con un tanto por ciento más. Y ya podía el lugareño pedirnos los objetos más ajenos a nuestro tráfico. "¿Un queso de Gruyére? ¿Veinte frascos de Emulsión de Scott para la botica del pueblo X? ¡Un momento, señor! Mandaremos a la sucursal, que está a diez pasos de aquí. ¡Se nos acaba de agotar! A ver, bachiller, corra Ud.: ¡vivo!"—Algo me costó adiestrarme de correveidile inteligente. Los primeros días mezclaba géneros y especies. "Pero, ¡bachiller! Ud. tiene la cabeza de rábano más estúpida

de la creación.'' Y confieso que merecía el grosero regaño. Hasta los niños de mi ciudad saben distinguir una tela de otra. Pero yo había vivido tan lejos del mundo real, que no sabía el nombre del tejido que me vestía. Mi cortedad de vista me llenaba de torpeza. Y no era, por cierto, falta de buena voluntad. Con importuna solicitud preguntaba los primeros días: "¿Cuánto vale ésto? ¿Cómo se llama aquello? ¿En qué se conoce tal género?'' Pero se mofaban tanto, que concluí por no hacerlo: debí entender que era cosa de tiempo; que el más torpe—y yo no lo era—adquiere el conocimiento en un ramo cualquiera de la actividad humana, paso a paso, en una pequeña conquista diaria. Sólo que mi compañero Ordóñez había vivido en aquel tejemaneje, y lo que yo aprendiera en el empleo de mis aptitudes hasta entonces, no me servía allí.

Pronto, como es natural, fuí objeto de las burlas de mis compañeros,—burlas de que en el comercio no escapa el aprendiz por listo que sea, sobre todo en las tiendas españolas. Burlas crueles, ignominiosas, que mi quijotismo no llevó con paciencia. No me guiaba el sano instinto que hace a los bien dotados orientarse en la vida: las exageraba, las creía eternas. Un día en que Ordóñez me puso una larga cola prendida del saco—y esta era la menor de todas las burlas—resolví castigarlo, a pesar de aquel mi eterno miedo que me llevó temblando a mis riñas juveniles;—a pesar de mi eterna imaginación, abultadora de las arenas, que me llevó a ellas preparado para morir; a pesar de mi eterno amor propio que, no obstante, me llevó a ellas. Esperé en la trastienda a mi obstinado perseguidor, y la emprendí a

golpes con él. ¡Fué ensañarme en un cobarde! Sacó de pronto sus tijerillas de hortera, y me produjo con ellas una insignificante herida; pero cuando me vió seguir, no impertérrito, pero sí firme en mi propósito de castigarlo, se cubrió la cabeza con las manos y se dejó pegar como un menguado. Don Francisco acudió al ruido, y, después de complacerse algunos momentos en el espectáculo, nos separó. Su rostro de genuino español, asíduo concurrente a las riñas de gallos y a las corridas de toros, brillaba de satisfacción. Comentó el hecho durante varios días con Anleu y con algunos toreros y gente amiga de éstos, que, ya al atardecer, formaban tertulias en *El Aguila*, como quien comenta los lances de la riña de un *giro* y de un *melcocho*, o el poder y la nobleza de un miura. Olvidaba decir que, no bien pasada la escena, el señor Gall, corrió a un rincón de la trastienda y dió a los combatientes un trago de cognac, que compartió con nosotros para que "pasáramos el susto" Despues nos preguntó, muy serio:

—¿Quiéren que dé parte al patrón?

Como es de presumir, no quisimos.

—Pues está bien: yo soy un buen chico; pero que no se repita ¿eh?

Y para hacer la necesaria diferencia entre vencedor y vencido, me llamó aparte y, sacando del mencionado rincón en que guardaba el cognac un recipiente que yo no conocía, lleno de vino, me invitó a que tomara.

—Le enseñaré a Ud.—No se aplica el pitón a los labios: a diez pulgadas ¿eh?—Hay que tomar a pulso.

La enseñanza fué más larga de lo que convenía a

la sobriedad de don Francisco, que se puso demasiado alegre. Yo bebí después de él. Así conocí la bota española, de la que antes sólo había oído hablar y había leído en innúmeras novelas regionales.

—Sí, bachiller: esto se llamá bota. ¡Oh, es lo más rico que existe! ¿Ve Ud. este cuero? Es cuero de gato, preparado solícita y prolijamente. Seis meses lo tienen en un baño de alquitrán y otras esencias, que son las que dan este delicado sabor al vino. ¿Otro trago? Sí: otro trago: lo ha ganado.

Y soltó una horrorosa blásfemia. Después, continuó:

—Qué modo de pegar! Vamos, que sabe hacerlo Ud. bien. ¿Por qué no se dedica a torear?

Se interrumpió momentáneamante porque acababa de llegar un comprador:

—¿Eh? ¿qué deseaba? Espérese, patrón, un instante. Entre a la tienda. Estos chicos son unos inútiles. Pues ya lo creo que hay *madapolán!*

Luego volvió a mí, y añadió, en secreto:

—Bachiller: corra a buscar *mada-polán* en la tienda que Ud. sabe.—En seguida en tono de monólogo: ¿Qué diablos será *madapolán?*

VII.

.....Los días que sucedieron a mi hazaña tuve, como resultado de ésta, una notable disminución de burlas: Ordóñez no volvió a molestarme, y yo había ganado alguna estimación en el ánimo de don Francisco. Hasta Anleu abandonó sus pesadas bromas para acudir a otros medios de humillarme y molestarme:

—Aldano, corra a traerme dulces a la pastelería,—gritaba cuando, ausente don Francisco, me veía cambiar algunas palabras con algún amigo que se acercaba a nuestro mostrador en solicitud de una mercadería. Mi inmediata obediencia en vez de desarmarlo parecía hacerlo más implacable, y aprovechaba todas las ocasiones posibles para lastimarme. Yo sufría sus impertinencias y procuraba hacerme útil; trataba de recordar precios y distinguir telas. Con todas las potencias de mi alma, observaba el método de venta de mis superiores. Don Francisco, interesado de una manera directa en el negocio, por su calidad de asociado, era verdaderamente un mercader temible.

—Oiga, Aldano, me decía las raras veces en que una copa de más lo ponía de buen humor (Es decir, eran raras, no las veces en que tomaba una copa de más, sino las veces en que estaba de buen humor). —Hay que tener ojo de comerciante, y por la sola presencia del comprador deducir la suma de amabilidad y el tiempo que debe uno dedicarle. No todo comprador de aspecto de persona acomodada es un buen cliente. Tal vez tenemos los mejores entre los que en España llamamos provincianos. Antes que en el traje, más o menos rico, hay que fijarse en el rostro y en la actitud del comprador, en la mayor o menor preocupación con que pregunta por el objeto anhelado, y en la mayor o menor rapidez con que entra en la tienda,—dado, por su puesto, su carácter, pues hay personas para las cuales es rapidez lo que para otras es lentitud. Los ojos del cliente también hablan al comerciante experimentado. Si al entrar no echa una ojeada por el almacén bus-

cando el objeto que desea, mala señal: es que no tiene grandes deseos de comprar. La mayor generosidad se conoce en el rostro. Hay narices de lugareño, narices alargadas en forma de pico de ave, que con su sola presencia me indican que la batalla será reñida. Otras veces un tono nervioso al regatear, por mucha que sea la insistencia, me convence de que el comprador ha decidido llevarse la mercadería en trato: la batalla está ganada. Hay personas muy suceptibles a un halago, con quienes no debemos economizar las buenas palabras: volverán al establecimiento. Para éstas, hay que rebajar todo lo posible el precio. Es preciso conocer que otras van de paso, que no volverán, caso en el que se debe tratar de obtener la suma más alta, por exagerada que sea. En cambio, no hay que perder tiempo con ciertos sujetos que no compran nunca: la experiencia se los hará conocer. Vea Ud., por ejemplo, ese indio que trata con Anleu: ¡no comprará!

Se volvió hacia el pobre hombre a quien acababa de aludir, y gritó:

—A ver, cara de burro: ¿qué quieres? ¿Pañuelos? No hay. Aquí sólo hay frenos para bocas de indios: ¡a la droga!

Y como el indio se quedara viendo, asustado, lo empujó con la vara de medir, repitiendo:

—¡Largo! ¡Largo! Te esperan tu mujer, tus cerdos y tus demás animales.

En buena escuela aprendía yo. Había proferido mi jefe la anterior parrafada estimulado por mi atenta curiosidad y por la admiración que leía en mis ojos. Hablaba, más que para enseñarme, para jac-

tarse ante mí de sus habilidades. Y a la verdad que no mentía: era, sin duda, un buen comerciante.

Anleu, con bastante "buen mostrador," no le iba en zaga cuando se veía observado. En cuanto a Ordóñez, era una grotesca caricatura de sus superiores, a los que imitaba gestos y palabras, y, sobre todo, la insolente actitud con los pobres indios, enseñados a sufrirlo todo con paciencia por varios siglos de esclavitud. ¡Aquello era ignominioso!

Toda la ciencia de don Francisco se estrellaba ante la falta de clientes. Fuera de la media hora que empleábamos por la mañana en el aseo del establecimiento, casi todo el resto del día permanecíamos mano sobre mano, hasta las seis de la tarde en que se cerraban las puertas de *El Aguila.* Nos turnábamos a la hora de armorzar, para que el almacén no quedara sin quien lo atendiese. De once a doce marchaba yo a mi casa; permanecía en ella el corto tiempo destinado a una sobria refacción, y regresaba después con paso rápido. Siempre llegué cansado a mi vivienda: en aquel trabajo era necesario permanecer de pié todas las horas del día, y pobre del que se apoyara sobre el mostrador porque ya tenía encima la voz ruda del principal, llamándole haragán y otras lindezas. Cuando llegaba yo, lleno de enervamiento, a nuestra modesta habitación, ya me esperaba mi madre a la puerta; me tomaba de la mano el sombrero, y me llevaba al comedor. Adela corría al ruido de mis pasos. Y se me atendía, y se me linsojeaba. ¿No estaba ya trabajando el hombre de la familia, del que se esperaba tanto? Y aquel buen recibimiento me daba más dolor que las groseras burlas del principal. Sentía

que se esperaba de mí una cosa que no podría dar, y nada hay más triste que defraudar una confianza.

En *El Aguila*, aquel comercio semi-muerto, Anleu, el dependiente de más categoría, apto para el trabajo y útil, ganaba una modestísima cantidad. A Ordóñez se pagaba una suma irrisoria, insuficiente hasta para los cigarros del vicioso muchacho. Después supe que tanto uno como otro robaban a los dueños de *El Aguila* para poder atender a sus necesidades. Qué esperanza tenía yo de ascender y de ganar algo en semejante situación? Y la pobre madre, que trataba de leer en mis ojos si venía contento, anhelosa de mi felicidad; y Adela, que aguardaba de mí el alivio de nuestra pobre situación, me llenaban de dolor. Cada día me iba sintiendo más inepto, más triste, más acongojado. Y aquella sugestión de mi inutilidad, realmente me incapacitaba.

En raras, muy raras ocasiones, el jefe se espontaneaba conmigo. La mayor parte de las veces, con esa irritación que da el abuso del alcohol, nos increpaba por cualquier cosa. Ante su presencia amenazante permanecíamos las horas y las horas, enervados, procurando no hacer ruido para no provocar sus furifundas miradas. La presencia de un comprador, que esperábamos con ansia, nos daba un pretexto para movernos. Al menor deseo subíamos al último tramo de la escalera para bajar la pieza pedida. "Tres varas de azul eléctrico? Ud. lo verá, señor! Tenemos un azul de lo más eléctrico posible."—Y nuestras piernas se movían, y nuestros brazos se extendían, y nuestras bocas tenían derecho a pronunciar la palabra humana. Y en mí, latente, se desarrollaba una pobre alma de hortera, una baja

alma servil y obsequiosa, porque.... ¡había que desarmar al Jefe! Mi espíritu adolescente empezaba a sentir, ante aquella autoridad imperiosa, esa necesidad de halagar, que hace las tiranías.

¡Y qué respetuosa era nuestra actitud ante la mujer de don Francisco! ¡Qué mimados sus niños cuando nos concedían la honra de punzarnos con un alfiler, al pasar, o nos pedían, con el pequeño caudal de su voz menuda e imperativa, que les diéramos cajas de cartón! "Verá Ud., amiguito, ahora no tenemos". "¡Ah! ¿no tienen? Se lo diré a papá!"

La fuerza nerviosa acumulada en aquellas largas horas de inerte espera, tenía de pronto, en mí, raras explosiones. Mis pensamientos, como águilas caudales, volaban cada vez más alto: se acercaban a Dios. Una inmensa dulzura se apoderaba de mi alma. Lo comprendía todo, lo perdonaba todo; amaba mi miopía y mi incapacidad. Veía iluminarse la tienda con una luz celeste. Acallando los ruidos insignificantes del pasar de vehículos y el transitar de hombres en la calle, oía el ruido de los mundos al pasar en el éter. ¡Don Francisco y Anleu eran buenos! Sus faltas, sus humanas faltas, muy comprensibles y muy perdonables. Y algo me impelía a dirigir una mirada de amistad al rostro cuadrado de Ordóñez. ¡Cómo hacerme perdonar los golpes que le había dado! Ante las telas que me rodeaban, balbucía: ¡Que grande es la industria de los hombres! ¡Qué bien ordenada está la máquina del Universo, tan varia y tan una, es decir tan bella! E imprevistos, reales, caudalosos, armónicos, eternos, oía en mi alma sonar los versos. Mi cuer-

po se cubría de un sudor frío, mis cabellos se erizaban ante aquella extraña voz que hablaba en el silencio y era la misma alma del silencio..... ¿De dónde venía, que se la creyera nacer de muy hondo, dentro de mí, y me decía cosas tan bellas? ¿Era yo, o era un dios interno? Formaba largas tiradas de versos, que acariciaban mi alma horas enteras. De pronto me sacaba de mi abstracción un papirotazo o un grito:

—Eh, bachiller: aquí no se viene a dormir. ¡Córcholis! ¡Parece Ud. poeta! ¿Estaba declinando el *rosa rosae*, o se acordaba de Virgilio? ¡Vivo, amigo! Corra a mi casa, y me trae un poco de esencia de café.

....Otras veces, en aquellos mis largos ratos de ocio obligado, que tenían tan brusca interrupción, recordaba muchas cosas. Pensaba en el tiempo, tan próximo aún, de un estudio asiduo llevado a tal exceso, que me enfermo para toda la vida. Sólo había tenido, durante él, un propósito: obtener lo más pronto posible la toga del abogado y notario. Ante mis ojos de niño se había descorrido la cinta de cinematógrafo de diez o doce años de estudio, que concluían con el anhelado título profesional, como la única perspectiva digna y remuneradora que conducía al éxito en la vida. Y con la tendencia a lo absoluto que había en mi alma, me aferré a aquella idea. Y llevé al exceso, al exceso con que lo hago todo, el estudio durante los dos años angustiosos. Se me había dicho: este es el camino; y eché a correr por él. Para adelantar dos o tres años el instante en que, ya graduado en ciencias y letras, podría ayudar a los míos dando

clases en un colegio o a domicilio, hice cursos extraordinarios, fruto de trabajos superiores a mis fuerzas. Veía, distintas, en mi abstracción, la cara de angustia de mi madre, Recordaba las privaciones a que se había sujetado para que yo pudiera ir a un colegio, con la esperanza de que un día consiguiese el título universitario, supremo anhelo de todos los padres latinos para sus hijos. Venía a mí la severa imágen de mi tío paterno, el Licenciado Manuel Aldano, amo absoluto de mi casa, que todos los domingos examinaba mís adelantos en los estudios y me hacía entrever, como único fin de la existencia, el diploma de abogado o de médico. Y evocaba el fracaso definitivo que hizo inútiles tan dolorosos esfuerzos. Como toda labor humana, la que hiciera durante tantos meses con todas las potencias de mi alma, se vió recompensada: la terminación del año escolar fué para mí un triunfo sonoro. En todos los exámenes, las *S. S.* luminosas; después, alegres premiaciones que cubrieron mi pecho de argentinas medallas... Las gafas de mi tío se empañaron al presenciar los ruidosos triunfos desde la primera fila de los espectadores. Yo, desde el sitio prominente que ocupaba, lo veía, a cada nueva medalla que prendían a mi pecho llevar el pañuelo a los ojos sin recordar los lentes intermedios. En cambio, sólo al concluir el acto solemne pude ver que también los bellos, los suaves, los cansados ojos de mi madre, estaban humedecidos. Medio escondida en último término, parecía aquella vez, como todas, pedir licencia para ocupar un sitio en el mundo.

Luego evocaba unas vacaciones dolorosas, en que la reacción de un largo, enfermizo esfuerzo, me

tuvo postrado en el lecho. Tristes pasaron para mí. Sudores tibios humedecían por la noche mis sábanas, que sin duda por ello se pegaban a mi cuerpo cenceño, muchas horas. La aurora dejó de ser mi buena amiga, la compañera de mis estudios. Solía levantarme cuando ya el sol lanzaba sus rayos casi verticales sobre la tierra. La reacción de dos años de penoso trabajo me había dejado débil como un convalesciente de penosa enfermedad. Después de interminables horas nocturnas, que pasaba esperando la voz metálica del reloj, ya cuando se avecinaba el alba, caía en un sopor doloroso, conturbado por negras pesadillas en que se descendía a lóbregos abismos o marchaba al borde de precipicios amenazadores. Aves negras revolaban en mis sueños. Despertaba ahogándome, y pedía tan repetidas veces no dormir sólo en el ancho, frío y desmantelado cuarto que ocupaba, que al fin mi madre compadecida, me llevó a la vecindad de la alcoba de mi hermana.

A los dos meses de descanso, cuando quise tornar al estudio, me había sentido por completo incapaz. El médico de la familia, el doctor Esquerdo, prohibió definitivamente mi vuelta al colegio, conminándonos con una sentencia de muerte. Y así, continuó mi ocio. Lentamente volvía a mí algo de la salud perdida: el reposo acumulaba fuerza nerviosa en mi organismo, y entonces ostilizado por todos lados, viendo múltiples puertas cerradas, aquella resolución—la de tantos—¡buscar un empleo! Lo pedí al tío paterno, sin precisar de qué género lo quería ni estudiar mis aptitudes. Ni por un momento se me ocurrió buscarlo yo mismo. Tímido,

y pegado a las faldas de dos mujeres, como había vivido, no sólo carecía de toda iniciativa, sino que se me había enseñado a contar en todo con el padre, o, en su defecto, con el tío que lo representaba; a contar con el padre latino, que mientras dura su vida y aún después de su muerte, proteje al hijo; lo guía y lo proteje, pero también lo esclaviza y lo enerva y le quita todo ímpetu propio; lo hace menor de edad, muchas veces, aún después de que ha casado y formado un hogar aparte.

En Guatemala el hijo comienza a tener un padre cuando ha muerto el abuelo patriarcal.

Don Manuel, a quien nunca me había atrevido a dar el nombre familiar de tío Manuel, que le prodigaba Adela, obtuvo mi entrada en *El Aguila*, donde entonces sufría tan doloroso aprendizaje.

VIII.

Nunca olvidaré la grata voz que tenía para nuestras almas el reloj de la catedral cercana, cuando sonaban las seis menos cuarto de la tarde. ¡Cómo habíamos contado durante largos ratos las campanadas, esperando aquella armoniosa combinación que nos indicaba la hora de cerrar la tienda! Con movimientos que el hábito hacía fáciles y agradables, envolvíamos las abultadas piezas de casimir, extentendidas en vanidosa exhibición a la puerta; doblábamos, respetando el menor de los dobleces, los pañolones de lana para colegialas, que siempre me evocaban la imágen de Adela.....Porque Adela deseaba uno desde hacía tiempo, y no cesaba de pedirme que lo solicitara para ella en compensa-

ción de mis servicios. ¡Cuánto deseé aquella modesta prenda!

Doblábamos los pañuelos de seda; meticulosamente cuidados, volvían a sus fundas los paraguas y a sus cajas pantuflos y acordeones, todos ellos, productos de aquella rica industria catalana, por latina muy amada, en oposición a la que llenaba los escaparates vecinos, venida de Estados Unidos, de Inglaterra o de Alemania. Una legión de ganchos buscaba el habitual refugio nocturno; y todo esto, a fuerza de ser tratado, me parecía un antiguo conocido. A veces sentía pena cuando el suave pañuelo de seda, vivo como una llamarada, o la tela de discretos matices, pasaban a manos de un comprador. Y todo movimiento mecánico, ejecutado conforme a un programa, se hacía fácil; todo objeto volvíase familiar. En escaso cuarto de hora habíamos concluido. Un correr de cerrojos, y a casa, no sin el respetuoso "Buenas tardes" a don Francisco, nunca contestado.

IX.

.... ¿Qué tal hermanito? ¿Y el pañolón? ¿Es que no me quieres?

Adela lloriqueaba, y sus fáciles lágrimas caían sobre mí, una a una, corrosivas, quemantes. Y yo sentía que en mí corazón se verificaba un fenómeno fisiológico, que ningún profesional podría explicar, por el que también lloraba lágrimas de sangre, como un gran ojo interno. Lloraba, no a lo largo de mi cuerpo, segregadas cabe los párpados, cristalinas, sino rojas, directamente; y por eso debía enfermar. Y por eso lo sentía dolerme con un dolor físico.

Cuando murió mi madre de una dolencia cardiaca, yo lo comprendí perfectamente . . . . ¿De qué otra cosa se puede morir cuando se quiere así, como nosotros sabemos querer?

Y sin tocar la escasa cena, me separaba de mi hermana y de mi madre, que con el moverse de sus bellas y pálidas manos, que trazaban en el aire una cruz, creía mandarme al lecho acompañado por una protección contra el espíritu de dolor que me poseía. Me separaba de mi madre, que no tenía valor para acallar aquella voz meliflua de la hermana, que desde que pasara una vez ante *El Aguila* para ver al hermano trabajando, pedía un pañolón, un modesto pañolón de lana. . . . Un día, a fin de mes, mi madre puso en mis manos el valor de la prenda deseada, fruto de quién sabe qué privaciones:

—Le he preguntado que cuál quiere, y dice que es uno azul y blanco Cómpralo, y dile que se lo traes tú.

¡Santa madre! Adela tuvo su pañoloncito, y a los diez díaz, tímidamente, me insinuó que deseaba otro de seda. . . .

Ya en mi cuarto, solo, me echaba sobre el lecho y mordía las almohadas para que acallasen la voz de mi dolor. Otras veces, cuando tenía alguna calma, hacía versos. Casi siempre eran versos blancos, que salían inconteniblemente, con la facilidad de las lágrimas, por cualquiera impresión de belleza o de anhelo. Un día, impresionado por una larga conversación en la que discutían a gritos, acerca de toros, el Morenito de Valencia—espada de una cuadrilla que estaba transitoriamente en nuestra ciudad, —don Francisco y dos o tres aficionados más

que se reunían por las tardes en *El Aguila*, y evocando mis recuerdos de aquel espectáculo, frescos porque el anterior domingo había ido a la plaza de lidia invitado por un amigo, escribí una extensa composición en que, con desbordante lirismo, describía una corrida, haciendo muchos juegos con las palabras "vida" y "muerte." Por primera vez usé de los consonantes, y al concluirla me pareció muy sonora, muy conmovedora y muy bella. Al día siguiente, copiada con mi mejor letra la enseñé a mi principal con esta dedicatoria, que no hablaba muy alto de la libertad de mi espíritu ni de mi sentimiento de dignidad personal: *Al Morenito de Valencia, y al inteligente aficionado don Francisco Gall*; dedicatoria muy parecida, en lo que se refiere a la sinceridad, a aquellas que más tarde logré conocer en alguna redacción de periódico, y que pedían en esta forma: *Al Director de "El Mundo", gran talento y gran corazón......* ¿Por qué el poeta, ese pobre bicho débil, tendrá necesidad de solicitar auxilio así? Y desde Mecenas y el Conde de Lemos, hasta el último Ministro o Director de Revista, recibirán epítetos quizá muy justos, pero sin duda más necesarios.

¡Oh pecado de mis primeros versos que tuvieron lector! Nunca lo hubiera cometido. Desde entonces las burlas crecieron en una proporción abrumadora. Con la misma soltura que antes empleaba don Francisco para gritarme: "Vaya Ud. a..... (aquí unas ignominiosas palabras), hoy vociferaba, cuando yo cometía una torpeza: "Vaya Ud. a hacer versos".—Luego me presentaba a todo el mundo como poeta, y ya sólo me llamó con este vocablo.

La palabra "bachiller" había encontrado un sustituto inmejorable. ¡Oh dolor el de oírse llamar así! Todo aquel respeto, toda aquella veneración que a los diez y ocho años hay para el poeta, a quien el instinto sano de la primera juventud considera el enviado de Dios, todavía hoy, en el siglo XX; un ser alto que tiene en mayor cantidad que los demás hombres los atributos del creador, ¡el antiguo vate!, -todo aquel respeto y aquella veneración se sienten lastimados. Oir dar el nombre sagrado, con escarnio o sinceramente ¡qué angustia! Cómo el alma, llena de vergüenza, con toda la sencillez, toda la humildad y todo el amor propio de la adolescencia, pide cien palmos a la madre tierra para cubrir los sonrojos de nuestro crímen. ¿Qué castigará suficientemente nuestra audacia? La doncella a quien un ojo aleve sorprende desnuda en la fuente, no sufrió tanto. No sufrió así ningún otro pudor herido. Ingenua púrpura que arrebola mejillas pálidas de escritores inéditos, sorprendidos en pleno delito de soberbia antes de que el buen éxito haya dado consagración: ¡el verde del laurel nunca fué tan vivo!

—Bachiller, ese no es el género que le pedía. ¡Vaya a hacer versos! Bachiller, pero ¿qué hacía Ud. con esa cara de bobo? ¿Dormir? Ah, no: hacía versos.

Apesar de todo, me resignaba a la burla, al cansancio, a la inutilidad del esfuerzo, porque comprendía que el que, como yo, tiene una madre y una hermana pobres, debe de ser valiente. Pero la blasfemia completó la crueldad y la torpeza del principal. Toleré aquellos cantos de la mañana, que lo retrataban de cuerpo entero, bajo y rastreante:

El hombre a la mujer
por un poco de placer
la tiene que mantener...

Pero cuando la frase horrorosa que mancha los labios del bajo pueblo español,–el ultraje al santo nombre de Dios--brotó de sus labios, sentí que no podía estar ni un momento más en su presencia. Y corrí a esconderme, lleno de vergüenza por él y por mí, en el más sombrío rincón de la trastienda.

X.

. . . . . Un día me llamó don Francisco y me dijo:

—Hemos despedido a Ordóñez. Lo hemos despedido por el pleito que hubo entre Uds. Con Ud., por considerarlo el ofendido, no tomamos igual determinación. Oiga: queremos que Ud. adelante algo en nuestro almacén. Le dará la clave del valor que las mercaderías tienen apuntado en el cartón. Esto es para Ud. un progreso, pues le permitirá vender sin acudir a mí ni a Anleu. Fíjese: H mayúscula, quiere decir un peso; h minúscula, un centavo; R, dos pesos . . . . .

Y, en efecto, aquel día ya no ví al pobre muchacho. Pero no era cierto que aquellos sórdidos españoles lo hubiesen echado por la riña: lo habían echado porque veían en mí un sustituto al que no tenían necesidad de pagar, y así ahorraban el irrisorio sueldo señalado a Ordóñez. ¡Cálculo inútil! A los diez días me iba yo, y algunos después volvía mi antiguo compañero. Cuando le dije a don Francisco que me salía de la tienda, montó en una cólera que multiplicó en sus manifestaciones

aparentes. Había servido en su tienda seis meses, y con la sabia escena de aquel enojo evitaba darme la gratificación acostumbrada. Así, pues, no debí nada a aquellos catalanes. No me quejé, tampoco, quizá porque mi enfermiza imaginación y mi ignorancia de la vida me hacían creerme más inútil de lo que era en realidad.

XI.

. . . . . Adela recibió con júbilo la noticia:

—Has hecho bien en salir de esa casa en que eran tan miserables contigo, exclamó. En cuanto a mi madre, se llenó de congoja, aunque nada me dijo. Ya algunos días antes le había insinuado que sólo esperaba el fin del mes para dejar de ir a *El Aguila.* Y aquel primer fracaso la oprimió el corazón. Su afecto maternal comprendía que en el fondo de todo se ocultaba la inadaptación de su hijo a este mundo; es decir, algo más serio y menos pasajero que mi horror a las blasfemias del principal. Sin embargo, su cariño aparentó ignorancia:

—No te apenes, querido Manuel. Dios proveerá.

Y desde entonces, sus pálidas manos permanecieron unidas todas las noches con un ruego más: "Dad, Señor, a mi hijo, un empleo apropiado a sus necesidades."

En cuanto al tío, fué cruel. Sin querer oir mis disculpas, me golpeó en los oídos con sus dogmáticas palabras. Fueron series de preceptos del *A. B. C.* de los hombres honrados. Todos estaban ya de tal modo impresos en mi alma, que su repetición no tenía objeto:

—El trabajo es doloroso, pero necesario. Hay que ser digno, pero también hay que ser humilde y resignado. Te busqué el primer empleo: lo has dejado sin consultarme. Ahora, mira qué haces.

XII.

Como siempre que me afligía un dolor, quedé tan herido del alma después del fracaso, que permanecí en el lecho semanas enteras, refugiado en la lectura. Y comprendí, durante aquellos días, cuánto daño me había hecho mi estancia en el almacén; estancia que vista de lejos, desde la quietud del aposento, me pareció más terrible. Y se despertó en mí un horror invencible hacia aquel lugar de tortura. Si una orden de mi madre, que trataba de arrancarme a la desesperación, me impelía a recorrer la ciudad, daba los rodeos necesarios para no pasar por el teatro de mis antiguos suplicios. Por extensión todo trabajo humano me pareció desde entonces tan doloroso como el que acababa de dejar. Pasaba días enteros pensando qué haría en lo sucesivo. Cuando el descanso operó una reacción salvadora, y volvió a mí la esperanza, intenté infructuosamente varios medios para ir a la lucha mejor armado. Fuí algunos días a una escuela nocturna de la que se salía con el título de Tenedor de Libros. El estudio me fué imposible. Decidí mejorar mi letra, y mi espíritu de orden me llevó a empezar por hacer palotes A una nueva tentativa de conocer los misterios de un tratado de teneduría de libros,—ciencia de la que sólo tenía incompletas nociones,-aporté un elemento malsano: bebía alco-

hol, pidiéndole la fuerza de concentración que me faltaba. El resultado fué deplorable. A los pocos días mi madre, asustada, me preguntó la causa de la irritación de mis ojos. Me ví al espejo, y determiné abandonar las copas. Entonces acudí de nuevo a la ciencia; pedí al doctor Esquerdo que me diese cuerpo, un cuerpo apto: la necesaria materia agente. Y él, implacable. me contestó:

Le receto campo. ¿Quiere Ud. ir a la hacienda de ganado de un amigo mío, como huésped, los primeros meses? Después trabajará en ella A la máxima de Zola para el literato: Ni un día sin una línea—yo opongo ésta, para el literato enfermo: ¡Ni una línea en el día!—Olvidará Ud. que sabe leer y escribir. Y no quiero una temporada de dos meses: no bastaría: ¡dos o tres años! Así esperará Ud. algunos años su curación; si se niega, la esperará toda su vida.

Una negación muda lo interrumpió.

—Bien está, pues; muera ¿En qué puedo aliviar su agonía? ¿Kola? ¿Estricnina? ¿Glicero-fosfato de cal? ¿Arsénico?—He aquí la cuádruple base de la cual no saldrá ningún doctor que quiera ayudarlo por medio de la farmacopea. Ahora, agentes físicos. . . . .

—Doctor, y las inyecciones tales?

—Base de estricnina.

—¿Y el licor de Pearson?

—Base de arsénico.

—¿Y la droga X?

—Base de kola.

Salí de casa del doctor. Quince, treinta días recurrí a la gimnasia, a los baños fríos. La sobre

alimentación, parte del tratamiento, era imposible. El día trigésimo, inquieto, impaciente, al ver la poca eficacia del método higiénico lo abandoné. ¡No tenía derecho a esperar!

Decidí entonces solicitar de nuevo un empleo. Mi tío me había dicho que ya no me ayudaría. Pues bien, prescindiría de él. Y una mañana, limpiamente trajeado, me lancé a la calle con un amargo sabor en la boca y con movimientos febriles. Un amigo, uno de los pocos amigos que tenía, empleado en una casa de comercio, me ofreció ayudarme. El estaba en pleno teatro del movimiento comercial, y siempre sabía de los empleos vacantes. Me dijo que volviera más tarde, y al día siguiente me dió la noticia: los propietarios de *El Tigre* y *El Sol* necesitaban empleados.—El almacén de *El Sol* era el más cercano. Al marchar hacia él me parecía que ninguno ignoraba que iba a solicitar un empleo, acto que, contra todos los ejemplos de la enseñanza que se me había dado, creía vergonzoso. Sí: vergonzoso; no por el hecho en mí mismo, sino porque se pedía algo a los hombres, y los hombres a quienes se pide algo son crueles. . . . . Entré. En el gran almacén había activo movimiento. Innumerables clientes se agrupaban ante el mostrador. Logré hablar con uno de los dependientes de menor importancia; y el dependiente, por ese instinto de los seres débiles amenazados, que les avisa del peligro, debió tener la visión rápida de que yo era un competidor, uno de los numerosos solicitantes que acudían al cebo de un empleo, porque me miró con odio y me contestó destempladamente:

— Está ocupado; vuelva más tarde.

Volví varias veces. La segunda y las sucesivas, ya no fué sólo mi primer interlocutor el que me formó una atmósfera de rechazo, sino varios de sus compañeros también. Había debido correr la voz: "¿Ves ese individuo de rostro pálido? Es el que viene a solicitar el empleo vacante"—Y se unían contra mí en una muda agresión de ojos.

El patrón tenía frases crueles para cada solicitante:

—Abundáis como langostas.

La mercadería "empleado" bajaba de valor con la abundancia. La oferta, como a todas las mercaderías, la hacía cotizarse más baja. Insistía yo a pesar de todo. Al fin pude hablar con el ventrudo señor. Me miró sobre sus lentes, propios para una vista cansada e inútiles para ver otros objetos que los muy pequeños o muy cercanos; me miró con esa extraña mirada que obliga a inclinar el rostro y que tienen los ancianos cuando cabalgan las gafas sobre la nariz y no usan de ellas. Me miró con una sola mirada que me desnudó el alma; con la misma mirada que, en un momento, valoraba los granos de café y percibía la tonalidad más o menos azul, el peso, el mayor o menor cuidado que se había tenido en su beneficio.

—¿Es Ud. tenedor de libros?

—No, señor.

—Entonces, márchese. Es terrible esta abundancia de dependientes que no sabe uno en qué emplear. Vienen ciento, y de los ciento ninguno sirve.

Y luego exclamó, dirigiéndose a sus subordinados:

—Muchachos, ya véis cómo abundáis. Es preciso conducirse bien.

En *El Tigre* no fué largo mi calvario: al sólo entrar, a despecho de mi cortedad de vista, hirio mis ojos un letrero en grandes caracteres: NO HAY EMPLEOS VACANTES. Aquel aviso concluyó de enervarme. Tenía razón, pues, el propietario de *El Sol.* Pero no era esto lo que me hacía sufrir más: era que, de entre la multitud de solicitantes, yo me creía el peor dotado. Mi escasez de vista se había vuelto, en mi ánimo, una idea fija. No tenía el valor de resignarme. Mi desconocimiento de mí mismo y de la vida, mi educación teórica, mi imaginación desatentada, dábanle proporciones que no tenía. ¡Ah! ¡Ojalá todas las vallas que encontré en mi camino no hubieran sido más altas que ésta! Después, con el sencillo recurso de unos lentes, la salvé y no me molestó más. Pero entonces, entonces, víspera de la batalla, sentía no tener una vista normal y un cuerpo fuerte; no poder cargar fardos voluminosos; no poder, de una sola ojeada, percibir el lugar, el tamaño y las cualidades de las cosas. Voluntad de vencer; voluntad enérgica, perseverante, tenaz, estremecía mi cuerpecillo. Si en vez de cuerpecillo fuera cuerpo, cómo me sentía capaz de hender a codazos la muchedumbre, hasta obtener un puesto en primera línea, y llevar allí a los míos. ¡Ah! ¡si fuera fuerte! Qué pronto la ignorancia caería de mis hombros, arrojada por un constante estudio. ¡Ah, si fuera fuerte! ¿Quién disputa el puesto a un mozo de cordel? Me sentía capaz de descender en busca de trabajo a las capas sociales inferiores, a los puestos de abnegación y de dolor en que no hay rivales. Pero no comprendía a un cargador esmirriado ni a un albañil cegato.

Volvía a casa, de estas inútiles tentativas, con los ojos cubiertos de lágrimas. Unos pasos antes de entrar, procuraba serenarme. Mi madre balbucía al verme:

—¿De dónde vienes, hijo?

Yo no tenía el valor de fingir una sonrisa:

—Madre querida: he paseado.

—¡Cuánto me alegro! ¡cuánto me alegro! Ojalá todos los días lo hicieras. Pero esos tus negros días. . . . .

Nuevas visitas al amigo dependiente de comercio, me orientaron de nuevo. . . . En tal parte, el patrón diz que era un buen sujeto.—Y era, en efecto, un buen sujeto. Su tienda tenía el más llamativo de los rótulos: *El Antropófago.* Un salvaje feroz con los indispensables taparrabo, diadema de plumas y carcaj, la bronceada piel del pecho desnuda, lo ilustraba. Cuando, más tarde, pregunté al autor de esta llamativa concepción cómo un hombre inteligente había dado a su tienda tan extravagante título, me contestó:

—Es parte del reclamo. ¿No ve que un cliente satisfecho, si quiere dar la dirección de mi almacén a un amigo, puede hallar su memoria remisa? Un título como el de mi tienda se recuerda con facilidad: ha herido la imaginación. Las gentes del pueblo que no saben leer, dicen: "Una tienda en que está pintado un salvaje". Lo más común es que la llamen "la tienda del salvaje" No importa. Es *un salvaje* que hace su negocio.

Desde la primera vez que estuve en presencia del elegante personaje, me sentí atraído por él. Era un amable vividor. Pertenecía a esa simpática es-

pecie de seres que parecen tener en su personalidad un fragmento de la de Alcibíades, Petronio, Lúculo; todos esos atrayentes maestros que vivieron el arte pagano, que los poetas sólo versifican. Un extraño tipo de comerciante. Todos los días se hacía dar un servicio completo en la mejor peluquería. Su traje era irreprochable. Su último socio había disuelto la sociedad *Wolf y López*, acusando a su copartícipe de cuidar más de su persona que del negocio. Wolf estableció entonces, por cuenta propia, *El Antropófago*. La tienda parecía tener algo del irrepochable personaje: era fresca, aseada, invitaba a entrar. Hasta los empleados, bien vestidos, tenían caras sonrientes, agradables. Lo que no parecía era opulenta. El señor Wolf no debía hacer un gran negocio. Le predije la ruina al saber su descansado método de vida. Pero me equivoqué: los años pasaron, y la modesta tienda seguía en pié. Intrigado, traté de ahondar en la vida de Wolf. Se explicó brevemente: no le gustaban los negocillos; de vez en cuando hacía un solo buen negocio, pues ya supondría yo que no tenía un gran capital; un negocio madurado durante un año, concebido por él y utilizado por un colaborador a quien acudía, y que se llevaba el ochenta por ciento de las ganancias, pero también el ciento por ciento de las molestias. En dos palabras: vendía una idea explotable. Esas ideas explotables necesitan, para llevarse a la práctica, muchos trabajos indignos de un hombre como él. Su tienda... ¡oh! a veces hasta se ahorraba importar las mercaderías: compraba en la plaza; tenía buenos amigos negociantes, que necesitaban de él y le cedían a precio de costo, o con una

ínfima ganancia, parte de los cargamentos de los buques consignados a ellos. Aún podía vender más barato que los demás dueños de almacén, pues todo lo que compraba estaba intacto y era oportuno:

—Ya ve Ud. Aquí, entre la aduana y el ferrocarril, les resulta a los importadores que una mercadería pedida para Navidad, llega en febrero o en marzo. Yo no tengo quiebras....

Al oirlo hablar así, veía en él una personalidad nueva. Su nariz judía, grande, corba, se destacaba, se ofrecía a mi atención. Hasta entonces sólo había visto su hermoso rostro regular, sus ojos brillantes, su suave cabellera. Estos judíos suelen ser bellos cuando la nariz no es demasiado larga.

Recibido amablemente por Wolf, la vez primera en que traspuse los umbrales de *El Antropófago*, se me preguntó qué deseaba. El mismo "antropófago" salió a recibirme.

—Manuel Aldano, servidor de Ud. Me han dicho que Ud. necesitaba....,

Las palabras se negaban a salir de mi boca.

Wolf sonrió, alentador.

—¿Un empleado? Sí. ¿Qué sabe Ud. hacer?

Y era tan amable su voz, tan alegre, contrastaba de tal modo con la de los dueños de *El Aguila* y *El Sol*...., que al ser escuchado al fin hablé largo y tendido. Supe interesarlo. Entonces me dí cuenta de que tenía las armas de los débiles; esas armas que la naturaleza pone en manos de sus hijos mal dotados. Entonces compredí que mi palabra tenía el don de conmover y de persuadir, cuando hablaba en un medio amigo, ante almas claras.

—¿Un empleo? Es fácil. Ayer admití al depen-

diente que necesitaba. Pero procuraré ayudar a Ud. Oiga: don Juan Feel va a abrir una oficina de cambio en este mes. Necesitará empleados, y probablemente no los tiene aún. Acaba de venir de Retalhuleu a radicarse aquí, y creo que ni siquiera ha encontrado local. La oportunidad no puede ser mejor. Aunque hasta hora no conocía a Ud., no me engaño al creerlo un muchacho honrado. Le extenderé una carta de recomendación. Feel es amigo mío. O mucho me equivoco, o tendremos lo que deseamos. Vive en la actualidad en......

Y, pronto en ejecutar sus decisiones, en un momento escribió la carta ofrecida. Me despidió con un "¡No desmayar hombre! La vida es mucho más fácil de lo que creen Uds. los pobres de espíritu. Y precisamente es fácil porque Uds. son tan abundantes, sobre todo entre los latinos."

Don Juan Feel no estaba en su casa de habitación. Su esposa una bella dama salvadoreña, que con su dote había enriquecido a don Juan, un judío alemán inteligente, bien parecido, joven aún, amable, me dió las señas del edificio en que lo podía encontrar.

—Ha adquirido un almacén en la 9a. Avenida Sur, primera cuadra, casa de don X. X.

Corrí, ansioso de asir la ocasión por el cabello. En efecto, don Juan presidía la instalación de su oficina. Gran número de carpinteros armaban un lujoso mostrador con barandilla de hierro sobredorado. Otros obreros decoraban el techo o pintaban las paredes. En medio de ellos, imperioso, soltando palabrotas, azuzando, regañando, con una voz aguda de simpático timbre, estaba un hombre de baja estatura, como de treinta y cinco años. El

sombrero, echado hacia atrás, dejaba ver su incipiente calvicie. Sus ojos, que aunque era algo corto de vista no tenían anteojos, me miraron con fijeza. Por una rara casualidad, los dos judíos alemanes, ante quienes en ese mismo día había llegado, desdecían del tipo de la raza: no tenían todos los caracteres del judío que yo llevaba estereotipado en mi imaginación: grueso, ancho, ventrudo, de rostro brutal. Eran de una clase refinada, más temible aún, como pronto tuve ocasión de ver.

—Si, es cierto: instalaré una oficina y necesitaré un empleado. Pero en Retalhuleu me servía un buen muchacho a quien ya estoy acostumbrado; un indezuelo que he levantado de la nada. Lo vestí, lo calcé, y me resultan grandes ventajas de conservarlo. No tiene pretensiones; lo he hecho a mi modo. Ya le escribí diciéndole que venga; más como pudiera ser que no se decidiese a dejar Retalhuleu, pásese por acá dentro de una semana. Ud. parece un buen muchacho, y, demás, quisiera servir a Wolf, que lo recomienda. ¿Quiénes son sus padres? ¿Sabe algo de Teneduría? ¿Ha estado alguna vez en un empleo?

Pareció satisfecho de mis respuestas, y me despidió, repitiéndome que volviera al concluir el plazo fijado. ¡Ah! Que no se me olvidase escribir una carta dirigida a él, solicitando un puesto en su oficina. Quería juzgar de mi letra y de mi redacción,

Me fuí lleno de esperanza, empezando a comprender el valor de las recomendaciones. Por primera vez no se me rechazaba sin apelación. En pocos meses la vida me había enseñado más que durante los largos años pasados entre libros.—Volví

donde el atrayente dueño de *El Antropófago*, que resultaba demasiado amable para comedor de carne humana. Todavía sus compatriotas.....

Pareció ser accesible a mi gratitud, que me hacía avisarle el resultado de mi entrevista con Feel.

—No desanimarse, muchacho. Si Feel no lo toma, yo me encargaré de colocarlo.

Bajo la sombra de aquella protección, marché consolado.

Empleé casi todo aquel día en escribir la carta para el alemán. Hice dos o tres borradores; escribía lentamente, sílaba por sílaba. Mi hermana la leyó con detenimiento, indicando las faltas ortográficas: Adela conocía el uso de las letras de una manera perfecta. Fué necesario hacer un nuevo ejemplar. Puesta en limpio, la recibió en su seno un sobre azul: y, a raíz de una línea con lápiz, que después se borró cuidadosamente, me preparé a trazar la dirección. Entonces surgió una dificultad: ¿Cómo se escribía Feel? Como lo había puesto en la carta, con dos ees, o acaso de otra manera?—Pre guntados algunos vecinos, respondieron que lo ignoraban. Por fortuna, recordé que sobre la presunta oficina de cambio flameaba ya un vistoso rótulo; *Juan Feel, Banquero.* Y arriba, en letras menores pero todavía muy visibles: *Money Exchange.* Fué cuestión de pocos minutos tomar el sombrero, salir y recorrer unas cuantas cuadras en busca de la ansiada palabra. Pero, hela, que estaba allí: sencilla, elegante, sonora, cortante como un cuchillo: Feel, con dos ees, como estaba en la carta..... Pude, vuelto ya, escrlbir un espléndido *Señor don Juan Feel, Ciudad.* Envolví el sobre en un papel, y lo dejé

bajo llave, destinado a dormir siete días, hasta aquel en que, con mano temblorosa, debí entregarlo a su destinatario.

El señor Feel estaba a la puerta del almacén de unos judíos amigos suyos, frente por frente de su oficina. Tomó mi carta sin contestar el saludo que le dirigí,—costumbre común, por lo visto, a todos los patrones,—y echó a andar, leyéndola, hacia el *Money-Exchange*. Lo seguí a cierta distancia, como siguen los perros y los subordinados,—dos animales domésticos. Entró en su oficina; dejó la carta sobre un escritorio ya instalado, y se puso a trabajar como si ignorase mi presencia. De pronto, rápido, se volvió hacia mí:

La carta está muy bien; pero el obstáculo que se opone a que yo lo reciba, dura todavía: aún no sé si viene Francisco. Francisco es el antiguo empleado mío, de que le hablé. Vuelva dentro de ocho días.

Poco más o menos, las mismas palabras hube de oír dos o tres veces, al cabo de otros tantos plazos de ocho días. Ya desesperaba yo de obtener una contestación satisfactoria, cuando una tarde encontré a don Juan en la calle. Después de un respetuoso saludo, el saludo que guardamos para las mujeres que nos gustan y para los hombres de quienes tenemos necesidad, seguía mi camino, cuando oí que alguien gritaba:

—¡Eh, muchacho! ¡muchacho!

Un transeunte me dijo:

Ahí lo llaman.

Fué necesaria esta indicación, para que yo entendiera que era a mí a quien se dirigían como a un mozo de cordel. Regresé rápidamente.

—¿Qué manda, señor?

—Oye, mañana abro la Oficina, y Francisco no ha venido. Puedes pasarte por ella. A las siete de la mañana, en punto.

Cuando, rebosante de esperanza y de temor de un nuevo fracaso, volvía a casa, refleccionaba que era un ser orgulloso, lleno de amor propio y falto de sencillez, de la sencillez de las almas frescas. ¿Por qué el caminar seis pasos trás de un hombre, o el oirme llamar "muchacho" me inspiraban las imágenes de un perro que sigue a su amo, o de un mozo de cordel a quien se solicita con imperio? ¿Por qué no era mi corazón más humilde? ¿Por qué no imitaba a aquellos hombres de buena voluntad, padres de familia, mucho más respetables que yo, que aceptaban su posición dependiente, con la dignidad de los espíritus nobles? Mi cerebro y mi corazón me dictaban la humildad,pero una instintiva protesta, proviniente de la educación y de la herencia, me llamaba al orgullo. ¿Qué gotas de sangre de algún antecesor acostumbrado a ser obedecido se revelaban en mí?.....

Antes de la primera luz del día siguiente, me peinaba ya. A las siete estaba ante la puerta de la oficina. A las ocho llegó don Juan.

—¿Has esperado mucho?

—Desde hace una hora.

—Está bien. Mañana tú quedas encargado de abrir la puerta. Guardarás estas llaves. Ese chico que ves allí,-señaló a un pequeño criado que lo acompañaba,- vendrá a barrer la oficina y a lavar los pisos. Tú arreglarás papeles y útiles de escritorio y sacudirás. No quiero que José toque ningu-

na de esas cosas delicadas. A las ocho, hora en que yo llegaré, debe estar todo listo.

Aquel hombre, acostumbrado a tratar con hombres, sabía lo que se hacía al fiarme las llaves. Pero su confianza me llenó de orgullo. Desde entonces, cada vez que veo a un jovencillo abrir lentamente, dándose aires de hombre necesario, las puertas del almacén de su principal, embarga la tristeza mi alma. ¡Pobre muchacho, en el primer escalón de la vida, en *la víspera de la batalla!*

XIII

José, un mozuelo pillo, barrió y sacudió en un dos por tres. Don Juan sé sentó a su escritorio. En un extremo del sálón, de pie, esperándo una orden, yo dirigía la vista en dirección a mi jefe, que trabajaba en silencio. Así pasaron dos horas. De vez en cuando don Juan volvía los ojos, y siempre me veía ahí, parado, a la espectativa. Aquellos ojos fijos sin cesar, hubieron de irritar al fin los pocos nervios que quedan a un hombre de negocios. Deseó que, como todos los chicos de mi edad, me distrajera en algo: viera a la calle, deletreara una circular....Pero yo no supe leer en sus ojos la muda orden. Al fin no pudo contenerse:

—¿Manuel, tiene Ud. la vista mala?

—Si, señor; soy miope.

—Pues, hombre, cómprese unos lentes.

¡Entendí al fin! Un subordinado debe, no sólo ser útil, sino discreto; aprender el arte de servir en el momento oportuno, y después disimular su presencia. Poner el color de su vestido a tono con el

mobiliario de la sala, y confundirse con éste, en un rincón, como un mueble más...¿No se defienden así todos los bichos débiles? Se esconden a la vista de los pájaros, las mariposas, de alas verdes como las hojas, los gusanos, del color de los troncos. Las gacelas inermes tienen el matiz del medio en que viven. Al caer de la tarde, cuando sacian su sed en la riada, los animales débiles defienden su su derecho a la vida con los tonos medios de sus cuerpos y con la agilidad de sus piernas vibrantes.

Esta sensación acabó de tomar fuerza en mi, cuando, unos días despues, paseándome, oí al señor Feel que hablaba en alemán con un visitante. Instintivamente comprendí que yo era el tópico de su conversación: en efecto, a los pocos momentos salió don Juan, y entonces su interlocutor, un joven ameno y alegre, me dijo:

Me asegura Feel que lo pone nervioso verlo moverse sin cesar.

No fue necesario más.

Esta sensibilidad enfermiza, que formaba una montaña de cada arena, me hizo mucho daño en la lucha por la vida. Como un despellejado de cuerpo y de alma, era sensible al roce más leve; y el anhelado callo jamás aparecía; el anhelado callo que hiciera mi espíritu inmune a los ásperos contactos de cada momento.

Aquella misma tarde compré unos lentes. Fué un saqueo a la pobre madre, que me dió el dinero necesario para pagar su valor. Ya hacía tiempo que los deseaba, desde un día en que, como hablase de mi cortedad de vista, un sacerdote también cegato me invitó a que me pusiera sus anteojos.

¡Oh, y qué sorpresa! ¡Qué mundo tan nuevo apareció ante mí, en cuanto cabalgaron sobre mis narices las gafas de oro del señor cura! ¡Qué riqueza de colorido se derramó sobre muebles y paredes! Los objetos, que antes parecían tocarme, en una extraña proximidad que mandaba hacia mi organismo efluvios y moléculas anunciadores de su presencia, se alejaban, se definían, recortaban sus contornos precisos, estableciendo las distancias. El sol tenía una luz nueva...., Pero mi madre me indicó la conveniencia de volver los lentes al señor cura, y la magia de luz y matices desapareció. Volví a mi crepúsculo; más en mi alma había nacido un deseo: comprar la luz. Tan pobres éramos, que por aquel entonces no me atreví a pedirle los cristales de prodigio a mi madre. Hoy lo hacía, estimulado por la necesidad y la esperanza. Los necesitaba para trabajar, y esperaba pagarlos con mi trabajo. Alguna cosa del modesto ajuar se vendió: acaso los menudos zafiros que se reservaban para Adela...., Por fortuna, los lentes costaron poco: eran delgados, de nikel. Cuando regresaba con ellos puestos, de la *La Perla*, empleé algunas horas en hacer el trayecto a casa; venía embriagado de luz, ensayando leer rótulos a larga distancia o conocer a las personas desde lejos. Un amigo identificado a cincuenta varas de distancia tuvo un cordial saludo: tan lleno de entusiasmo, que no pudo menos que acercarse a mi y darme la mano. Le hacía fantásticas señas de amistad, glorioso de poderme comunicar con él a distancia. De pronto lo dejé, diciéndole que alguien me llamaba desde la Plaza de Armas; -estábamos en el Portal del Comercio, que da frente a ésta.

Corrí al encuentro de un ventrudo varón que resultó no ser mi conocido ni haberse dado cuenta de mi existencia, hasta que le dirigí la palabra. Y es que mi vista, a pesar de los vidrios biconvexos, distaba de ser normal. Yo tenía una admirable, una irreemplazable vista de miope. Sin anteojos, a la luz de un cigarro, podía leer y escribir. En un corto radio de pocos centímetros, percibía seres y objetos microscópicos; pero ya a cien varas confundía a mi respetable tío con el pertiguero de la Catedral, y a un gato con una gallina.

Pero, después de todo, las gafas duplicaban mi horizonte de vista y no podía quejarme. Con los últimos adminículos sobre la nariz, llegué al otro día con más valor a la oficina. Además, llevaba conmigo, alentadora, una esperanza fantástica, en la forma de una no menos extraordinaria decisión. Vibraba en mi tanta necesidad de no desesperar, tanta juventud aún, que había decidido, a fuerza de trabajo y de constancia, conquistarme una vida normal. Desde muy niño con un raro optimismo mezclado a mi facultad de sufrir, creí que en todos los hombres existe el germen de todas las facultades. Desconocía la significación de la palabra "imposible." En mi espíritu, nada limitaba el campo de las posibilidades humanas. Flaco de cuerpo, flaco de espíritu, cegato, triste, sensitivo, enfermo, había en mí una vocecilla insegura, intermitente, que a veces parecía apagarse por completo, y que, sin embargo, no estaba más que refugiada en lo más íntimo de mi ser. Y esta vocecilla gritaba: "¡Adelante! No temas. Sube, elévate. Nada está vedado a los hombres. Lo tendrás todo, todo lo tendrás."

¿Era la voz de esperanza? No. Aquella vocecilla era débil, y a veces no se dejaba oír, acallada por el ajetreo humano; pero no era la voz de una esperanza, sino la voz de una certeza. Hacía de mí, no un iluso, sino un clarividente. Era una vocecilla profética. Debía ser la misma voz del demonio familiar de Sócrates; la que escuchó en parte César cuando callaba su epilepsia y Rousseau cuando callaba sn histerismo; la que escuchó Napoleón cuando, viendo conducir a Luis al suplicio, pidió a la vida: "¡Dos regimientos y salvo a ese hombre!"; la que resonó en el alma de Bolívar en la noche desastrosa e iluminada de Pativilca. ¿Conquistarme una vista normal ¿por que nó? A fuerza de voluntad....Y empecé a cuidarla y a educarla. Todos los días en la oficina me proponía una mira más lejana y procuraba percibirla con toda nitidez. El ejercicio hace el órgano, me susurraba. No duró mucho el épico intento: bien pronto me reconcilió con mi miopia la llegada de Francisco, el indizuelo esperado Era, como decía nuestro patrón, un indizuelo ascendido en la escala social. Contaría unos veintidos años. Sombreaban sus labios unos veintidós pelos lacios y largos. Si acaso la cuenta es inexacta y llegaban a treinta de cada lado, con seguridad que no eran más. El blanco del ojo en áquel hombre era un usurpador,—un usurpador de nombre, pues era rojizo. Ninguno de los otros caracteres de la raza indígena americana le faltaba: pómulos salientes, piel bronceada, miembros enjutos, cabello grueso y lacio, ojos que parecían asiáticos por su tendencia a la oblicuida; ¡pero qué buen sujeto! O mejor dicho, ¡que buen sujeto! sin el "pero," Humilde,

digno, servicial, útil, modesto, honrado.... Llegarían a una docena los atributos que se podían aplicar al indizuelo. Comprendí pronto que para don Juan fuese un hombre necesario. Para mí fué un inmejorable camarada. Al punto, no pudo apreciarlo en todo su valor. Descollaron para mi dos cosas: que tenía la piel casi roja, y que usaba gafas. Un indio con lentes y con zapatos: tal era mi impresión. Y aún el indio con zapatos estaba en segundo término; porque lo primero que ví fué que tenía anteojos. Apenas se alejó don Juan, y, tras el pudor de algunas frases de común presentación, solté el tópico de interés a quema-ropa:

—¿Es Ud. miope?

—Sí,—contestó con indiferencia.

—¿Miopía hereditaria, o adquirida?

—Adquirida. Fuí primero impresor, y después estuve empleado en una relojería. En ambos oficios tuve que trabajar con piezas pequeñas, sobre todo en el de relojería, en que las había microscópicas, y en ambos trabajé de noche.

Dijo esto con la misma indiferencia.

—¿Entonces la suya es miopía escolástica?—agregó mi pedantería.

—Sí,—dijo Antonio sin sabér lo que decía.

—Y bien: ¿no le ha molestado en la lucha por la vida?—(Aquí ya eran los estudios de segunda enseñanza los que hablaban.)

—¿La lucha por qué? ¡Hable aseado, amigo!—me dijo, riendo, mi colega. Hace media hora que me está diciendo Ud. unas palabrotas.... Ya ve: yo soy un pobre muchacho que apenas sabe leer y escribir.

"¡Hable aseado!" Comprendí en un momento.

"Yo hablaba en libro," según decía Francisco. Hablaba "en libro" sin afectación, porque "en libro" había vivido, con la vida en tiniebias de las carcomas que devoran bibliotecas, desecado como un insecto en el museo de un sabio; fijo a un cartón por el alfiler de la ciencia. No era la primera vez que se me pedía el uso del lenguaje corriente. Y no todas las peticiones habían sido acompañadas de la franca y clara sonrisa de Francisco. Ofendía, sin querer, con mis palabras escogidas. En la tienda de los catalanes habían sido inexorables para conmigo. Cada vocablo era motivo de innúmeras burlas:

—¿*Cohibido*, no? ¡El señor Aldano se siente *cohibido*!

O bien:

Señor Aldano: ¿puede alcanzarme la pieza de casimir, o se siente cohibido?

¡Pero qué encontrarían de gracioso los honrados catalanes en aquella palabra, para arrojármela así al rostro, entre risas! Un día en que don Francisco estaba encolerizado, como yo le diera una larga explicación, a la manera modernista, según decía él, no se pudo contener, y me gritó lo mismo que hoy, con su voz discreta, me decía Francisco:

—¡Pero, bachiller, hable limpio! Esas son pulterías.....

Decidí, *in mente*, apearme al estilo llano.

Desde entonces, la más de las veces tuve el trabajo de traducirme. Por el tiránico hábito de diez años de continua lectura, pensaba "en pedante," y había que hacer una versión del pensamiento al lenguaje familiar, trabajo acaso molesto, pero que me fué profusamente remunerado. Mi vocabulario inu-

sual me aislaba y me hacía odioso. Vertida mi frase al castellano común y corriente,—al *sermos plebeius*,—Francisco me contestó que la miopía no le incomodaba en lo más mínimo. Cuando lo ví apto para todo, desembarazado, de fácil percepción y rápidos movimientos, sentí junto a él un contagio de fuerza. Para él no había puente angosto ni obstáculo invencible, y algo de su energía me pareció que iba transfundiéndose en lo íntimo de mi ser.

A los pocos días me acostumbré a confiar en él, a contar con él para todo, a que salvara mil pequeñas dificultades que me afligían.

—Francisco, ¡qué hago para salir de tal pena? ¿Para obtener tal cosa? ¿Francisco, cómo se hace esto? Francisco ¿vamos el domingo a los baños de Ciudad Vieja?

Para las empresas materiales, cuando era precios trasladar un mueble, recibir quinientos quintales de café en comisión, y aun cargar una mula, el esmirriado indizuelo era insuperable: uno, dos movimientos, y la chaqueta de casimir volaba a cubrir el respaldo de una silla. Luego los lentes brillaban al sol, en el patio de la casa de habitación de don Juan, mientras su dueño subia o bajaba los ventrudos costales. Y era tan corto de vista y tan enclenque como yo. ¿Qué educación, qué genero de vida lo habían echo tan apto? Porque, como cegato, vaya que lo era: mucho más que su compañero de oficina, Varias cosas, como él decía riendo, las hacía "a bulto." Su compañía me fue saludable como la proximidad de un río. Los hombres buenos y sanos depuran el aire que los rodea, como los eucaliptos.

¡Ay! Pero también su utilidad me hizo perder el empleo. Al concluir el mes, don Juan, que sólo me había recibido para tener un mozo de oficina mientras llegaba Francisco, me despidió, poniéndome treinta pesos en la mano, y diez o doce fraces melosas en el espíritu desolado. Me echó así, no sin hacer una vana tentativa para que lo sirviera en un puesto más alto:

—¿Estudiaste Teneduría?

—Sí señor.

—Está bien. Da entrada a estos giros.

La orden era fácil de cumplir; pero era la primera vez que se me invitaba a asentar una partida real en un libro en uso efectivo. Ya no eran los ensayos en nuestras libros de mentirijillas de la escuela; e imponen tanto las páginas en blanco de una contabilidad al tenedor de libros bisoño; son hasta tal punto, *un sancta sanctorum*.... De ellas saldrá el pan diario para el empleado y para su familia. Las dos páginas de piedra en que se escribiera el Decálogo en el Sinaí, acaso no inspiraran más respeto. Nuestra más atildada letra es mala; nuestros números más claros resultan obscuros; nuestra más prolija exactitud arguye descuido....Mi mano tembló, y mi letra, mala de suyo, fue peor por la emoción del terrible momento. La sangre retenida cegaba mis ojos, y, sobre todo ¡aquel hombre que leía por encima de mi hombro¡ Don Juan gruñó que nunca había tenido paciencia para maestro. Bañaron mi rostro lágrimas incontenibles, que saltaban por sobre la compuerta de mi amor propio; lágrimas que me fueron más dolorosàs que el fracaso mismo, en una falsa pero intensa vergüenza que llenaba mi ser....Y así fué co-

mo, poco, muy poco después, ocurrió la expulsión ¡por inútil!

XIV

.....Con los primeros treinta pesos ganados en mi vida, andaba por la calle. Oprimía en mis manos sudorosas los seis billetes de banco. Mi madre estaba a la ventana: la vi antes de llegar.

— Madre, ya no volveré a la oficina. Don Juan me ha dicho que no necesita de mí. Me dió este dinero. Tómelo.

—No, hijo mío; bastante te ha costado. Cómprate un sombrero. Marcha, ve inmediatamente....

Fué un buen pretexto para ahorrar explicaciones. Poco después, volvía con un sombrero de fieltro: ya era tiempo de dar un sucesor al que había llevado hasta entonces. Adela se quedó mirándome cuando entré, y calló. ¿Era exceso de enojo? ¿O era, acaso, que al fin comprendía y compadecía? Probablemente, con la delicada estrategia de las madres, se me había enviado fuera para poder aleccionarla. Se le habría dicho, por ejemplo: "Te suplico que no censures a Manuel: no tiene la culpa. Hace todo lo que puede, y puede muy poco. Sufre mucho". Sí: probablemente; porque por la noche, al despedirme de ella, fué más afectuoso que nunca el saludo de las dos mujeres.

Solo en mi cuarto, sentado sobre el lecho, me acordé de lo que solía decirme mi madre, abrazándome, cuando le contaba algún fracaso infantil o le pedía algún consejo; cuando acudía en mi ayuda, al verme detenido por un mínimo obstáculo:

—¡Pobre hijo! Me heredaste. Eres muy inútil para todo.—Y luego, se quedaba con los ojos fijos, como viendo algo allá muy lejos, como desincorporada de este mundo, viviendo en el recuerdo o en la eternidad, en una actitud ensoñadora que le era peculiar.

Yo fuí siempre inútil,—continuaba;—todo me ha costado mucho. Mis hermanas cortaban y cosían con facilidad un vestido elegante. Yo difícilmente aprendí a coserte tus trajecitos de niño. Y tu padre también fué así: cuando hacía algún trabajo manual en la casa, como colgar un cuadro, arreglar una habitación, hacer algún cambio familiar, siempre se llenaba la casa con sus gritos que pedían ayuda. ¡Un cepillo! ¡El martillo! ¡Alcánzame ese clavo!—Y se quejaba, y tenía esa exhalación de los hombres llenos de fatiga, obligados a seguir trabajando. ¿Cómo se llama? Ah, ya recuerdo: un pugido.

Y yo reía de mi madre, tan discreta en el hablar, que para decirme que mi padre pujaba, había acudido a esa larga perífrasis. Acaso por eso yo amé la frase blanca, el vocablo limpio, la oración armoniosa exenta de las voces bárbaras, duras al alma. ¡Oh madre límpida!

Al día siguiente, a la aurora, llegó a mi lecho:

—¡No desmayar, pobre hijo mío! Por inútil, por torpe que seas, si logras obtener un nuevo empleo, persiste en él. El ser más inepto, si durante tres años ejecuta la misma cosa, al cuarto la hace bien. Fíjate: hay en el mundo tantos pobres hombres que no nacieron para vencedores; y, sin embargo, trabajan: son sastres, carpinteros, empleado de comercio.

Si: tenia razón mi madre. Esos hombres, a fuerza de constancia, lograron vencer el mal hado: la ineptitud. Pero ¡ay! que esos hombres, inconscientes de su torpeza, no tenían esta loca imaginación, esta propensión al dolor, que yo tengo. No soñaban. En realidad, yo no era inútil. Pude después descubrirlo. Pocos hombres tan aptos para el conocimiento; pocos tan hábiles e inteligentes; pero mi fantasía me falseaba la vida. Además, estaba lastimado de alma. Los lastimados de alma son así.

De mi paso por la oficina de don Juan Feel, sólo me quedaron un buen amigo,—Francisco,— y algo de la mecanica de un *Money Exchange*. Negocios poco limpios. Un administrador de una finca de café, con poder del dueño de ésta, que vendía la cosecha aún en el árbol, por un precio irrisorio, pero que, particulármente, y con entrada a Pérdidas y Ganancias, recibía mil pesos oro para saldar la deuda que dejaran quince días de juerga en la capital, a donde había venido en vía de negocios.

XV

....¡Qué simpático es un judío cuando está haciendo un ventajoso contrato! Feel era aun más amable que los demás: poseía verdadera sugestión,— la sugestión de su raza, esa fuerte raza que, dispersa por todos los países de la tierra, no se mezcla, sino que conserva puros los acentuados caracteres distintivos. ¿Que fuerza oculta la preserva de la influencia del medio, y modifica para ella las leyes de la herencia? ¿Porqué el judío casado con la hispano-

americana, conserva, al reproducirse, el tipo de la especie? ¿La Circuncisión?....

—Mr. Feel, en este paquete sobran quinientos pesos.

—Calla, Manuel, ¿no ves que puede oír el dueño? Francisco es más avisado.

También estos quinientos pesos entraron a la cuenta de Ganancias y Pérdidas.

Un día un niño, un pobre chico ignorante, llegó a vender noventa pesos oro. Se le pagaron a un cambio tan bajo, que el negociejo representó para la casa una ganancia del doscientos por ciento. ¡Un robo¡ Pero el chico resultó ser dependiente de una gran casa de comercio; reclamó el patrón; Mr. Feel, avergonzado, no tuvo más remedio que devolver el dinero. El chico perdió el empleo. Cosillas así, hacían más daño que bien a la firma de nuestra casa. Se perdía el crédito. Siempre que el campechano Wolf llegaba....¡oh! ¡él no tenía esas torpezas, él robaba en grande!—se burlaba donosamente:

—¿Qué tal marcha la trampa, Juan? ¿Ya tendiste la red?

A pesar de todo, Feel hacía buenos negocios. Lo que no podía menos que causarme risa, era ver como los libros, con sendas dedicatorias de los autores para don Juan Hall.—el primero de los poetas nacionales,—llegaban a la oficina, por la semejanza de los nombres. Gran admirador del poeta, yo preguntaba:

¿Don Juan, llevo este libro a la casa del dueño? —En mi interior, saboreaba la próxima entrevista que tendría con el célebre hombre de letras. Pero pronto don Juan hizo desaparecer la esperanza:

—No. ¡Para qué son torpes los del correo! Déjalo ahí, se lo llevaré a mi mujer, que, como todas las latinas, es amiga de los versos.

"Ganar y dejar ganar," era su máxima favorita. "Dejar ganar: no quererlo todo para uno"—predicaba a veces. He aquí lo que me ha producido más buenos negocios.

Era, en efecto, generoso con sus corredores, que le llevaban a él, de preferencia, los más gordos incautos. ¿Se les hacía víctimas de mil dólares? Pues trescientos eran para el corredor. ¡Sabia y bien organizada trampa tendida a los capitalinos; lujosa, tentadora, en una de las principales arterias de la ciudad—la 9ª Avenida Sur! Sobre todo, lo que era un golpe maestro, era aquel *Juan Feel, Banquero*. Y luégo, en letras de oro, sobre dos de las ventanillas de la baranda que coronaba el mostrador: *Le se paga*. Y *Le se se recibe*. ¡Lástima que los flamantes letreros, mandados a hacer a Alemania, no hubieran venido en correcto castellano. Pero eso ero lo de menos.

XVI

....Un mes, sólo un mes estuve en la oficina de Feel, y salí edificado. En esos treinta días no pudieron ser percibidas por mí todas las añagazas del oficio; desde mi modesta posición de correveidile, no pude darme cuenta de las mayores. Pero bastaba aquello que ví.....

Pronto supo Wolf mi vacancia. Me había tomado bajo su protección *el antropófago*, y me colocó fácilmente en otro *Money Exchange*. Hubiera de-

seado un patrón latino, pero como es natural, *el antropófago* tenía la mayor parte de sus relaciones entre sus compatriotas. El Money Exchange a que me trasladé, era una red mucho más modesta que la que existía en la importante arteria de la ciudad. Al comercio del dinero juntaba el del tabaco en todas sus formas,—unión muy frecuente entre judíos. El tabaco y el oro hacen migas. Los agiotistas son grandes fumadores. Entre el humo de los ricos Vuelta-Abajo desnudan al prójimo. El estimulante cerebral es buscado con igual codicia por el hombre de negocios y por el hombre de letras,—ambos anciosos de dominio, ambos llenos de voluntad, ambos personalidades fuertes, anhelantes del reino de la tierra. El hombre de negocios que quiere oro, y el hombre de letras, que quiere prestigio, tienen la misma sed de ser más que los hermanos. ¡Anatema sea también para el último cuando no es un Fray Luis de León!

El nuevo dueño de mi suerte se llamaba Pedro Sohn: el más generoso de todos. Me asignó desde el primer día cien pesos como sueldo mensual. ¡Cien pesos! El descanso para los seres amados de mi corazón. Era sifilítico, calvo, alto, desequilibrado. No toleraba el menor ruido. Su enervamiento lo llevaba a rehuír toda fatiga. Quería ser entendido a media palabra. Su rostro reflejaba un gran dolor cuando alguno de sus interlocutores insistía pidiendo explicaciones. Fumaba, fumaba todo el día. Hacía sus negocios concisa y febrilmente; se irritaba con facilidad. Nos entendimos muy bien: llegué a quererle; le compadecía.—"Manuel, tome esto"—Y aunque yo no sabía para qué me daba

un paquete envuelto en papeles, no le preguntaba nada: tomaba el sombrero y salía con rapipidez. Ya en la calle, me proponía el problema: desenvolvía el paquete y estudiaba su contenido: ¿Dinero y un machote de entregas al Banco de Guatemala?—Pues a llenar el machote y a entregar el dinero.—¿Un cheque endosado a X. Z.? Entonces, si era de poco valor, a entregarlo a X. Z. sin más preguntas. Generalmente era el mismo X. Z. el que, interrogado con habilidad, me ponía en autos. Si no daba, o si no encontraba la clave del enigma, por lo menos lo llevaba a una disyuntiva; y entonces volvía ante el pobre Sohn que, con las manos a la cabeza, fumaba interminablemente. Y le preguntaba en forma que sólo tuviese que contestar: "Sí," "No," o a lo más, un nombre y dos o tres palabras aclaratorias. Entonces corría rápidamente a cumplir el encargo, procurando recobrar el tiempo invertido en esclarecer el problema. Llegué a ser un especialista en la materia. Estudié para ello, en cuanto pude, los negocios de aquel hombre. Comprendí el rasgo distintivo de su carácter: era un enervado. Llegué a parecerle irremplazable. Sin conocerme, me había otorgado toda su confianza. Estaba tan enfermo, que necesitaba confiar o morir. Y necesitaba que todo se le hiciera rápidamente. Necesitaba otras muchas cosas, todas ruinosas. Fué para mí un amo ideal. ¡Pobre hombre! Quebró a los seis meses de estar con él. Fueron seis meses en que se dignificó y aclaró mi vida. Desde el segundo había aumentado mi sueldo. Llevé el alivio a nuestra pobreza. Adela estaba encantada: tenía algo de lo mucho que deseaba. Aun me acuer-

do de no sé qué gratificación,—acaso la de Navidad, de que no escapa ni el patrón más avaro,—que me permitió poner en sus lindas manos varios billetes de Banco. Tuvo una alegría infantil, y corrió a las tiendas. No duraron en su poder ni un día.—Todos los meses le daba algo; el resto era para mi pobre madre, a quien obligaba a recibirlo diciéndole que ganaba más. Pero aquel descanso cesó con la quiebra de Mr. Sohn. Algo complicada quedó mi buena fama a los ojos de algunos. Empero, para los más de mis conocidos seguí siendo el buen muchacho, el sobrino de don Manuel Aldano, el hombre honrado por excelencia, que tenía una fama de probidad insospechable.

XVII

..... Me llamó sobremanera la atención. Su extraño sobretodo, el gorrillo que cubría su cabeza y le daba un aspecto anormal, pues en Guatemala nadie se toca así; pero sobre todo, la rara alma que acusaban, no sólo aquella rara vestidura, sino aquel raro rostro, aquellas raras manos, aquellos raros pies, me atrajeron irresistiblemente. Sentí que aquel hombre era un viejo conocido mío; y no sólo que era un viejo conocido, sino que aun haría conmigo varias etapas del camino de la vida. Sentí que ocultas, ineludibles afinidades, me atraían sin obstáculo hacia él. La ley que hace que lo homogéneo busque y encuentre a lo homogéneo, nos hizo mirarnos, reconocernos y aproximarnos. Había tanta camaradería para mis gafas doradas en sus gafas de aros de carey; brillaba tanta inteligencia en los oji-

llos que cubrían; su naricilla burlona, incisiva, de movibles ventanas, de tal manera desafiaba algo en el aire, en el cielo y en la tierra, que le dirigí la palabra sin haberle sido presentado antes. Cuando entablamos ferviente plática, y mis ojos miopes lo tuvieron en su estrecho campo de visión, se acentuó el atractivo insólito que provocaba en mí. Todo en él acusaba al civilizado, al europeo hijo de una vieja cultura, que ni los pueblos jóvenes más adelantados —Estados Unidos, La Argentina,—podrán nunca improvisar. Había talento en sus anchas manos de espátula, en sus enormes pies, en todo su mediano cuerpecillo; pero, sobre todo, en su rostro estaba tan acentuada la huella ancestral de la mano del progreso, que daba una impresión de espanto. Su ancha frente, su frente enorme, combada, cubierta por una piel sín mácula, surcada de azules venas y arterias palpitantes, lubrificada por una vivísima circulación sanguínea, que acusaba un corazón activo, irradiaba talento.

Y luego la piel se adhería a los huesos haciendo destacarse una calavera de sabio, con amplio ángulo facial; y en aquella cabeza de muerto no había demacración, no había músculos cenceños, no había más que la falta absoluta de organismo superfluo en un rostro de ultracivilizado. Recia armazón de hueso, cubierta por las raigambres de la vida; la piel, los vasos y los órganos necesarios,—todo lleno de espíritu. Coloreaba los pómulos un rubor de salud; las muñecas eran gruesas; los zapatos, bajos, descubrían el nacimiento de gruesas pantorrillas. Se veía que bajo las ropas palpitaba una carne sana. Lo único que daba a aquel hombre de baja estatura un

sobrenatural aspecto, era el sello de inteligencia y civilización marcado en él. No se evocaban príncipes de la casa de Orange: estaban demasiado altos; pero sí emergía de los tiempos pretéritos una vieja estirpe de civilizado: abuelos fenicios o egipcios, de la clase de los sacerdotes, guardadores de una cultura superior que se ocultaba a las masas; ascendientes de prehistórica civilización, hablaban por el rostro de aquel ibérico. Y por una extraña ley física, que da a todos los hombres más o menos el aspecto y hasta las características de un animal y parece ser la firma conque el Creador selló la unidad de todo lo creado, aquel hombre tenía todo el aspecto de un pájaro; o más bien, el de un pichón de pájaro. Contribuían a ello hasta sus lentes. Hay aves de ojos redondos que parecen tener lentes. . . . . .Semejaba un pajarillo semiciego; un pajarillo al parecer inerme y al que vemos, sin embargo, atacar a picotazos a sus congéneres; con el piquillo débil y las menudas garras, disputar el grano, el insecto o la hembra a los rivales alados; un pajarillo de una especie un poco malévola, como los gorriones, tan crueles con sus semejantes. Pero, al fin de todo, un pajarillo que inspiraba confianza.

Como dos viejos amigos, nos enlazamos del brazo. Me contó su historia. Era catalán, sobrino de Francisco Gall, aquel grosero Gall que me tuvo bajo sus órdenes en el almacén de *El Sol* Su tío ahora ya era propietario del establecimiento. El primitivo dueño, anciano e incapaz de trabajar, se lo había cedido como natural donación hecha a un yerno o presunto heredero, por el suegro que ya se aproximaba a la tumba.

Mi interlocutor había espigado en todas las artes, durante su vida en la Cataluña maternal. Sus esculturas llegaron a permitirle hacer un viaje al París de todos. Ahí vió aumentar su diletantismo, su indiferencia sustancial para todo, y su bohemia. Fué uno de tantos. Sólo que uno de tantos muy singular, aunque parezcan paradójicos estos términos. Seres como él no se encuentran por docenas. Tuvo las poses de todos, las bohardillas y las Mimís de todos, y las grandes corbatas y las *epatantes* indumentarias; pero, además, tuvo el sello de una insólita personalidad.

De vuelta a Cataluña, fué Jefe de Escuela. Diminuto Voltaire, se reía de todo. Se reía de las doctrinas artísticas y de los trajes que inventaba. Sobre todo, se reía de sus discípulos, a los que hablaba en tono tan dogmático, que nunca percibieron la velada ironía de su seriedad. Entraba al arte, en que se refugian todos los raros, por deporte, como un *amateur*, y hacía de todo: además de esculpir, pintaba y componía versos. Iba a las casas de los maestros ya consagrados, y, tomándolos como por las orejas, por sus vanidades de grandes hombres, que se sabía al dedillo, los dejaba inquietos y molestos ante sus observaciones críticas. Así se hizo respetar.

Eran sus palabras tanto más tenidas en cuenta, cuanto que delataban un delicado espíritu, lleno de dicernimiento para la belleza, mientras no llegaba el momento de inquietar a los niños célebres.

—Admirable su cuadro, señor Romeu. Una perspectiva de milagro. Exactamente caracterizadas las figuras de segundo término. Extrahumano ese clarobscuro. Todo muy bello.

—Bien, pero. . . . . ¿y la figura principal?

—La figura principal, llena de vida y de belleza, tiene una cabeza que no concentra el pensamiento de la obra. Piensan más los muebles en su actitud transcendental, que el protagonista.

Esto era inexacto, pero el gran pintor Romeu se quedaba loco.

Como asustador de los burgueses, dejó atras al más adelantado. Fué una avanzada de esos bohemios locos de vanidad, de deseos de nombradía, y, sobre todo, locos de juventud, que son más extravagantes mientras más amplio es el medio en que viven, y que, para hacerse notar en la lucha por la vida artística, más rarezas tienen que cometer. Cuando llegó el cubismo, él inventó el intuicionismo. Compuso versos al sonido de la plata brillante y callada y al gran antropoide interno celeste, y los hizo pasear por las calles escritos en grandes cartelones, a guisa de anuncios de comercio o de reclamos de específicos o de teatros. El éxito fué estupefaciente, catapultense. Otra vez convocó a toda la prensa, y a los más connotados literatos regionales, para una conferencia en que expondría las bases de una nueva escuela literaria y daría lectura a sus composiciones poéticas, hechas de acuerdo con modernísimos cánones. Como sólo envió la circular a los que valían y negó invitaciones hasta a su mejor amigo, si éste no tenía talento, los que no las recibieron se llamaron a menosprecio, llenando el aire de sus quejas y de sus sangrientas invectivas. Así contribuyeron al éxito, que era precisamente lo solicitado por el luminoso jefe del intuicionismo.

Había hecho publicar la lista de los invitados, y

el número de concurrentes fué grande. No llegaron muchos de los literatos célebres, pero no hubo órgano de la prensa, por minúsculo que fuese, que no mandara su representante. Hasta el órgano de una gran sociedad de barberos, incluído en la lista pública con la siguiente apostilla: Un sólo billete para el Director. Intransmisible.—estuvo bizarramente representado en la persona de éste. La conferencia acabó a bastonazos. La lectura de segundo verso intuicionista, con el título siguiente: Al público imbécil que me escucha,—de la manera más incomprensible, no pudo concluír . . . . .

Un día sintió el maestro del intuicionismo el deseo de otros mares y de otras tierras. Tenía, como todos los artístas, el instinto de las aves emigratorias. Aprovechó la ocasión de que el tío de América insinuara que sería por él bien recibido un catalán de su familia, para realizar su anhelo. El deseo del tío era muy natural. Son los catalanes tan sufridos, tan trabajadores y tan económicos. Ya la población es densa, y la lucha por la vida penosa en Cataluña, tan industrial, tan llena de progreso moderno que no parece española. Y los servicios de sus hijos se cotizan casi como los de los *colíes chinos*. El tío, siguiendo las huellas de su suegro, quería multiplicar los puntos de venta de los artículos catalanes. Proyectaba establecer una sucursal de *El Sol*, y pensó en un pariente que quisiera emigrar. El sobrino aprovechó la oportunidad y vino a América. Sufrió una enorme decepción al llegar a una ciudad de cien mil almas, en la cual los habitantes no usaban taparrabo. Según confesión propia, se había imaginado estas tierras como regiones bárbaras: las habitaban indios con su

carcaj a la espalda y en él muchas flechas envenenadas. Su tío tenía una gran factoría de madera, defendida por regias empalizadas, erizadas de cañones, y cambiaba los productores catalanes por oro en polvo o en gruesas pepitas, por diamantes y por colmillos de elefantes. ¡Elefantes en Guatemala! Desde las ventanas de la casa de habitación, se veía a los monos subir a las palmeras. De vez en cuando una flecha, húmeda de curare, se clavaba en el marco de la ventana. De acuerdo con estas creencias, había venido armado de un Winchester, dos descomunales revólveres y un gran machete Collins. Su decepción fué enorme.

—Esto no es campo ni es ciudad,—protestaba. Para eso mejor me quedo en Barcelona.

¡Pobre pajarito! Dura le fué aquí la vida. Nos hicimos tan amigos, que lo seguí paso a paso. Pude admirar en él un gran sentido práctico. A pesar de su triple locura de arte, se adaptaba fácilmente al medio, y buscaba y aceptaba el trabajo diario. Misterios del alma catalana tan mercantil, y tan llena de arte casi como el alma francesa. O misterios del alma de aquel catalán. . . . .

El tío borracho de América fué mezquino. Inútilmente el avisado sobrino hizo poner en sus tarjetas *Santiago Navinés Gall.* Gall, el mismo apellido de su tío, no fué suficiente para conmover a éste. Vistió y dió de comer a Santiago, pero no le asignó ni un centavo de sueldo:

—Entonces ¿para qué tomarse el trabajo de importar un pariente, si luego se le ha de pagar como a un extraño?

El pobrecillo Navinés Gall no podía emplear en

cigarros ni los reales que se dan a los chicos los domingos. En cambio, los días de fiesta, y aún muchos de trabajo, el dueño de *El Sol*, semi–beodo y muy generoso con sus compañeros de cantina, en calidad de tal ofrecía congnac y puros a discreción a su sobrino. Este, abstinente, rehusaba el alcohol y guardaba los cigarros. A pesar de la flaca generosidad del tío y de los disgustos de la prosmiscuidad con un hombre grosero, soportó largos meses su mezquino favor. Me explicaba Santiago su resignación, diciéndome que los hombres como él, en las grandes ocasiones, separados del cauce que recorrió fácilmente su vida hasta entonces, se llenan de una voluntad que si fuera continua, aniquilaría al individuo. Ella les permite las grandes decisiones, y pone en sus manos armas poderosas que les dan el éxito. Encuentran un nuevo medio de subsistir; se encauzan de nuevo por él, e inmediatamente viene la reacción de la fuerza desarrollada. Viven largos meses una vida de hábito y vegetación.

Al fin, una insolencia del tío lo hizo alejarse de éste. Volvían a separar de su cauce el tranquilo manantial. Vagó buscando empleo. A la postre lo encontró. Un día lo vi en un almacén de judíos, semi–ciego, buscar por el tacto el punto donde se debía clavar la tapa de un cajón que encerraba mercaderías destinadas a los departamentos. Me inspiro una gran piedad. No sabía entonces que aquel hombrecillo, sin vista casi, estaba mucho mejor armado de lo que yo creía.

Lo que más admiraba en Navinés era el milagro que suplía la deficiencia de los ojos, en las mismas artes

que más necesita de estos órganos: la pintura y la escultura. Al ver sus admirables cuadros y sus bellas estatuas, que merecían el aplauso del propio maestro Gandarias, el gran escultor arrojado por la vida, viejo ya y caduco, a este semi-bárbaro país de América, casi sin medio artístico, recordaba al célebre músico que compuso sus mejóres obras, sordo ya por completo. Misterios de las almas. Era, pues, cierta la afirmación de los fisiólogos, de que los órganos de los sentidos radican localizados en determinadas circunvoluciones cerebrales, y se ponen en comunicación con el mundo exterior por una parte externa: ojos, oídos, nariz, lengua, piel..... Aun después de destruída e inutilizada esta parte externa, persiste la facultad esencial en el cerebro; pero, ya sin medio de relación, no funciona. ¿Que prodigio daba la percepción del matíz, la percepción de la línea, a aquel hombrecillo semi-ciego, que con mano intuitiva, sintiendo los colores, sintiendo la forma, en su manifestación más pura de vibraciones, guiado por su visión interna, hacía obras de maravilla?

Nos enlazaba un estrecho lazo de afinidad. Más lleno de experiencia que yo, me guiaba en la vida, me estimulaba a la acción, me devolvía la esperanza. Me iniciaba en misteriosas leyes que regían el mundo espiritual y estaban llenas de optimismo.

—Hay que tener fe en la vida. Esta lo da todo al que lo pide con pureza. La acepción que doy ahora a esa palabra pureza, es la de sinceridad. Es puro el hambriento que pide un pan, y no lo es el ambicioso que, ya satisfechas sus necesidades imprescindibles, pide lo superfluo. Es puro el mono

con su constante carácter de lujuria, que nunca finge la castidad, y no lo es el hombre virtuoso que simula más continencia de la que posée. La vida concede tambien la satisfacción de las necesidades espirituales, cuando el hombre se las pide con pureza. El individuo enfermo de un mal crónico, que sólo le permite trabajar dos horas diarias, o poseído por una extraña idiosincracia, que da el mismo resultado, debe pedirle a la vida tal clase de trabajo, que en este corto tiempo le permita satisfacer sus necesidades, — y las de los seres que dependen de él, si tiene familia. Debe pedirlo con fé, con sencillez, con dignidad. Debe pedirlo como una cosa justa que no se le puede negar. Y la vida se lo dará.

Navinés fijaba en mí sus ojos iluminados, como para cerciorarse de mi atención, y continuaba, satisfecho.

—Por lo que Ud. me ha contado, Ud. es un hombre anormal. ¿Anormal? Sí, pero no inútil. Su naturaleza especial necesita un especial medio y un especial trabajo. Pida lleno de confianza este medio y este trabajo a la existencia, y ella se lo dará. "Pedid y se os dará," decía Cristo. Ud. no puede trabajar ocho horas diarias, como los demás hombres,—¿cuántas horas al día puede Ud. trabajar: tres?, cuatro?—Pues bien, busque un empleo que sólo necesite este tiempo para ser fructuoso; o improvíselo. Mientras más alto es un trabajador y más noble un trabajo, aquel puede trabajar menos tiempo y menos tiempo exije éste. Estúdiese, además. ¿Para que sirve Ud? Deduzco de sus palabras que no sirve para obedecer. Servirá para

mandar. Eso es, y no otra cosa. Ud. es un cerebro, una voluntad dirigente. He visto en Ud. admirables condiciones de organizador. Pues bien, sea valiente, sea optimista; tenga fé en el propio esfuerzo. Estudie un buen negocio, solicite un crédito para llevarlo a cabo, solicítelo con firmeza, con alegría, con esperanza. Los hombres siempre dan cuando se les pide con alegría. Y al fin lo obtendrá. Y láncese a él, trabajando por cuenta propia, trabajando como patrón. Supla su falta de materia agente, su incapacidad para el trabajo físico, buscando un socio, o tomando uno, dos empleados. El mundo está organizado de tal modo, que el hombre tiene que ser sociable. Todo lo que se aisla se muere, en los tres reinos de la Naturaleza. Póngase, no contra la existencia como hasta ahora, ni de espaldas a la vida, egoísta, desconfiado y solo, sino en la misma dirección de una gran corriente de energía,—y toda la fuerza de la naturaleza colaborará con Ud. para lograr el buen éxito. Será Ud. entonces como el hombre que emplea la fuerza inagotable de una corriente de agua para moler su trigo; pero no sea egoísta que es ser iluso; no quiera ir contra la corriente del río. Acepte las cosas como son, sin forzarlas, y haga de esta aceptación la base de su engrandecimiento.

¡Cómo amaba yo a Navinés, cuando se crecía por la virtud de su palabra, grávida de esperanza! El hombre está siempre dispuesto a rendir culto al que le devuelve la fé en la vida, al que lo hace positivo, que es hacerlo viviente. Me iba del exiguo catalán, pletórico de entusíasmo y de fervor. Muy receptivo de espíritu, me empapaba de las sabias doctrinas como una esponja. Nunca la vida me las desmintió.

XVIII

. . . . Pásese por allá, tenemos algún trabajo para Ud.,—me dijo un día mi antiguo patrón don Juan Feel.

Nos habíamos encontrado en la calle, y, a mi respetuoso saludo, él se había parado de pronto y héchome a quemarropa esta pregunta:—¿Está Ud. empleado?

—No señor.

Volví a ser empleado de don Juan. Me llamaba porque en el Money Exchange había un movimiento inusitado. Escaseaban en la plaza los billetes de menos valor,—de un peso, de cinco pesos,—y se pagaba por ellos una prima de un tanto por ciento bastante elevado. Los Bancos, sobre todo, los solicitaban en gran cantidad. Don Juan había asido al vuelo aquella ocasión y estableció una serie de corredores que por una prima menor los obtuviesen en el mercado, con los particulares, como pudiesen. Al verlos llegar, cargados con su voluminosa mercancía, repetía su aforismo: ''Ganar y dejar ganar.'' Y añadía, con su aire de desprecio y protección habitual:

—Pobres muchachos. ¡Tienen qué comer!

¡Oh, el aire de desprecio de don Juan para todos los que tenían menos que él! ¡Oh, la solicitud y el respeto de don Juan para los que tenían más dinero que él!

Los corredores, sobre todo un alemancito recién llegado al país, llevaron billetes en tan gran cantidad, que el dependiente Francisco no bastó para el trabajo. Al verme, don Juan, semi-indiferente, pensó en mí, un buen chico sin pretensiones. Me

entregué al trabajo con ardor. Era necesario clasificar los billetes; se separaban unos de otros los de los distintos bancos: la mayor parte de los llegados eran de valor de cinco pesos. Los verdes del Comité Bancario; los de un tinte café obscuro, del Banco de Occidente; los de un hermoso rojo, del Banco Agrícola Hipotecario; los blanquecinos, del Banco Colombiano; los de un crema sucio, del Banco Internacional . . . . todos se reunieron en grupos enormes. Sucios hasta parecer guiñapos, mal olientes, grasosos, hacían pesada la atmósfera de la oficina. Y aquellos harapos de mendigo con sus hermanos de más valor y más bien presentados, eran la única moneda del país. ¿Metálico? Sólo las piecesillas de níquel de tres, seis y doce centavos; moneda cuasi lacónica por lo voluminoso y lo de poco valor.

Francisco y yo poníamos manos a la obra con la alegría que dá el trabajo fácil. Muchos de los paquetes despedían un fuerte olor de creolina o de ácido fénico. Manos previsoras los habían desinfectado como se desinfecta una letrina. Otros eran insoportables: acusaban su presencia a distancia, con un horrible olor a seres orgánicos en putrefacción. Venían directamente de las carnicerías. Mil partículas extrañas,—sebo, aceite, hasta minúsculos objetos de uso familiar, dedales, botones, monedillas de niquel, se adherían a ellos. Se conocía que sus anteriores propietarios habían procurado tocarlos lo menos posible. Algunos, los de a cincuenta centavos, del Banco de Occidente, casi llegaban sin contar, al peso. En la historia del papel moneda, sólo los billetes rusos, algunos de Colombia en determinada época y los asignados franceses, habían valido menos. Com-

prendí que don Juan me hubiese llamado: estragaban hasta el estómago de un judío. Los separábamos, pacientes, de uno en uno, y luego de clasificarlos, los contábamos de veinte en veinte, formando paquetes del valor de cien pesos. Francisco, que antes había estado empleado en el Banco de Occidente, de Quezaltenango, tenía una habilidad particular para contarlos: sus manos broncíneas volaban. Pronto lo igualé en ligereza.

Se aglomeraban los billetes en tan altos montones, en la amplia mesa destinada a recibirlos, que pronto a la puerta se reunió cierto número de personas: chiquillos astrosos, pordioseros que veían con avidez tal abundancia. . . . . Ante aquella profusión, consideraban factible que se les regalasen algunos, y los solicitaban. Cuando don Juan estaba presente, les contestaba con grosería, mandándolos . . . . . digamos "a paseo," que es la única traducción honesta de su frase. En su ausencia insistían, humildes, monótonos, tenaces como moscardones:

—¡Uno, sólo uno! No sean tacaños. . . . . Teniendo tantos, no querer regalar ni uno.

Otro chiquillo, engañado por aquella aglomeración de los signos de la riqueza, gritaba:

—¡No creí que hubiese tanto dinero en Guatemala! Lo menos un millón de millones.

Aquella exhibición, como todas las exhibiciones de riqueza, provocaba la cólera y la codicia. Un socialismo insipiente conmovía a los espectadores, que cada vez eran menos temerosos y traspasaban ya la puerta. Más llegaba don Juan, asustado y lleno de cólera, y la emprendía con ellos a puntapies y a chicotazos. Imposible hacerlos retirarse. Por

fortuna, había una trastienda, *sancta sanctorum,* donde muchas veces el galante judío alemán había tenido en sus brazos mujeres fáciles. Nos trasladamos a ella, y cesó el peligro.

El anormal movimiento concluyó pronto. Volvimos a tener muy poco que hacer. Comprendía que para los escasos mandados y menos ocupaciones interiores, bastaba y sobraba Francisco, y me llené de nuevo de confusión y de temor. Acudí a mi grande y buen amigo *El Antropófago.* Cuando le referí la situación, inquirió:

—¿Don Juan le ha indicado algo?

—No.

—¿Cuanto gana?

—Cincuenta pesos mensuales.—Porque, en efecto, ganaba tres o cuatro veces menos que en mi anterior empleo, donde había sido un muchacho de oficina necesario como Francisco, y no supernumerario.

—¡Bah! No se preocupe. Para don Juan, cincuenta pesos no son nada.

¡No eran nada! Si hasta para mi no eran gran cosa. Acostumbrado a ganar más donde Sohn, sólo permanecía donde Feel porque, a la postre, como me decía mi madre, cincuenta pesos son cincuenta pesos. Con ellos, durante algunos días, puede una familia pobre comer miserablemente; que al fin, no es lo mismo que no comer. ¡Diez de aquellos pingajos que clasificábamos y contábamos! Me resigné a ganarlos mientras no pudiera mejorar. Pero mejoré antes de lo que esperaba, y mejoré como nunca me hubiese atrevido a soñar. Un día, a mi llegada del trabajo, encontré que me esperaba mi tío. Mi madre y mi hermana sonreían, con las

caras iluminadas por la felicidad. El tío me dió la gran noticia seriamente, serio como siempre. El deseo de Adela se había cumplido: me había obtenido un emp'eo en el Banco. Mi primer movimiento fué el de darle gracias a Dios desde lo más hondo de mi corazón. ¡Un empleo en el Banco! Pero si aquello era como el bastón de Mariscal de Francia para el empleado. Los empleos de Banco tenían fama de ser canongías: poco trabajo, de nueve de la mañana a tres de la tarde; un gran sueldo..... Mi pobre corazón latía con un golpe apresurado y fuerte, como el de las tórtolas que Adela apresaba en su delantal. Y, como siempre que me emociono (y me emociono con facilidad) mi estado era febril. Mi tío, fiel a su carácter de adustez, intentó paliar nuestra alegría. Tenía tanto hábito de ensombrecer su vida, que ensombrecía inconscientemente la de los demás:

—Aun no es un empleo seguro. Hay que presentarse al Banco y solicitarlo del Gerente.

Adela sonreía al oírlo.

Sí, era cierto: tenía que presentarse personalmente al Banco y hablar con el Gerente; pero el empleo podía darse como concedido. Un poderoso amigo de mi tío, en cuya casa éste servía, me había recodado. Mi propio tío era conocido y apreciado por el Gerente, pues su hombría de bien era proverbial; equivalía a una de sus defensas en la vida. Un medio de subsistir. De las armas de los débiles, la única que no esgrimía era la simulación. Y la influencia benéfica de su nombre alcanzaba hasta mí. Socialmente, era yo el sobrino de don Manuel Aldano. Mi padre también me protegía desde la tumba con su nombre

sin mácula. Y si en alguna parte y para alguna persona iban a servir estos dos diplomas de honradez, era en el Banco Industrial, y para el Gerente, Mr. Mulford.

Pero no fueron estas las únicas recomendaciones que tuve. Ante aquel aguilucho de los negocios, que había aprendido el arte de conocer a los hombres, mi aspecto acabó de recomendarme. Yo tenía toda la apariencia de un buen muchacho; un bicho débil, un animalillo asustado y bueno. Mi gran naríz, mis enormes orejas, tenaces, aferradas a la vida, enérgicas, eran desmentidas por la línea suavísima y espiritualizada de una barbilla tenue. Mi boca pequeña negaba la sensualidad. Entre las gafas límpidas de reflejos dorados, que miraban tan francamente, había hecho su nido la tristeza. Mi sola presencia inspiraba en las almas buenas el deseo de protección. Y cuando mis ojos se posaban, fijos, se sentía que yo era un hombre sincero y honrado. Con un aspecto así se defienden todos los seres inermes de la naturaleza.

Y por si mi causa no estuviera ya ganada, acabó de predisponer en mi favor mi palabra fácil y persuasiva. Cuando hablé con el Gerente, afirmé mi percepción de que el discurso era mi mejor arma. Y desde entonces, jamás ha errado. Cuando se me deja solo con un individuo, siempre he logrado hacerlo mío.

El día designado para hablar al Gerente acudí a la oficina de Mr. Feel con mi mejor vestido y mi más intachable sombrero. Mis zapatos reflejaban los objetos próximos. Por excepción y en honor a lo trascendente de las circunstancias, me había

peinado y me había hecho bien el lazo de la corbata. No me atreví a pedirle permiso a don Juan para desempeñar un asuntillo personal. No podía decir "un asunto." Asuntos eran los de mi patrón. Y esperé con ansia un momento propicio. Tenía asegurada la complicidad de Francisco.

—Si don Juan necesita que vayamos a hacer cualquier mandado, déjame ir a mí: tengo gran urgencia de salir.

El indizuelo cegato era el más bondadoso de los camaradas. Me lo ofreció sin vacilar. Desempeñé las pocas tareas de la oficina en un estado tal de nerviosidad, que se caían lo objetos de mis manos, y quebré un tintero, que pasó a cuenta de mi exiguo sueldo. No me importó: me enriquecía la esperanza. Don Juan dejó de escribir por dos o tres veces para mirarme. Inconscientemente mis pies hacían ruido, pisando fuerte en el pavimento de madera. Y el tiempo pasaba. Llegarían las once, hora en que cerraban el Banco, y la ocasión propicia no se presentaba. Por fortuna el audaz indizuelo era fecundo en recursos: improvisó dos asuntos que requerían salir a la calle. Fué acordado que el segundo lo desempeñara yo. Tomé el sombrero y salí con rapidez.

Era la primera vez en que iba a distraer, para asuntos propios, el tiempo en que debía servir a los ajenos. Mis colegas, los empleados en otras oficinas o almacenes, holgaban cuando se veían lejos de sus principales. Yo iba derecho a mi deber. Pero en aquella ocasión no sentí remordimiento alguno de marchar en línea recta al Banco Industrial.

Las vastas oficinas de este edificio me habían

causado siempre una respetuosa admiración. Me parecían seres aparte aquellos empleados graves, poseídos de su importancia en el mundo, que se resguardaban del roce popular con una valla de caoba admirablemente tallada y con barandillas de oro. Los elefantes de mármol de la entrada ya producían una temerosa impresión. La primera vez en que, recien entrado a la oficina de don Juan, éste me mandó a depositar una cantidad de dinero en el lujoso establecimiento, erré algunas cuadras como un forastero, preguntando a los transeuntes que me miraban con curiosidad donde quedaba el Banco Industrial. Mi maravillosa ignorancia de escolar, recien venido del mundo de los libros, me hacía caminar más desorientado que el último chico capitalino. Al fin traspuse, tembloroso de emoción, los umbrales de piedra, tan fregados que brillaban al sol. Los elefantes de mármol me hicieron inclinar, inconsciente e imperceptiblemente, la cabeza, en un vago deseo de serles agradable y hacerme perdonar mi intrusión. No me quité el sombrero porque ya iba en mis manos. Tan tímidamente toqué a las puertas de cristal, que me parecían de un lujo insólito, que tuve que repetir varias veces el esfuerzo hasta abrirlas lo suficiente para que dejaran pasar mi esmirriada persona. Quedaron tras de mí moviéndose durante varios minutos, en un fácil juego de sus resortes aceitados. Pisando con blandura el refulgente pavimento, al que manchaba mi sombra, me dirigí, sin orientación, hacia una puerta que creí ser la meta de mis pasos. Un portero grave, serio, adusto, que, sentado en una silla, me había parecido un cliente y era el celoso guardián de las

oficinas de la Gerencia, me salió al paso impidiéndome abrirla.

—Qué deseaba?

—¿Yo? Pues.... hacer una entrega de este dinero.

—¡Allá!—Y señaló con premioso ademán, al lado opuesto, una de las puertecillas de la baranda dorada.

—Ud. perdone.....

La puertecilla a la cual toqué no era precisamente la que el hombre me había indicado. Un sujeto alto, simpático, que era el encargado de atenderla y que a poca distancia escribía, alzó los ojos, me miró por encima de un voluminoso Libro de Caja, y continuó escribiendo. Seguro de haber sido visto, permanecí callado y respetuoso, con el sombrero en la mano. Los demás empleados de la Caja, pues tal era la dependencia a que llamaba, me miraban burlones. Mi aire tímido, mis gafas, y el permanecer descubierto los llenaban de curiosidad.

A mi lado se fueron reuniendo dos o tres personas más, todas de modesta apariencia. Una llevaba un cheque en la mano para hacer efectivo su valor; otras, billetes deteriorados, del mismo Banco, que iban a cambiar por billetes en buen estado. El hombre del escritorio, con una rápida ojeada, se daba cuenta de que no eran personas de viso, y continuaba escribiendo sin dignarse atenderlas. Al fin llegó uno de los principales clientes del establecimiento,—un señor con sombrero de copa alta, de estatura alta y de más altos humos. Deudor del establecimiento por ochocientos mil pesos, con estentórea voz llamó al Cajero y Pagador, pues estaban reunidos ambos empleos en la misma persona, por su nombre:

—¿Qué tal, Arturo?

El señor Cajero y Pagador vino inmediatemente hacia nosotros. Con admirable habilidad despachó en un momento todos los asuntos que lo llevaban a la ventanilla, principiando por el asunto del señor del sombrero de copa alta. Cuando llegó mi turno, con una risa burlona pero amable preguntó:

—¿Qué se le ofrecía. . . . .Señor?

Y dada tal entonación a aquel irónico *señor*, que podía amplificarse así: "Señor modelo de cortesía y de simplicidad, que permanece con el sombrero en la mano."

—Venía a hacer esta entrega a la cuenta. . . . .

—¡Ah! ¿Una entrega? A la otra ventanilla.—Y con un dedo largo señalaba el rótulo de la que él atendía: "El Banco paga."

Me llené de rubor, y acudí a la otra ventanilla preguntándome: ¿pero qué especie de animal no clasificado soy yo, para merecer estos sofiones? ¿Cómo no tengo ojos para ver, ni oídos para oír, ni cabeza para discernir?—Sentía las miradas de todos fijas en mí. A la otra ventanilla, nueva espera. Al fin acudió el receptor. Pocos hombres en la vida me han llamado tanto la atención: alto, demacrado en demasía, algo inclinado, tenía una maravillosa cara de Cristo en la Cruz. Su nariz no podía ser más bella; su boca, de labios delgados, era pequeña y bien hecha. Una hermosa barba negra le cubría el rostro. Andaba como deslizándose, sin hacer ruido, y en todo él había algo inconfundible que no se podía olvidar una vez visto. Todas sus facciones tenían un extraño sello. La mano grande, delgada, pálida, que extendió para tomar

los billetes, era una mano típica; una mano tan humana que parecía hablarnos de historias de dolor y de sangre. El gran dibujante Máximo Ramos hubiera hecho, copiándola, una obra maestra.

—Pero, cúbrase, señor. . . . .—me dijo, después de enterarse de lo que solicitaba. Y de nuevo un rubor intenso arreboló mis mejillas. En pocos minutos contó el dinero, y luego me devolvió el machote de entrega, lleno y firmado. . . . .Había distinción en el menor de sus movimientos.

XIX

Y toda aquella fuerte impresión de mi primera visita al Banco, complicada con nuevas emociones, me llenaba ahora, al caminar hacia la sala de la Gerencia en solicitud de la plaza vacante. A pesar de todas las veces que después entré al solemne edificio como empleado de Wolf o de Feel, no había podido acostumbrarme a él. Desechar la impresión de respeto que me produjera aquel inolvidable día

Y he aquí que hoy, iluso, aspiraba a ser uno de los privilegiados seres, de especie aparte, que trabajaban bajo el admirable mosaico de sus techos, y tenían para el público, al cual hacían esperar, un acentuado tono de superioridad.

—¿El señor Gerente?

El mismo portero grave que la primera vez me cerraba el paso, me indicó que el señor Gerente estaba ocupado, pero que podía esperarlo en la antesala. Por fortuna la espera fué de corta duración. A los pocos momentos, incisivo, cortante, pero extremadamente urbano, con la proverbial

cortesía inglesa, el señor Gerente me hacía pasar a la oficina en que reinaba. Bajo, delgado, con grandes bigotes a lo Artagnan, fijó en mi sus ojos de un gris de acero. Jamás las palabras "brillo metálico" pudieron ser mejor empleadas que para aquellos ojos. Luego sonó su voz incisiva e imperatoria, que era una de sus mejores armas en la lucha por la vida. Aquel hombrecillo que había sabido vencer, que había obtenido la Gerencia de un Banco saltando a ella desde su anterior puesto de jefe de oficina, era, sin duda, un hombre bien dotado.

Aquel hombre sabía mandar. Su voz marcaba la distancia que debía haber entre él y su interlocutor. Le daba un tono de amo, sin necesidad de elevarla. Tenia las tonalidades de la voz de los maestros cuando, cansados, indiferentes, dan a sus palabras, sin embargo, por el hábito adquirido, el necesario acento para que el niño se sienta regañado, compelido a obedecer, o simplemente impuesto por la superioridad del profesor.—"¿Niño, sabe la lección? ¿Cuantas horas estudió ayer? Hágame el favor de pasar al otro lado". . . . .Sin aquella voz de catedrático o de oficial militar. el señor Mulford no hubiese alcanzado la Gerencia.

Aquel hombre sabía mirar: lo miraba a uno entre las cejas, fijamente. Su mirada cortaba los espíritus menos densos, como un cuchillo: "Pérez: está al día el mayor?" Y Pérez, un hombrón, bajaba la vista, y balbucía ante los ojos de acero de aquel hombrecillo.

¡Sabía mirar! ¡Sabía mandar! Así había alcanzado la Gerencia.

Cierto que, además, en el ánimo de los Directores Banco, le ayudó su condición de inglés.—Los guatemaltecos tienden a considerar de una especie superior al extranjero de origen sajón. Tal vez sólo influye en esto el proverbial "nadie es profeta en su tierra."—Cierto que, además, era un hombre inteligente, bien dotado para los negocios, hábil organizador y de un gran espíritu de orden. ¿Un talento excepcional? No; pero sí, sin duda, un talento. Y, sobre todo, sí, sin duda, una voluntad. Acaso a veces era estrecho de miras. Acaso a veces, acaso siempre, demasiado prudente. En sus manos el Banco no hacía negocios brillantes, pero los hacía sólidos. Bajo su dirección el establecimiento consolidaba su crédito y se hacía respetar. Y los buenos negocios, que él no sabía provocar, sí los aprovechaba si se aproximaban.

Sobre todo, era un hombre de buena voluntad. Honrado a carta cabal, apreciaba mucho la honradez. Tenía un odio instintivo por los pillos. Si exigía que las fincas hipotecadas tuviesen el valor necesario para responder una o dos veces de la hipoteca, aun daba más importancia a la probidad del cliente deudor. El honrado nombre mío, la recomendación del amigo de don Manuel Aldano, y, sobre todo, mi inengañable aspecto de buen muchacho, ganaron pronto mi causa:

—¿Es Ud, miope?

—Una buena clase de miopía, señor. Puedo leer y escribir sin anteojos, pero para ver de lejos los necesito.

—¿Donde está empleado en la actualidad?

—En casa de don Juan Feel.

—No quisiera yo que creyera don Juan que le catequizo los empleados.

Oh, no, señor. Soy yo el que he sabido que aquí hay un empleo vacante. Y es tan natural y tan justo que quisiera mejorar. . . . . Un empleo de Banco es un buen empleo.

—¿Le parece a Ud. un buen empleo?

—Oh, sí, señor: es una distinción. Constituye un diploma de honradez. Deja abierto el camino al progreso. Puede uno aprender y mejorar. Hasta el corto número de horas de trabajo es favorable; queda tiempo para estudiar o para distraerse. Ya ve Ud., donde don Juan trabajamos de siete de la mañana a seis de la tarde.

Mi ingenua confesión del interés que tenía en no ser desechado pareció agradar. Había desarrollado una gran fuerza a mi favor con hablarle así; había sido sincero y había sido preciso. Un hombre que sabe lo que quiere y por qué lo quiere, y tiene el valor de expresarlo claramente, ya tiene medio ganada su causa. Para un individuo como Mulford, gran conocedor del espíritu humano, eran mis palabras la más eficaz recomendación. Todo aquello que yo había hecho por instinto, obedeciendo a mi naturaleza sincera y amante de la precisión, abogaba por mí, que en la palabra tenía mi mejor arma. Débil en el gran escenario humano, empezaba a darme cuenta de mis medios de acción. Contaba mis armas de mal dotado; no tenía la resistencia, ni la salud, ni la habilidad manual; no tenía la desvergüenza ni la coraza de poca sensibilidad; era un ser despellejado, un hombre en carne viva; un individuo lastimado de alma, susceptible a toda

injuria, abierto a todo dolor; sobre todo, estaba alejado de toda acción. No conocía—no tenía tiempo para conocer—el camino que lleva al poder en esta tierra. Mi reino no era de este mundo. Especulador como María, dejaba que Marta trabajase; pero tenía la palabra. La palabra para convencer a los hombres de que me dejasen vivir, de que yo también tenía derecho a ser. Una extraña capacidad de persuación me permitía interesarlos a mi favor, despertar sus más nobles cualidades. Todas las armas de los débiles parecían llenar de flechas mi aljaba ante el blanco común. La necesidad que tiene el individuo de subsistir; el genio de la especie, que es el mismo genio del individuo; el genio que en determinados momentos nos invita a ahorrarnos, a preservarnos, a conservanos, y luego, a prodigarnos por el amor; el genio que primero quiere la conservación del individuo y después el sacrificio,—velaba por mí. Egoísmo y altruismo, los dos polos de la misma tendencia de la naturaleza a subsistir, velaban por mí. El feroz egoísmo de ser, y luego, el instinto de prodigarse, el instinto de la paternidad. . . . De un lado, en este egoísmo necesario; del otro, en aquel amor que lleva al sacrificio del individuo, y no es sino otra forma del mismo sentimiento del yo, veía una sola tendencia de la naturaleza a subsistir, una sola necesidad de la especie de conservarse. Y acaso los muy egoístas,—los poetas,—son los muy generosos.

—Está bien: puede Ud. darse por aceptado, porque ya sólo falta llenar una formalidad. Ud. entrará a servir en la Caja, y es necesario preguntar al Cajero si no tiene ningún inconveniente en que

Ud. sea su subordinado. Ya ve Ud.: es su Jefe inmediato, y quiero que haya armonía en el personal del Banco.

La formalidad se llenó bien pronto: era empleado del Banco Industrial.

XV

El primer día en que entré a mi nuevo trabajo, a aquel edificio grabado con caracteres indelebles en mi memoria, apenas traspuse la barandilla que rodeaba el departamento de la Caja, el Cajero me presentó a mis compañeros de trabajo. La cara de Cristo del receptor me sonrió con un movimiento de los labios delgados, que no acusaba falsía, y que, a pesar de ello, no inspiraba confianza. Fuí luego presentado a los cobradores. De pié, ante largas mesas cubiertas por un grueso paño verde, y parecidas a mesas de billar, se dedicaban a las mismas operaciones que yo había desempeñado donde Feel: a clasificar y atar los billetes de los distintos Bancos, en paquetes de a cien pesos, que luego se unían por un cáñamo de diez en diez. A la derecha de la dependencia donde iba a servir, se destacaban enormes cajas de hierro. En ellas, y en un cuarto del mismo metal, cerrado por una maciza puerta y que constituía una desmesurada caja más, se guardaban altos valores en billetes, plata, oro y joyas. Estas últimas, que garantían en calidad de prendas varios préstamos de dinero, me hicieron compreder más tarde las alegres mofas que escuché en boca de casi todos los elegantes y amables clientes del Banco Industrial, que reían de este desconcertante título.

"¡Banco Industrial!"—clamaba el alto caballero de altos humos y sombrero de copa alta, deudor por una alta cantidad al establecimiento; "¡Banco Industrial! ¡qué simpático nombre! Pero si esto no es más que un montepío en grande. . . . Sólo que mi casa es tan vasta y está tan sólidamente atada a la tierra, que no han podido encerrarla en una de esas cajas de hierro. Ni era necesario; yo tampoco puedo metérmela en el bolsillo y largarme. Pero en lugar de la salvaguardia de esos enormes cerrojos de estos trastos, está una inscripcioncita en el Registro de la Propiedad Inmueble, lo que constituye una garantía no menor."

—¡Banco Industrial!—reía con despacio su menudo interlocutor, en voz casi baja, Esto de *industrial* es lo más gracioso. Como si hubiera en Guatemala algo más que una industria tan en pañales, que todavía no es persona. Pero, ¡ya se ve! Había otros Bancos cuando se fundó éste, durante la loca, generosa y espléndida administración de Reynita. Y era preciso disculpar su aparición. Nada mejor que fingir que obedecía a la necesidad de favorecer un naciente ramo del progreso nacional. ¡Gran Reyna Barrios! Teníamos tal sueño de grandeza entonces, a raíz de nuestra Exposición Centroamericana, que el que nos hubiese afirmado que no iban a surgir, como por encanto, fábricas de papel, de vidrio, de todo producto humano, hubiera sido ahorcado. ¡Ay! Lo malo fué que este Banco, como los otros, en lugar de favorecer a los industriales, a los pequeños industriales sobre todo, esos nuestros hábiles obreros que podían garantir los préstamos de tantos modos, bien pronto no hizo sino lo que los

otros: dar dinero a interés con la garantía de buenas hipotecas.

—Sí: con garantía de fincas urbanas. Porque las rústicas están demasiado lejos para que no moleste su avalúo.

..... Estas conversaciones, con ligeras variantes, se repetían a menudo. Los más quejosos—risibilidad de la queja—eran después los más corteses en presencia del Gerente, del que obtenían el dinero al diez por ciento anual, en vez del doce, que era el tipo corriente más bajo fuera del Banco.

XXI

..... Uno de los cobradores era un mocetón gallardo y buen mozo, hijo de uno de los Directores del Banco. Poseído de la riqueza de su padre y del puesto importante de éste en el esblecimiento, no daba gran valor a su empleo, que descuidaba con frecuencia. El otro cobrador era un pobre hombre, ya casi tocando los límites de la vejez, que había pasado por la vida amorfo e incoloro, bueno, con una virtud pasiva, inútil y resignado. Había comido, dormido, cumplido sus deberes religiosos y sociales, y ahora se preparaba a morir. Un vicio orgánico lo hacía casi tan inútil para el trabajo como un ser mutilado. Había visto ascender a sus compañeros, y él permanecía en el último puesto de cobrador del Banco, puesto para el que sólo se necesitaban honradez y sentido común. Las labores de la Oficina le estaban vedadas, por un defecto de los ojos que le impedía fijar la vista, y como casi siempre sucede, este defecto de la visión correspondía con otro del

cerebro, que le impedía fijar la atención durante mucho tiempo. Su sueldo era excepcional para su empleo, pues en atención a su larga permanencia en el Banco y a su puntualidad, se le había aumentado hasta una suma que no podía dársele en compensación a otros méritos; pero, a pesar de este aumento, la cantidad recibida mensualmente no le permitió casarse. Necesitado de interesarse por algo en la vida, se interesó por sus gallinas. Las tenía de toda especie, y hacía con ellas mezclas fantásticas. Había acabado por tener variedades raras. A veces lo veíamos llegar al Banco con cajas o paquetes que llevaba con uncioso cuidado. Eran huevos, que haría empollar por sus gallinas, o que pensaba cambiar por otros, de especies exóticas. Su vida era de medias tintas, algo suave como si no existiese, crepuscular, amorfa: una página en blanco. En la existencia representaba el valor de uno de esos granos de los que la Naturaleza exhuberante y pródiga produce miles para que uno sólo reproduzca la especie. De cien uniones sexuales, sólo una fecunda a la hembra, y de cien granos caídos del árbol, sólo uno surge a la vida. Pero la Naturaleza tiene el tiempo y el número, y puede esperar.

Sola, incolora, era la vida del viejo y cansado cobrador del Banco. ¡Pero qué fuerza de inercia había en ella! Aquel hombre mal dotado tenía una paciencia y un sentido de la vida, constituidores de un maravilloso sistema filosófico, que hacía casi feliz al caduco célibe. Más feliz que muchos señores de la tierra. Ante él se recordaba la sentencia divina: "Bienaventurados los mansos, los

pobres de espíritu, los sencillos de corazón, porque de ellos es el reino de los cielos, porque ellos verán a Dios."

Paciente, resignado, rico, porque no tenía necesidades, porque no pedía a la vida más de lo que ésta le podía dar, semi-ciego e inepto, hacía su camino solo, sin llorar la compañía imposible, casto, con la castidad que a algunos individuos débiles da la Naturaleza para permitirles subsistir; económico, con esa economía que es la gran fuerza pasiva, negativa tal vez, pero fuerza enorme al fin, de los mal dotados. Sabio, con esa filosofía que adquieren pronto los pobres seres burlados desde niños; resignado a ocupar un lugar inferior, cristiano y manso. . . . .

Sus compañeros, que en el fondo lo querían y lo compadecían, tanto más cuanto que no les hacía sombra, tanto más cuanto que era un imposible rival, tenían en él un continuo rey de burlas que no eran sangrientas sólo porque las desarmaba la resignación del paciente:

—Viejo: ¿Cuándo te jubila la Directiva? Cada vez eres más inútil.

Y el pobre viejo, al cual sólo se designaba por apodo, como si fuera hasta innominado, sonreía. . . . . Hacía decenas de años que era empleado del Banco. Yo, inquieto y sensible, pasaba de un empleo a otro; él en cambio, se había adherido como una lapa, en un fiel instinto de vida, al primer empleo sólido y cómodo que se le proporcionó. Y aquel empleo había sido la modesta X que solucionara su vida llena de sencillez. Contaba con sus economías para

cuando fuera más viejo. Estas vidas sin duplicidad, se solucionan siempre así, fácilmente. Están mal dotados los que tejen su fácil tela; pero son muy de este mundo: encajan en él como en su propio medio. Yo, en cambio ¡cuándo iba a encontrar puerto y descanso! ¿Inepto? No. La vista de los verdaderos incapaces me había curado de mi error de concepto. Los que son incapaces como los locos, no lo sienten así; no perciben su vicio de conformación. No: no era ineptitud la mía. Mi materia agente se adaptaba con facilidad a los más distintos medios de acción. Era mi pobre alma la inadaptada. . . . .

XXII

. . . . . Aunque era una de las atribuciones del Cajero, enseñarme mis deberes, fué el receptor el que se encargó de ello. Tenía interés en hacerme llevar algunas de las más pesadas piezas de carga de su labor cotidiana.

—Señor Aldano,—me dijo con su exagerada cortesía,—tenga la bondad de venir aquí.

Abrió un gran libro de cuentas corrientes, y poniendo en mis manos una de las carterillas verdes en que se copiaban las mencionadas cuentas, me invitó a que la llenase. Estas carterillas se entregaban después a los interesados. La que primero se vió en mis manos estaba, como todas las demás, muy atrasada. ¡Oh, Dios mío, y cuán grande fué mi tormento al trabajar en ella! Mis dedos temblorosos hacían unos números que me parecían lamentables. Una fuerte corriente sanguínea congestio-

naba mi cabeza, y me imposibilitaba para sumar. Los guarismos trazaban fantásticos bailes, en los que tomaron pronto parte los muebles. Mi excesiva nerviosidad me ataba con mano tan segura como una dolencia grave. Y, a pesar de ello, mi firme voluntad me servía como una brújula y como un motor y me hizo salir avante. De vez en cuando, Luján, el receptor espectral, se aproximaba sin hacer ruido con sus zapatos de hule, silencio que unido a su demacración le hacía parecer una sombra fantástica. Su alta estatura le permitía ver por sobre mi hombro el trabajo hecho, y me enseñaba, me rectificaba o me aplaudía. Era la figura más interesante del Banco. Y, sin duda, la más enérgica conciencia que había en él. En breve tuvo gran influencia sobre mí. Imité su modo de hablar, el movimiento de sus brazos, y mil otros rasgos típicos suyos.

XXIII

En cuanto el Gerente salía de la Caja, Gabriel Moreno, el hijo del Director, erguía su alta estatura; se desperezaba, alzando los brazos musculosos, y un bostezo contraía su hermoso rostro. Sus ojos brillaban maliciosamente cuando encontraban los míos. Pronto se había dado cuenta de que en mi había otro buen sujeto para burlas, que con el Tío Gallina —(así llamaban al pobre viejo inútil)—le haría menos penosa su estancia en el Banco. En cuanto veía que Luján se aproximaba a la mesa en que yo trabajaba, él hacía lo mismo:

—¿Qué tal, señor Aldano? ¿Cómo se siente Ud.?

Cometí la torpeza de olvidar el éxito que en la

tienda de los catalanes había tenido la palabra "cohibido," y le respondí que, naturalmente me sentía *cohibido* por la vergüenza del nuevo empleo y de los nuevos compañeros. La palabrilla provocó una explosión de risa. Como el Cajero, un hombre muy simpático, se aproximase a pedir parte en el festín de alegría, para la que siempre estaba pronto, le dijeron muy serios:

—El señor Aldano se siente cohibido.

Así se mofaron de mí largo rato. Sus burlas contribuyeron a serenarme. Me veía en un medio alegre, en donde el trabajo era fácil para todos, menos para mí. Cuando nos dejaron solos, Moreno continuó conversando conmigo.

—Y, tiene Ud. razón en estar cohibido, señor Aldano, porque el Gerente es una fiera.

Trató así, por mil maneras, de infundirme miedo y de ponerme aun más cohibido. Pero sus risas lograban resultado contrario del que se había propuesto.

XXIV

. . . . . Por primera vez supe lo que era tabajo en el Banco Industrial. Hasta entonces había estado en oficinas donde se me pagaba con irrisorios sueldos mis servicios de muchacho para hacer mandados. En la tienda de los catalanes y donde Feel y Sohn permanecía de pié, sin hacer nada, todo el día, esperando con ansia el momento de servir para algo. En el Banco, al contrario, se abrió campo a mi actividad, y se dió a mis facultades un empleo más meritorio que cuidar la oficina y fungir de correvei-

dile; servicios éstos en los que me pudo sustituír cualquier chico recién salido del colegio.

Para mis nuevos trabajos se necesitaba alguna preparación y cierto talento; y entonces comprendí que tal preparación no me había sido dada en los establecimientos escolares. Mis estudios, brillantísimos, salvo las primeras nociones elementales, me fueron completamente inútiles en el Banco. Durante los primeros seis meses hice mi verdadero aprendizaje útil. Todas las nociones teóricas de que lleva la cabeza henchida un flamante tenedor de libros, orgulloso de su título recién adquirido, son menos necesarias que las que se adquieren en el primer mes del primer empleo serio y remunerado. La mejor escuela yanqui, en la que juegan papel moneda ficticio y comercio simulados, no prestará jamás al estudiante de Teneduría de Libros la atención y la necesidad de aprender que le presta la primera semana pasada en una oficina o en un almacén, donde tiene el estímulo de la vergüenza y del sueldo.

Cuando se me pidió que dijera a cuánto ascendían en nuestro papel moneda sesenta y siete pesos oro al dieciocho veinticinco de prima, comprendí que a pesar de mi premio en la clase de Contabilidad no sabía hacer aquella sencilla operación. Sabía, sí, teóricamente, lo que era prima y la multiplicación que era preciso hacer para dar la cantidad pedida; pero la pena de ver en flamantes *greenbacks* los sesenta y siete dollars y de saber que a mi contestación estaba dispuesto a pagar un cliente confiado o a rectificar un cliente desconfiado, de tal modo me

quitaron la sangre fría, que a pesar de hacer dos veces la operación aritmética erré en ella, y en vez de aumentar una unidad entera a la prima para obtener el factor del cambio, multipliqué sólo por aquélla.

En el Banco la más sencilla operación hecha por el último empleado, era rectificada por otro que ponía el *Visto Bueno* de sus iniciales en el libro o en el documento. Mi rectificador acusó una diferencia de sesenta y siete pesos moneda nacional. El Gerente, que entraba a la Caja en aquel momento preciso, se dió cuenta de mi impericia. Y yo creí morir de vergüenza. Pero, fuerte u obstinada, se alzó en mí la voluntad de no dejarme vencer. Dominando mi vergüenza, pedí al empleado que me inspiró más confianza que me enseñara a hacer la operación. Y aquel fué mi primer día de verdadero aprendizaje. Con una gran aptitud de adaptación, a la semana después me parecía como si toda mi existencia hubiera calculado tantos por ciento, intereses y descuentos.

¡Oh, pero el horror de aquellos primeros días en que manchaba los libros irremediablemente, y veía los ojos burlones de los compañeros fijos en mí, u oía sus risitas y sus burlas; o, lo que era peor, recibía los regaños de los jefes!

Pronto desarmé a éstos con mi aplicación, mi facilidad de aprender y mi deseo de hacerme útil. La tenaz voluntad de salir adelante era cada vez más fuerte en mí. Mancharé diez, cien libros; me haré acaso despedir,—pensaba; pero al próximo empleo que obtenga llegaré más útil y más hábil.

La página manchada de un libro de Contabilidad

inmaculado, antes de que yo escribiese en él, me impedía dormir. Durante las noches, en sueños de pesadilla angustiosa, contemplaba una pequeña gota de tinta que caía sobre una página alba y se agrandaba, se agrandaba hasta rebosar en el libro y anegar la oficina en un líquido negro. Entre sus ondas obscuras, yo, con una enorme pluma en la manos manejaba a guisa de remo, navegaba a horcajada, sobre mi pupitre. . . . .

Por las mañanas llegaba antes que nadie: a las seis,—tres horas antes de que el Banco se abriese al público. Los porteros acudían hora y media más tarde. Me miraban iracundos: mi presencia les molestaba cuando abrían; tenían un reproche en mi matinal aparición; era un testigo enojoso que les impedía holgar como quisiesen, y procuraban molestarme:

—Niño, no respondo de no mojarle los pies; pero es necesario asear esto.

Yo lo sufría en silencio, y me afirmaba en mi resolución de estudiar en los libros las operaciones de mi empleo, y aun las que no eran de mi incumbencia, durante aquellas tempranas horas en que se me dejaba solo y libre. Poco a poco se aclaraba el obscuro enigma de la máquina del Banco; comprendía las funciones de las ruedas y ruedecillas y su engranaje. Al mes sabía algo más que el primero y más sabio de mis compañeros de trabajo.

Durante los primeros días que permanecí en la Caja, clasificaba y contaba billetes y arreglaba carteras. Tenía un puesto intermedio entre cobrador y empleado de Contabilidad. En cuanto las carteras estuvieron al día, se me dieron a llevar los

libros de Cuentas Corrientes. El enorme libro de *Saldos* de estas cuentas, en el que había que hacer sumas de centenas de sumandos que pasaban de una a otra página, era mi potro. Primero se sumaban los saldos acreedores, en tinta negra; después los saldos deudores en tinta roja; alternaban éstos y aquéllos en largas columnas, según los clientes, cuyos nombres estaban escritos en orden alfabético, habían dejado su dinero como depósito en el Banco, o habían obtenido de éste créditos. Un pequeño descuido, y el calculista incipiente mezclaba algunos de estos sumandos, haciendo inútil su ímprobo trabajo. Al principio, aquella labor fué para mí terrible. Penosa aun para los que tenían práctica en el oficio, lo era mucho más para un empleado jóven y enfermizo, que antes no había hecho más sumas que las que trazara en las escuelas de primeras letras. "Esto si que es sumar," me decía yo, orgulloso del esfuerzo que implicaba aquella diaria labor. . . . . ¡Y vaya que era sumar!

Después de haber obtenido las sumas totales de los saldos en rojo y en negro, otras pequeñas operaciones hacían posible la confrontación con la cantidad arrojada—para hablar en términos técnicos—por los datos que suministraban los libros de Entradas y de Pagos. El resultado de dos cantidades iguales aseguraba que no había error en las operaciones del día. La más pequeña diferencia hacía necesaria una rectificación en los voluminosos libros, hasta dar con el error, que generalmente consistía en la suma o en la resta mal hecha al saldar una cuenta corriente.

Y tan varias operaciones, que se prolongaban hasta las últimas horas de la tarde, se repetían diariamente.

XXV

. . . . Llegaba con el alba, fiel a mi costumbre de sustituir mi falta de práctica con sobra de trabajo. A los quince dias ya sumaba con una facilidad admirable; sumaba mecánicamente, pensando en mil cosas diversas, con mi verdadero yo ausente, en el mismo empleo de la subconciencia que permite a los oradores que se han dirigido muchas veces al público hilvanar frases con sentido común y con sintaxis, mientras su atención es ocupada por otros objetos de raciocinio. La enorme ayuda del hábito, que tanto simplifica la tarea del hombre, me hacia no sólo agradable sino necesaria mi absorbedora tarea. Los domingos me levantaba, me desayunaba, y luego, al quedarme ocioso en casa, sentía que me faltaba algo tan imprescindible como el cigarrillo después del café. En realidad, me faltaba algo: me faltaba sumar. Y al ir por las calles, al leer periódicos, no sé qué parte mía trabajaba. Siete y cinco doce, y nueve veintiuno . . . .

Sí: agradable, casi necesario, era para mí el absorbente trabajo. Y, a pesar de ello, me mataba. Cada día estaba más pálido y cansado.

A los pocos meses tuve un ascenso. En mi indefinido puesto entre cobrador y empleado en los libros de Cuentas Corrientes,—puesto éste mucho más importante y mejor renumerado,—tenía el sueldo del primero, en cuya calidad había entrado al

Banco. Pero el segundo empleo también vacaba. Era difícil encontrar quien quisiera hacerse cargo de él. Desempeñado interinamente por Luján, éste, en cuanto yo entré al Banco, ensayó con éxito que lo sustituyera en la enojosa labor. En cuanto se convenció de mi aptitud, trató de regularizar mi posición:

—Aldano: gana Ud. salario de cobrador y en realidad desempeña el puesto de encargado de cuentas corrientes, que tiene mejor sueldo. Esto ha estado bien, hasta ahora, en que se trataba de enseñarlo a Ud. Pero sería una injusticia que continuase. Haga uso del derecho que tienen los empleados de solicitar el puesto inmediato superior cuando vaca, y pídalo en propiedad.

Con el corazón agitado entré a la Gerencia, e hice la solicitud que me había aconsejado Luján. Facilmente se me concedió lo que pedía.

Hice mal: debí contentarme con mi primero y sencillo puesto de cobrador. Resistir a la imagen de un ascenso que evocaba Luján mientras ponía en mis manos las carteras verdes. Mal dotado, aunque en distinto aspecto, como el *Tío Gallina*, como esté debí resignarme a ocupar un puesto inferior. Tenía una maravillosa facultad de comprensión y de adaptación; me parecía fácil el desempeño del puesto solicitado, porque comprendía su tejemaneje o porque durante los primeros días trabajaba en él con alegria, sostenido por mi fuerza nerviosa. Pero no contaba con que, si me sobraba comprensión, me faltaba resistencia para el trabajo. Pronto venía una reacción intensa, que me hacía inútil como un niño o

como un convalesciente. Era entonces incapaz hasta de hacer la suma más sencilla: incapaz de coordinar dos ideas: incapaz de pensar . . . . . La cama me atraía con la fuerza llena de violencia con que atrae el agua al sediento y el pan al hambriento. Al trazar números evocaba lechos, lechos de todas clases . . . . Tenderme, y aunque fuera en el ataúd. Y, por largas horas, mientras por un poderoso esfuerzo de voluntad permanecía de pie, haciendo sumas, evocaba la misma obsesora imagen de una bala, un cuerpecillo de plomo que me horadaba la frente y me permitía descansar.

Me volví entonces irritable. Chocaba con los compañeros. El trabajo, excesivo para mi débil contextura, me desequilibraba hasta casi llevarme a la locura de los neurasténicos. Comprendía los casos que había leído de estos, en que, en una crisis nerviosa, se arrojaban de los balcones de los quintos pisos o mataban a sus esposas y a sus niños y se suicidaban. Pero esto,—pensaba—sólo sucede en las grandes ciudades europeas, como fruto de nuestra moderna civilizacióu que multiplica las necesidades y los estímulos y devora los cerebros y las médulas espinales, y deforma los músculos. Más en esta pequeña ciudad, capital de la generosa tierra de promisión guatemalteca, en que nadie muere de hambre y la vida es tan fácil ¿por qué yo siento los mismos impulsos como caso aislado?

Es que, a pesar del cansancio, mi exagerada alma de poeta, de soldado o de sacerdote, me llevaba a la acción. En la rica, generosa, dormida ciudad de Guatemala, nadie moría de hambre. Pero había

pobrezas vergonzantes como la de mi madre; ávidos deseos insatisfechos, como los de mi hermana; ambiciones de ocupar un puesto en la vida, formar un hogar, de reproducirse, de amar y ser amado y llenar un destino,—como la mía. Y prorrumpía íntimamente: "Sí, adelante! Hay que negar a la materia; hay que trabajar. Venza el espíritu."—Y continuaba atado al banco de tortura, y continuaba el suplicio. El espíritu era fuerte, pero la carne era flaca. Cada vez más inútil, cada vez más cansado, confundía los más sencillos casos, erraba las operaciones menos complicadas y manchaba los libros. Desesperado, casi cada mes acudía al doctor Esquerdo.

Este, que afirmaba que era el más perfecto caso típico de neurastenia que conocía, me trataba en concordancia con su opinión, alentándome, negando el mal, afirmándome que estaba sano, que lo que me mataba era mi egoísmo, el preocuparme demasiado del propio yo. Esta actitud del buen doctor para con los enervados, era aconsejada por los tratadistas modernos. Pero otras veces su sinceridad y su afecto por mí se sobreponían, y entonces me inculcaba curiosas nociones, acerca de mi estado patológico. Cuando yo llegaba, el médico y el filósofo reñían en él y lo hacían incoherente. Si al verme abatido negaba mi mal, desvanecía mis temores de que éste concluye en un reblandecimiento del cerebro, y, a la postre, en realidad, me infundía ánimo, lo que probaba la bondad de los tratadistas que aconsejan semejante actitud, otras veces, seducido por mi fácil comprensión, olvidaba que era su paciente y me explicaba sus secretas teorías:

—La neurastenia es el primer término de una progresión que acaba en la locura. El neurasténico es un degenerado, simplemente. Y Ud. es, decididamente, un caso de clínica: el tipo clásico del degenerado. Todo lo caracteriza como tal: su imcapacidad para el trabajo cotidiano, disciplinado y habitual; su falta de adaptación al medio; su sensibilidad exagerada; su emotividad agudisíma; el dolor de su vida, que linda sin duda con lo que nosotros llamamos locura melancólica, si es que no entra de lleno en ella; su incapacidad de concentración, y por ende, la nebulosidad de su pensamiento; su egoísmo, que lo hace considerarse el centro de mundo e interesarse únicamente por su personilla morbosa, precisamente porque no es capaz de tener sino imperfectas relaciones con la realidad, de la que no se da clara cuenta; su lujuria. . . . . En resumen, es Ud. un paciente de los descritos en cualquier texto moderno de Psiquiatría. Nordau lo hubiera clasificado entre sus místicos. Lombroso hubiera dicho de Ud. sencillamente que era un matoideo. Su lugar de Ud , para la ciencia moderna, está en las zonas froterizas a la demencia. La única causa de su incurable melancolía, del dolor de ser hombre, como Ud. dice, son sus nervios enfermos. Se le podría repetir a Ud. lo que mi colega dijo a Silva: "Lo que Ud. tiene es hambre." El neurasténico es un hombre con la mitad de deberes y la mitad de derechos que los demás hombres. . . .

—Está bien, doctor, le contestaba yo. Acepto lo que Ud. me dice: soy un degenerado. Bien ¿y qué? Yo acepto lo que enseña la Psiquiatría

como acepto lo que enseña un "Manual del buen talabartero:" como una verdad parcial. Pero esto no es sino cambiar de sitio al obscuro problema de la existencia. Acuérdese de la profunda sabiduría del "nada humano me es extraño." El que quiera explicar al hombre tiene que explicar la insanidad del hombre. Ud. dice que mi lugar en el Universo es el de un individuo degenerado de la especie hominal. Pero ¿porqué soy degenerado? ¿Por qué existe la degeneración en el hombre? Por supuesto que no le pido la inocente respuesta de las causas de degeneración que da la ciencia..... ¿Cómo generalizar, cómo sintetizar después de las verdades que Ud. enseña?

—Querido amigo, precisamente otro de los síntomas de la degeneración es el de no conformarse con la verdad elemental de que la verdad absoluta nunca podrá ser objeto del conocimiento para el hombre. La ciencia se detiene ante las causas primeras.

—¡Qué cómodo es eso! Es muy fácil clasificar a los que, enfermos del mal de lo absoluto, preguntan por el sentido de la existencia, como místicos de pensamiento crepuscular, como locos razonadores o como ejemplares de esa extraña casta de enfermos que Ud. presenta como aquejados de duda sistemática y que formulan una eterna interrogación ante la vida. Pero aquí es de rigor que yo repita una vez más la pregunta que tantas veces se ha enrrostrado a los que se entretienen en hacer esas nomenclaturas científicas: ¿Cuándo la investigación ante el misterio es morbosa y cuándo es el fruto de una elevada conciencia,? ¿dónde acaba el santo y empieza el

alienado? ¿qué línea separa a ciertos héroes de algunas formas de insanidad?

—Querido amigo, de seguirlo a Ud. por ese camino tendríamos que llegar a todos esos problemas que ha vulgarizado la ciencia en los últimos años, como el de la infecundidad espiritual del tipo medio de la especie, si se le presenta como el hombre normal, o la concepción del genio equilibrado; enigmas a los que Ud., como buen emotivo, es tan aficionado. Básteme repetirle lo que ya le he dicho varias veces: que su pensamiento de Ud. es nebuloso. Si otras cosas no lo probaran, bastaría considerar su obra literaria. En todos los trabajos que me ha enseñado y en que aparece un solo personaje que es Ud. y nada más que Ud., hay una fuerte emoción y una lamentable mentalidad. Por desgracia, la emoción no es sino una forma imperfecta de la ideación pura. . . .

—¡Cómo! ¿Qué barbaridad está Ud. diciendo? A mí el heroísmo del héroe, la santidad del santo, la abnegación de la madre, me parecen manifestaciones espirituales más altas que la percepción del pensador: algo, no subordinado a la mentalidad, sino que la trasciende.

—En eso no hace Ud. sino ser fiel a su carácter de místico.

—No, doctor. Científicos de la clase de Ud. son forzosamente incompletos. La vida, fíjese Ud. bien, la vida misma se encarga de desmentirlos a cada paso.

—Valioso ejemplo me da Ud. con su respuesta de la imprecisión de los místicos. Resumamos en una idea clara. ¿A qué lo ha conducido a Ud. su inquieta investigación de la verdad?

—A concluir encontrándola, después de una larga correría en que me precedieron muchos investigadores, en el hogar paterno, en la fe sencilla del carbonero, en la fe de mis padres, en la religión de la raza aria a que pertenezco, es decir, en el bien común, del que se alejó mi alma conturbada. Esa es mi conquista de sencillez y de humildad.

—Ese tembloroso acogerse al tipo medio de la especie, que es el tipo sano, o, por lo menos, el menos insano, ¿no revela precisamente el obscuro instinto de conservación de alguien que se siente herido por su propia anormalidad? Esta vuelta a la fé religiosa que calma la sed de verdad del pueblo, este anhelo por disfrutar del goce sencillo que proporciona una partida de billar o una partida de pesca, este orientarse hacia la simplicidad, que me da Ud. como clave de la vida para las almas dolorosas y complicadas, ¿no es precisamente la prueba de la tésis científica?

—Yo sólo sé una cosa, doctor, y es que jamás me han parecido incompatibles las verdades científicas y las de la más elevada ética religiosa. Ya ve Ud. que en mi caso esa simplicidad que Ud. me señala como el mandato de la ciencia y que además está invivitamente ordenada en todas las prescripciones profesionales de higiene moral y física que Ud. me ha dado, ya me la había indicado como salvadora el sacerdote católico. Déjeme con mi fé sencilla, pura y humilde en el Dios de mis padres y pasemos a otra cosa porque en esta jamás podremos entendernos. ¿Por qué dice Ud. que en toda mi literatura sólo existe un personaje, que es su chiflado autor?

—Que eso no le cause extrañeza. Creo, y es

opinión personalísima mía,que espero ver confirmada en el curso de mis estudios por la de otro pensador, que por muchos libros que escriba un hombre de letras a la postre no hace sino retratarse él mismo, por objetiva que quiera hacer su obra, pues todo trabajo literario, en su esencia, es forzosamente autobiográfico. Y si no, veamos. Suponga Ud. a un autor que crée ser completamente objetivo: el parnasiano más exigente, por ejemplo. ¿Del mundo exterior qué elige para su obra? Los aspectos que le interesan porque corresponden con los de su propia naturaleza. Sólo se ama lo que se conoce y sólo se conoce lo que ya existe en uno. De una misma escena del mundo real un autor egoísta le señalará su propio egoísmo al fijarse en el de los demás; un héroe reconocerá pronto al héroe. . . . . La elección delata al autor. Y esto aun extremando, aún extendiéndolo a un texto pedagógico. Sí, mi flaco amigo. . . . .

Pero volviendo a su caso: lo que lo hace interesante a Ud. es su relativa salud moral. El gran médico español Mata se expreso así de un individuo: "Físicamente, un hombre bello y sano; intelectualmente, un hombre listo; moralmente, un idiota." De Ud. se puede decir: físicamente, un hombre enfermo; intelectualmente, un hombre de pensamiento crepuscular; moralmente, un hombre sano; por supuesto, con salud relativa, pues donde no existen salud física ni salud intelectual no puede ser perfecta la salud moral. Su definida incapacidad para el trabajo metódico y diario lo habría colocado a Ud. en el número de los seres dañosos para la

sociedad sino lo salvaran la herencia que recibió de ascendientes sanos (hombres de bien) y su esmerada educación ética.

El tipo del criminal, sobre el que tanto ha insistido la escuela italiana, tiene como primera línea de su fisonomía moral la de ser incapaz para el trabajo, es decir, la de ser incapaz para adaptarse al complicado y disciplinado organismo de la sociedad moderna. Esto lo lleva, si no es un hombre rico, a buscar medios de vida que atentan contra la comunidad, como el juego, el parasitismo, la estafa, etc., y de allí, en rápida pendiente, el robo y el homicidio; o por lo menos lo lleva a la vagabundería y a la mendicidad. Ud. por el contrario, ha hecho laudables y dolorosos esfuerzos para hacerse un hombre útil. Por eso la casilla del gran cuadro de la morbosidad que debe recibirlo es la de los *místicos*. (Con esta palabra místicos designo el grupo de individuos cuyos caracteres trazó Nordau en *Degeneración* y no a los hombres piadosos.) ¿Qué quiere Ud., amigo? La educación y la herencia son los dos factores sintéticos cuando se desea establecer la génesis de un individuo. Ha leído Ud. la obra de este nombre de Guyau?....

—Muy bonito todo eso que Ud. me dice, doctor. Creo que, en el fondo, estamos de acuerdo, y que, como en toda discusión humana, no nos separa más que dar distintos nombres a las mismas cosas. Desde su punto de vista científico Ud. da nombres técnicos a lo que yo doy nombres piadosos desde mi punto de vista religioso. Sólo que yo creo que mi afirmación religiosa es tan cierta como su afir-

mación científica. Modos de considerar la misma verdad, doctor. Y le digo de nuevo:—yo acepto que soy un degenerado. Pero ¿cómo generalizar, cómo sintetizar después de esta aceptación? Una simple verdad parcial, que me deja indiferente.

Llegué a tener un gran cariño al buen doctor. Un día en que mi ánima comunicativa se lo expresó con énfasis, el doctor Esquerdo sonrió:

—No sabe Ud., me dijo, que nosotros los médicos vemos confirmada a menudo la afirmación de nuestros textos de que los locos se buscan.

— . . . . .

—Sí, mi querido amigo. Yo tambien soy degenerado. Por lo demás, terminó burlándose, siempre he creído que los mismos psiquiatras lo son. A un hombre cuerdo del todo jamás se le hubiera ocurrido clasificar a los locos.

XXVI

. . . . . Estaba ya a punto de renunciar el puesto. Sólo me detenían las imágenes de mi madre y de mi hermana, y en segundo término, la de mi tío. Aquellos meses de un trabajo bien compensado llevaron el descanso a mi casa; pero, a pesar de toda consideración, sentía que ya no podía más. Y ya meditaba presentar mi renuncia al Gerente, cuando en la oficina hubo un puesto vacante. El Banco tenía dos dependencias: la Caja, en la que hasta

entonces había servido, y la Oficina, antonomásico nombre dado al conjunto de las salas de la Gerencia, de la Contabilidad y de negociaciones de valores. En esta segunda dependencia quedó sin ocupante un empleo que se podía considerar superior al mío: tenía mejor sueldo, y a mi me pareció que menos trabajo. Me así a la esperanza, y en vez de presentar mi renuncia presenté mi solicitud de ascenso. Acogida ésta favorablemente, pasé a la oficina.

Buen jefe para mí, el jefe del nuevo departamento. Tan bueno como lo había sido el Cajero: siempre amable, siempre enemigo de no molestar a sus subordinados.

Mi nuevo e inmediato superior era un hombre honrado, un buen padre de familia, lleno de preocupaciones por el porvenir de ésta. No contento con el buen sueldo que tenía, aprovechaba su posición en un centro de negocios, y el roce con los directores de la plaza y con todo género de comerciantes y clientes del Banco, para hacer medrar los propios asuntos. Compraba y vendía acciones, títulos, etc. Descontaba letras, cambiaba monedas,—todo, por supuesto, dentro de una órbita permitida y sin desatender su empleo ni hacer operaciones incompatibles con la dignidad de éste. Defendía el centavo a capa y espada. Cuando las economías acumuladas le permitían extender su esfera de acción, compraba casas, haciendo envidiables tratos muy ventajosos para el comprador. No se sabía cómo buscaba, adivinaba o provocaba estas ocaciones únicas, que le dejaban un admirable inmueble ubicado en el centro de la ciudad, con bien construído

edificio y abundantes aguas, por la mitad de su valor. Y era tanto más incomprensible, cuanto que las fincas urbanas, cada vez más solicitadas, subían paulatinamente de precio. Así se enriquecía poco a poco. Cada año adquiría una nueva propiedad y tenía un hijo más. Su mujer, jóven y fresca, parecía no resentirse de tan prolífica maternidad, y hacía esperar que continuase indefinidamente aquella adquisición de hijos y de casas.

El hada locura, esa admirable hada que toca las frentes de los poetas, de los reformadores y de los profetas, de todos los estigmatizados que hacen avanzar a la Humanidad, tocó tambien la frente de este admirable padre de familia, al encontrarlo en su camino. Pero era un buen burgués extraviado, y el roce de la buena hada locura fué casi imperceptible. El buen burgués encontró de nuevo su verdadera vida. Sólo le quedó, intermitente, una lucecita de locura que lo hizo hacer cosas raras, y hasta llegó, en su primera juventud, a hacer que le llamaran *El loco de Gallego*. A esta chispita se debían aficiones y hábitos que censuraban sus compañeros. Iba por las calles silbando siempre, silbando inconteniblemente, o cantando algun trozo de ópera. Andaba en motocicleta con una rapidez desenfrenada, amenazando atropellar a los pacíficos viandantes. De novio, fué un extraño novio que dió mucho que reír, pero nada que censurar. Seguía a su novia, de la que aún no había obtenido el ansiado sí, a la iglesia, donde ésta llevaba la voz principal en el rezo del rosario. Y su amor y su creencia firme e ingenua en Dios, le hacían contestar las avemarías con tanta

compunción, en voz tan alta y con la frente tan inclinada, que los creyentes, menos sencillos de corazón, se burlaban de ellos. La iglesia se llenó de risas, no sólo de los habituales asistentes, sino de muchos otros que llegaban sólo por presenciar el espectáculo. La novia, jóven, bella, cándida, parecía no darse cuenta de ello. Seguía llevando impertubablemente la voz cantante en el rosario. Su suave voz recitaba intacta los padrenuestros y las avemarías. Eran, por su religiosidad y por su indiferencia del qué dirán, digno el uno de la otra.

Ya casados, salieron a la calle en un extraño tilburí tirado por un solo caballo que arrastraba todo lo velozmente que podía, al padre que fungía de cochero, a la jóven madre y a los sonrosados retoños, cada año más numerosos y menos holgados en el económico vehículo. Las risas volvieron a dejarse oír. Reían del coche porque era cómodo y poco costoso; porque el caballo era más fuerte que elegante, y porque era desusado. Reían sobre todo, de la economía de *Mr. Gallego*, como le llamaban. Se contaban anécdotas. Nunca en ellas aparecía la avaricia, pero una franca, una desvergonzada economía, si que si. El señor Gallego usaba, bajo los sólidos, enormes zapatones claveteados, unas tachuelas, último descubrimiento de algún yanqui genial, que habían merecido todo la aceptación de las madres de familia. Aquellas tachuelas clavadas dos bajo el tacón y dos bajo la punta del zapato, impedían el roce directo de éste contra el suelo más o menos duro, un roce destructor. Cuando el señor Gallego,—*Mr. Gallego*—se movía en su

asiento o se trasladaba de una oficina a otra, separábamos involuntariamente la vista de nuestro trabajo para ver al militar que se aproximaba. ¡No era un militar! No había choque de espuelas ni de espadas: era el señor Gallego—*Mr. Gallego*,—que se aproximaba golpeando el pavimento con sus famosas tachuelas, y haciendo un gallardo ruido con la gruesa cadena del reloj, que chocaba contra dijes descomunales. Y el señor Gallego marchaba así, provocando risas y deteriorando el lujoso pavimento del Banco, lavado por los porteros hasta aparecer reluciente. La Dirección del establecimiento bien pudo pagar al señor Gallego—*Mr. Gallego*—una cuota mensual para que se comprase zapatos; alta medida que acaso lo hubiera decidido a abandonar aquellas infames tachuelas. Así el Banco hubiera ahorrado una buena cántidad, pero en cambio sus empleados perdemos algo que no indemniza ningún valor: una risa sana.

Cuando, ya con alguna confianza en mi nuevo puesto, me pude permitir algunas libertades con mi demócrata y bonachón jefe, le supliqué que nunca tocase mi máquina de escribir y la dejase para mi exclusivo uso personal. Como se comprenderá, antes de tomar tan osada determinación lo pensé mucho. Pero es que el gran don Ben, (Mr. Benjamín Gallego) dejaba las máquinas hechas una verdadera inmundicia. Sobre lo que fué cada letra, había una capa de grasa de medio milímetro de espesor, lo que no impedía que don Ben supiese dónde poner los dedos y escribiese con una rapidez asombrosa. Por lo demás, y aparte de este su desa-

seo, que incomodaba hasta al Gerente, persona sin tacha Mr. Ben.

¡Don Benjamín había hecho versos! Hasta creo que aun, de vez en cuando, los hacía. Contaba en su haber de poeta un epitalamio, tres o cuatro acrósticos y dos o tres docenas de composiciones de todos los géneros y metros. Como se ve, era innegable el roce de la buena hada locura. Así como era innegable la madera de buen padre de familia que lo había recibido. Así se formó aquel curioso sujeto, que tenía pico y garras como cualquier vecino y hacía versos de cuando en vez, y se interesaba aun algo por la literatura patria, y hasta había merecido que se le honrase con el titulo de *El loco de Gallego*.

Sus chicuelos, no conformes con el cristiano apotegma de que cada hijo lleva su pan debajo del brazo, le llevaban una casa; ¡poderoso esfuerzo para un recién nacido! Y Don Ben vivía y medraba. Un poco acentuado el toque de la locura, y hubiese sido un chiflado más: le crecen largas melenas y se dedica a hacer versos por toda la vida,—no sin antes cambiarse el nombre por otro. Pero la locura tuvo piedad de él, y su roce sólo sirvió para darle algún más talento que a la generalidad; don que le fué muy útil para su puesto de encargado de la correspondencia del Banco Industrial, y que le permitió hacer aquellos pingües negocios de comprar inmuebles por la mitad de su valor.

¡Cuán bueno fué para mí don Benjamín! Con qué cariño lo recuerdo, lo mismo que al Cajero. . . . .

XXVII

Otro de mis compañeros, Justo Casasola, pronto logró desembarazarse de parte de su carga, echándola sobre mis débiles hombros.—Era jóven. En su rostro se dastacaba una nariz ganchuda entre dos ojos burlones, que se clavaban en los seres y en las cosas como las garras de un ave de rapiña, pero que miraban de frente. Era un honrado egoísta. Sus ojos miraban de frente porque era honrado; aparecían crueles, porque era egoísta. El observador que siguiese el rastro de aquella nariz y de aquellos ojos, pronto habría llegado a una economía tan exagerada, que impelía a Casasola a contar los pedazos de azúcar en su casa de habitación y hacía que entre sus atribuciones de hombre, se mezclasen algunas femeninas, como vigilar la despensa o dar las provisiones de boca diariamente. Era el orden personificado. Tenía una bellísima letra. He observado que en la lucha por la vida, son muy frecuentes y, por lo general, van juntos, este espíritu de orden y aquella economía. En Casasola, habían llegado al extremo.

Codicioso y burlón, así era Casasola. Se hacía odioso por las pequeñas mortificaciones que inflingía á sus compañeros. ¿Era amor propio susceptible, que acudía al ataque como el mejor medio de defensa; era necesidad de distracción de una naturaleza exhuberante, o simplemente prurito de causar ligeras mortificaciones lo que lo hacía prodigar éstas? A menudo la mofa perpetua disfraza una inferioridad de espíritu, y es sin duda una arma inconsciente

esgrimida por los hombres que no tienen otras mejores, o a quienes su inferior naturaleza moral los hace escogerla con placer.

Las Canas, el ayudante del Tenedor de Libros, era un hondureño pequeño de estatura, uno de esos hombres simpáticos que no encuentran nunca vereda angosta, y que saben hacerse respetar con fácil superioridad y hacen amable su vida y las vidas cercanas.

Ya con la vista muy escasa, a pesar de no ser viejo aún, cargado de hijos,—todos feos, estrábicos, y mal o pobremente organizados, como es frecuente los tengan los hombres de muy pequeña estatura,—jamás lo ví sino con una alegre risa. Era muy querido por nosotros.

Y todos estos tres colaboradores en la obra del Banco, hacían escarnio del último de nuestros compañeros de trabajo, el que gozaba de mejor sueldo y tenía el más difícil y más alto puesto: el Tenedor de Libros.

Pérez era un antipático hombre de bien. Tan caritativo, que no se había casado por sostener a sus numerosos hermanos y a su madre viuda, su instinto paternal muy desarrollado, privado de una directa satisfacción, protegió a todos los seres con quienes estaba unido por un lazo más o menos lejano de parentesco. Era el suyo un sentimiento de la familia tan desarrollado, que los hijos de un hermano beodo y de una hermana mal casada y varios otros parientes, hallaron refugio en su honrada casa. Todos sus sobrinos le llamaban papá Andrés, nombre bien merecido por aquel padrazo. Su vida no pudo ser más pura, no pudo ser más piadosa. Sus prácticas

de religión, su trabajo, del que contínuamente se estaba quejando, y su familia, llenaban toda su vida. Dios había bendecido tanta abnegación, y Pérez encontró el medio de disfrutar de mil goces inocentes. No perdía función teatral; iba a todo baile a que era invitado, y con la misma satisfacción asistía a las juntas de las congregaciones religiosas, de las que era importante miembro, y a los entierros de conocidos y amigos. El frac inmaculado para concurrir a una boda, o la levita traslapada para conducir al último albergue los restos de un amigo, daban el mismo placer físico a su bajo y grueso cuerpo. Ya empezaba a perder los cabellos. Pues bien; este honrado varón, de vida tan meritoria y digna de estima que nadie negaba su virtud, era muy poco amado por nuestros comunes compañeros. No le perdonaban sus hábitos de solterón, extrañamente amalgamados con sus hábitos de padre familia. Aquéllos lo hacían egoísta, y egoísta lo hacían éstos. Egoísmo de solterón unido al egoísmo de los que tienen muy desarrollado el órgano de la paternidad y todo lo reservan para los suyos. Los hombres perdonan con dificultad la pobreza de espíritu, amada por Dios. Pérez era chico de espíritu. Daba valor a cuestiones pequeñas y defendía con calor pequeños intereses. Había algo infantil en ese pobre, virtuoso hombre, que, encerrado en el estrecho círculo de su vida de familia, no sabía hacer esas mínimas concesiones sin las cuales la vida en común con los hombres es penosa. Además, tenía mil vanidades minúsculas, que todas ofrecían fácil blanco a las burlas: la vanidad de ser Vicepresidente

del círculo X; la vanidad de tener bella letra; la vanidad de sus manos blancas. . . . . . Sus familiares, necesitados de él, lo llenaban de míl pequeños cuidados y atenciones, que después extrañaba no hallar entre sus compañeros de Banco, y lo hacían replegarse con aire de dignidad ofendida. Y aquel hombre admirabie, cuya vida era una abnegación completa, una alta cesión del yo, no había merecido hacerse perdonar por sus cuantiosas virtudes, los pequeños lunares que lo afeaban. Seres egoístas, pero amables, a su alrededor eran buscados y ensalzados, y la amplia virtud de Pérez era rechazada con escarnio.

XXVIII

A los pocos días quise, con todo mi cariño, a aquellos buenos compañeros. Estaba ya lejos de los odiosos dependientes de *El Sol*, En realidad, los empleados de Banco, junto con otros pocos elegidos, constituyen la aristocrácia del gremio: mayor ilustración, mayor cortesía, hacen fácil la vida entre ellos. Recordando a mis compañeros de almacén, me sentía libre de algo doloroso como una pesadía.

Pronto conquisté la estimación del Gerente, a quien estaba más próximo en mi empleo de la Oficina. Con aquella conciencia del deber, con aquella probidad mamada con la leche materna y afirmada con la educación que debía a mi tío Manuel, cada día procuraba hacer las cosas mejor y trabajar más. Además, había en mí una terrible tendencia a lo absoluto, que me llevaba a buscar la perfección en todo lo que

hacía y me torturaba, pues como es comprensible, nunca se satisfacía. Este deseo me impulsó bien pronto a tratar de mejorar los métodos existentes en el Banco, Quise redactar mejor los machotes impresos que se dirigían a los clientes, con dos o tres líneas manuscritas que los hacían de actualidad, llenando los espacios en blanco: citaciones, avisos de vencimientos,—para todo hubiera querido un texto más claro y conciso. Intenté modificar el orden del archivo; a varias otras dependencias llevé mi espíritu de reforma, y entonces hube de comprender una verdad, más tarde ratificada con frecuencia por la vida: que los que tienen estos instintos de reforma y perfeccionamiento indefinido, son pobres ilusos, que sólo obtendrán dolor y el vituperio de los que viven en el medio en que quieren implantar sus mejoras. Pronto, por fortuna, obtuve este conocimiento, pues si llego a insistir en mis propósitos, concluyo de captarme el odio de mis compañeros, que ya se burlaban de mí y me oían o me veían hacer con desprecio e indiferencia, si no con manifiesta hostilidad. Algo maleable había en mí que me hacía comprenderlo todo y adaptarme a todo; y esta maleabilidad me hizo suspender mis crecientes instintos de reforma. Más tarde había de convencerme de que era un buen organizador.

Dejado mi extemporáneo deseo, no fuí sino un dependiente modelo. Llegaba el primero y me iba el último. Mi jefe inmediato se acostumbró a confiar en mí. Sus demás subordinados oían las órdenes, contestaban: "Muy bien, señor; se hará;" pero no las obedecían, o las obedecían tarde, o las obedecían mal.

—¿Casasola, mandó la citación al señor X?

—Dispense, señor; la mandaré ahora mismo. No he tenido tiempo. Hay tanto que hacer. . . . . .

¡Hay tanto que hablar!—me decía yo. El mismo Gerente llegó a considerarme imprescindible. Asuntos del Banco que no admitían demora y aun con frecuencia asuntos personales de nuestro Jefe superior, me eran encomendados. Estaba seguro mi principal de yo haría lo mandado, y de que lo haría poniendo en ello todas mis facultades y todo mi interés, como si de un asunto propio se tratara. Pronto esta estimación de mis jefes recargó considdeblemente mi trabajo. Pero aun más lo recargó la tendencia de mis compañeros, común a todos los empleados de oficinas o de comercio, a dejar parte de sus quehaceres al cuidado del inferior, bastante necio o imbele para no protestar de ello. Casasola, el más egoísta y el peor intencionado, en breve tiempo logró que yo llevase algunos libros de cuentas,—labor que antes había sido suya. Los demás, menos osados, me daban a hacer trabajos ocasionales, de los que el Gerente no se daba cuenta de por quién eran hechos.

—Aldano, Aldanito, hágame el favor de sacar tres copias de esta minuta.

—Aldanito, revise esta lista.

—Aldanito, ponga en limpio esta cuenta. . . . .

Y yo, cada vez más cansado, sin valor para negarme, miraba con angustia aglomerarse el trabajo sobre mi mesa de escritorio. Me parecía ser un paciente y estropeado animal, sobre el cual los más fuertes dejaban caer parte de su carga. Otras veces

imaginaba que la máquina del Banco me había tomado entre sus engranajes, como la muela del trapiche toma la caña de azúcar, para arrojarme después de algún tiempo, exhausto y exprimido. La sombra del cansancio se agigantaba ante mí. En cambio, todas aquellas erradas ideas que antes me hacían considerarme inútil para todo, como si fuesen avecillas negras habían fugado de mi alma. Ahora me era indiferente mi miopía; mejor dicho, me alegraba de ella. Sabía ya que era un seguro de larga duración para mi vista; me parecía una adaptación de los ojos a un medio de pequeños objetos: letra de molde o manuscrita, ruedecillas de reloj, estudios bacteriológicos..... Adaptación necesaria en la moderna cultura, que daba al órgano de la vista capacidad para trabajar mucho tiempo sin cansarse, viendo minúsculas piecesillas. En resumen: la adaptación del órgano de la vista al medio de pequeños objetos en que viven los hombres civilizados. En efecto, mi vista de miope salía indemne de los cinematógrafos o de largas horas de lectura que fatigaban y rodeaban de un círculo rojizo los ojos normales. Así como el órgano de un marino se adapta a los dilatados horizontes de cielo y mar y distingue los cuerpos a gran distancia, así el ojo del ciudadano se adapta a este medio de reducido horizonte que circunscribe la civilización moderna con sus múltiples y artificiosas necesidades. Un niño de colegio tiene más actitud para leer sin cansarse durante varias horas, que un campesino adulto.

Pero a pesar de esta seguridad, a pesar de lo necesario que me era el ya considerable sueldo de

que disfrutaba, a pesar del amor vivísimo a los míos, a quienes con mi renuncia iba a llenar de privaciones, pronto tuve que ceder a otro empleado mi puesto en el Banco.

Me fué imposible continuar en él. Prodigios de voluntad escollaron ante el cansancio cada vez más grande que se apoderó de mí. Comprendí que la voluntad en ciertos casos nada puede; que por lleno de voluntad que esté el hombre que ha perdido una pierna, no puede tenerse en pié.

Me acuerdo de los días que precedieron a mi renuncia del empleo. De pié o sentado ante el pupitre, luchaba aún; pero mis dedos se negaban a moverse y mi cerebro a funcionar. Tardé tres horas para hacer una sencilla operación,—el saldo de la cuenta de Depósitos a la vista. Las páginas quedaron llenas de borrones, y mi alma, amante de lo perfecto, quedó llena de angustia, como si aquellos borrones pudiesen manchar su propia esencia. Siempre he sufrido mucho ante un trabajo imperfecto, ante una carta con palabras entre reglones o una lista borrosa. Siempre llevé a toda obra mía, por pequeña que fuese, un deseo de perfección.

Había que resignarse. No podía desempeñar a conciencia el empleo. Y no consistía mi falta en desconocimiento de lo que llevaba entre manos: percibía no sólo la parte enconmendada a mi esfuerzo, como mis compañeros de Oficina y de Caja, que sólo tenían la parcial, incompleta visión necesaria para el desempeño de su empleo, sino todo el engranaje del Banco en conjunto. Pude muy bien sustituir en sus funciones a los Directores y al

Gerente. Y sin duda tenía más clara percepción de lo que es la plaza comercial de Guatemala, que ellos. Me daba cuenta del sencillo mecanismo a tal punto, que mi jefe se acostumbró a consultarme negocios de difícil resolución. Pero si el espíritu estaba pronto, la carne era flaca. Era como una alma sin materia agente. En las tibias, luminosas mañanas, recien llegado al Banco, extendía con facilidad el primer giro o hacía con facilidad la primera multiplicación; pero cuando uno u otra llegaban al número cuarenta, al número ciento, ya no sabía lo que hacía.

¡Oh! ¡la lucha contra el cansancio. . . . ! ¡Las argucias de que se valía éste para determinarme al reposo! ¿Hablaba alguien? ¿llegaba un visitante? Y yo suspendía mi trabajo, engañándome a mi mismo, como si el que hablaba, el que llegaba, solicitasen mi atención. Ya no podía fijar ésta. Me distraía cualquier sonido, toda aproximación. Días antes había tenido una irritabilidad enfermiza que me hizo reñir con todos mis compañeros y contestar con sequedad al mismo Gerente. Ahora ya ni de esto era capaz. Creo aún verme de pié ante mi pupitre, sostenido por un esfuerzo de voluntad, y tan rígido y tan relajado a la vez, como un cadáver que se moviera bajo el influjo de una corriente galvánica. Sin pensar nada ya, sin querer nada ya, con una sola preocupadora, obsesora idea fija: la de un pequeño cuerpo metálico, una bala, que taladraba mis sienes. . . . Ya era un campo de batalla el sitio en que pasaba tal suceso, ya simplemente el cuerpecillo cónico se había escapado del revólver

que Casasola nunca abandonaba. ¿Suicidio? ¡No! Demasiado religioso, no era el suicidio; era simplemente la muerte, el derecho a descansar, que llegaba.

Pude, como en mi caso hubiera hecho el Tío Gallina, aferrándome a mi empleo por otros medios, solicitar una licencia y descansar. Talvez licencias periódicas me hubiesen hecho posible continuar en mi puesto; pero mi tendencia a lo absoluto, o, por lo menos, a hacer las cosas en un creciente perfeccionamiento, o a no hacerlas, me cerraron ese camino salvador. No tenía la resistencia pasiva que oponen a la vida otros mal dotados,—la que oponía el Tío Gallina, por ejemplo,—fiados instintivamente en la ley de inercia. Y fuí derrotado. Dejé el empleo con tal cansancio, que lo dejé casi sin dolor. Un día llegué a la oficina. Aun no estaba en ella ninguno de mis compañeros. Permanecí sentado ante mi mesa de trabajo, sin hacer nada, sin pensar en nada, viendo con cara de estólido los movimientos de una araña que frente a mí, a dos o tres varas del techo, empezaba a tejer su tela. Así permanecí no sé cuanto tiempo. Sólo experimentaba una sensación de dolor en el alma; de un dolor que yo mismo no sabía por qué era provocado: vago, indefinido e indefinible. . . . Al fin, por un doloroso esfuerzo, volví a la realidad; me acordé de unos trabajos en máquina que tenía que hacer; y cuando hice girar la vista hacia la "Smith Premier" visible que me esperaba, fué tal el horror que sentí hacia ella, hacia toda acción; tal la incapacidad que me invadió, que ya no luché más. Era deber mío renunciar el puesto con quince días de anticipación al de

la salida del establecimiento,—tiempo necesario para que buscasen un substituto; pero había esperado tanto una reacción favorable, que me sentía incapaz de cumplir aquel deber. Necesitaba un descanso inmediato; ir, sin perder ni un minuto, a tenderme en mi lecho. . . . . Borroneé un papel avisando al Gerente que me sentía tan enfermo, que, aunque haciendo un esfuerzo había llegado a la oficina, ví en ella que mi indisposición era mayor que lo que al principio supuse. . . . .

Dejé así el Banco. Al salir a la calle estaba tan cansado, que se llenó mi espíritu de la imagen de mi propio cuerpo tendido en una de las aceras de cemento. . . . ¿Por qué no me echaba allí mismo? Hice un esfuerzo y continué andando. Y de pronto se apoderó de mí una energía rara. Como si mi espíritu hubiese descansado, semidormido, durante aquel sopor horrible, quizás más restaurador de las fuerzas que un sueño profundo, y ahora despertáse, anduve rápidamente, funcionó mi cerebro con facilidad, y me sentí muy apto para el trabajo. Era capaz de nuevo para sufrir.

Pensé por un momento volverme, romper la carta y empezar la diaria tarea. Pero un sentimiento de vergüenza me contuvo: era posible que el Gerente ya hubiese llegado y leído mi epístola; ¿y cómo decirle: Señor, hace un momento me sentía muy cansado, pero ahora ya pasó mi fatiga? Me hubiera tomado por un loco. Se puede decir: sentía un gran dolor de cabeza, que ya desapareció; pero ¿quién cree en las extrañas manifestaciones de la neurastenia? ¡Adelante!

¡Oh, el dolor de mi madre; oh, el dolor de Adelita cuando me vieron regresar a una hora desusada, y les dije que había presentado renuncia de mi empleo! No había sangre ni soplo trágico en aquel drama familiar; y, sin embargo, había más dolor que en un hecho cruento. Los grandes momentos anormales de la vida despiertan una fuerza hasta entonces oculta en los hombres, que los hace superiores al momento; pero la desgracia vulgar que ahora nos afligía. . . . .

Adela fué cruel. Mi madre, como de costumbre, fué compasiva y llena de caridad. Tuvo el valor de reír de mi rostro atormentado y de darme ánimo Ambas manifestaciones me hicieron igual daño.

XXIX

. . . . . Me eché sobre la cama y procuré no pensar. Leí. Un hambre voraz, recurso acaso de una naturaleza debilitada, pero jóven aún, me hizo, ocultándolos como el cuerpo de un delito, llevar a mi cama pasteles en gran número. Leía novelas desatinadas, y comía, procurando olvidar. Pero de pronto el dolor se deslizaba cautamente, como un reptil viscoso, e hincaba en mí su diente lleno de veneno. ¿Qué sería ahora de mi madre y de mi hermana? Había acabado el paréntesis de alivio, de holgura. Ya mi madre no descansaría; ya no podría yo comprar chales a Adela, jóven, bella, deseosa de ocupar su puesto en la vida y de ser feliz. Acaso era ella la que más lástima me daba. Muerda el dolor a los seres ancianos, a los seres débiles

de los que ya es antiguo conocido; pero no haga mal a los seres bellos, a los seres jóvenes y fuertes. Caigan heridas las grandes aves, pero que no haya un destrozamiento de pajarillos. Defiéndase con muralla de cuerpos viejos a los niños, y a las mujeres jóvenes, y a los hombres jóvenes.

Después, mi espíritu aprendió la ciencia de la vida. Conoció su sentido. Tuvo fe, y adquirió el tesoro de la resignación. Su sabiduría de aceptar el propio dolor se extendió hasta aceptar el dolor de los seres amados. Pero entonces, entonces pedía que se duplicase su carga, pero que se quitase la de la madre y la de la hermana. Y se revolvía, y elevaba protesta ante el dolor ajeno. ¿Por qué? ¿Por qué no habían de sufrir los seres amados, si no hay nada más necesario que el dolor?

XXX

. . . . . El libro cayó de mis manos, y dormí sobre los restos de los pasteles, lastimoso y pueril, hasta concluir aquel día. Dormité también todo el día siguiente. Al tercero se había aumentado aun la necesidad del reposo. Sin la fuerza estimulante del diario trabajo, que sosteníame de una manera artificial pero poderosa, ahora había caído en una extrema lasitud. Comprendí que durante mucho tiempo toda esperanza de sentirme mejor era ilusoria, y cumplí el último deber: escribí al Gerente que mi enfermedad era más grave de lo que en un principio había creído, y que se sirviera aceptar la renuncia del puesto que ocupaba, suplicándole encarecida-

mente disculpase mi involuntaria falta de no haber avisado con anticipación. Hecho aquel ímprobo esfuerzo, me sentí descansado, casi feliz. Como siempre que ha cesado una posición falsa, la certidumbre, siquier fuese la de lo más temido, era preferible al anterior estado de duda. Comprendí que ya nada me separaba del lecho. Podía dormir indefinidamente. El pan diario está asegurado a todos los enfermos en Guatemala ¡A dormir pues!

Aquellos días no estuvieron desprovistos de encanto. Me vino el don del olvido, peculiar a los convalescientes. Suave convalescencia era, en efecto, la mía; la convalescencia de un cansancio extremado, hermano de la muerte.

Conforme empezaron a volver las fuerzas, al mes de un reposo completo casi, empezó de nuevo la rebeldía contra el ser inútil, y empezó de nuevo el dolor de ver a los míos rodeados de privaciones.

Adela, que en el fondo no era mala, pasada la primera cólera perdonó y fué buena y cariñosa conmigo. Mi madre me llenaba de cuidados más asiduos que los que me prodigaba cuando era el sostén de la familia. Todos tenían cariño por mí.

XXXI

. . . . . En mi penosa reacción de histérico, durante aquellos descansados días que pasé en el lecho, en brazos del olvido que la sabia Naturaleza da en las grandes crisis hasta a los seres más conscientes, no había salido a la calle. Sentía que cualquier roce con los hombres me podía hacer mal. Tuvo

mi primera salida, pues, el encanto de pasear por una ciudad nueva, o el de volver a la vieja ciudad natal después de larga ausencia. Tuvo el encanto de los primeros pasos de los convalescientes. Era un bello día de mayo. Las primeras lluvias habían caído. El agua deslizándose por entre las piedras con que los hombres cubren en las ciudades el seno de la tierra virgen y madre, la había fecundado. Y los brotes nuevos encontraron el camino de la luz por entre los resquicios de las sordas baldosas, por entre las junturas del premioso adoquinado. Los parques estaban verdes. Y aquella primavera de la ciudad, y otra primavera de mi espíritu acertaron a ser contemporáneas; de mi pobre espíritu, también adoquinado por los hombres, también hecho estéril por humanos artíficios.

Pasé, trémulo, con el alma nueva de los convalescientes, extendiendo mi espíritu al sol del mediodía, tibio y agradable, por la plazoleta de San Sebastián. Llegué al centro de la ciudad, y luego, sin determe, seguí hacia el Sudeste. Era la parte comercial. Por todos lados, las puertas abiertas permitían ver a los dependientes de almacén inclinados con pereza sobre los mostradores, mientras sus principales leían enormes diarios o entablaban entre sí, o con algún cliente distinguido, conversaciones interrumpidas por bostezos. Y entonces empezó a cantar en mí el canto de la ciudad dormida; el canto de Guatemala, en el corazón del trópico, amodorrada en su perpetua primavera. En ella los hombres casi no trabajaban y casi no vivían. El trópico indolente se acostaba en la hamaca y dejaba

pasar el tiempo. Nadie se movía con un impulso fuerte; nadie trabajaba; nadie sabía qué quería ni a donde iba. Había estado en tiendas de comercio, en establecimientos de cambio de moneda, en bancos, y en todas partes había hallado la misma inercia. Dos, tres horas de un trabajo fácil ocupaban a los más fuertes, a los más útiles, y luego se fumaba, se conversaba, se leía o se dormía. La costumbre de hacer siestas era frecuente, y el suelo pródigo lo daba todo sin que se le pidiera nada. Los seres débiles, que se mueren por falta de alimento, no alzaban aquí su voz. El anarquismo, el socialismo a base de hambre, de sed y de frío, eran desconocidos. Individuos de la clase más baja, mozos de cordel de la raza indígena oprimida, a las diez de la mañana pedían diez pesos por llevar, durante cien varas, un fardo de pocas libras. Y se negaban a inclinarse para arrancar una mata de grama tenaz que había logrado extender sus hojillas verdes a la caricia del sol, pasando torturada por entre dos baldosas del pavimento,—si no se les daba más de la cantidad de dinero que se les había ofrecido como remuneración a tan fácil labor. El suelo fertilísimo alimentaba sin esfuerzo la poco densa población. Sólo una raza fuerte—la raza sajona—hendía con su hábito de trabajo y sus cuerpos sanos, como un cuchillo, la floja masa de la población indo-latina, y se erguía en primer término, y se hacía servir. Era el alma de toda empresa, la voluntad dirigente de donde partía toda iniciativa. Ellos explotaban el país; los más valiosos tesoros de la nación estaban en sus manos; suyos eran los

ferrocarriles; la "*Mining Company*," recién organizada, extraía sus riquezas minerales; la "*United Fruit Company*" embarcaba sus bananos; y el mayor artículo de exportación, la verdadera riqueza del país—el fruto rojo que pronto se torna en áureo fruto: ¡el café!—ya en un cincuenta por ciento estaba en sus manos, y en una progresión creciente, pronto estaría en mayor cantidad. En las mejores zonas cafeteras,—Alta Verapaz, la costa Cuca de Quezaltenango, la costa del Tumbador de San Marcos, la Costa Grande de Retalhuleu,—las más extensas fincas, que producían cosechas de diez mil quintales y aun más cada año,—estaban anotadas a su favor. . . . .

Nevaba por marzo, desde lo alto de los cafetos, una flor blanca; y nevaba y aromaba para el extranjero poseedor de la tierra. Se cubría de carmín en octubre con el rojo fruto, y se empurpuraba para el extranjero, que con talante de amo subordinaba al hijo del país, lo trataba como a siervo, lo explotaba y, ya enriquecido, volvía a su tierra de procedencia. Había pasado como una escoba por el trópico enervante y generoso. Si casaban los rubios señores y se establecían en el país, a la segunda generación degeneraban. Los hijos de alemanes y de ingleses, tenidos en una hija de hispano-america, eran muelles y regalones, como si la activa sangre heredada hubiese visto sus glóbulos rojos convertidos en linfa bajo la acción del fuerte sol de la zona tórrida. Se iba el hierro resonante, y quedaba el agua cantando su canción tranquila, con su ritmo de renuncia y de paz. Sólo una raza excepcional,

señalada por la mano de Dios para cumplir un extraño destino, no se mezclaba con las otras, o si se mezclaba, predominaba, dominando a la otro carne. Evadiéndose a las leyes de la herencia, sus miembros tenían siempre las grandes orejas, exponente de energía, y las ganchudas y desmesuradas narices, no menos importante signo de vitalidad, que con sus lóbulos en movimiento por las enormes ventanas recibían el aire en grandes cantidades, y hacían persistir, inconfundibles, los caracteres de la raza. Eran los judíos. ¿Ayudaba a ello la circuncisión? Moisés, que como todos los grandes reformadores religiosos,—Mahoma, Budha—fué un gran higienista, había asegurado la perpetuación de la familia hebráica con sus preceptos que vedan la carne de puerco, que imponen la circuncisión, que dan al pueblo otros saludables hábitos que se trasmiten por tradición de padres a hijos?. . . . .

La ciudad dormía. Dormía bajo el enervante, bajo el fuerte sol del trópico, confiada en la fecundidad asombrosa del suelo virgen, que produce sin exigir cultivo; confiando en el propio sol caldeador, que permitía a las clases bajas marchar semi-desnudas; confiando en la bondad del clima, que no exige más cubierta, en caso extremo, que un pajizo techo. . . . . Ninguno de los móviles que en otros medios exacerban la lucha por la vida y llevan al hombre a la acción feroz, inquietante, existían aquí. No era esta la tierra que generaba a los hombres de ojos azules del frío Norte, fuertes por la lucha contra los elementos y, como fuertes, conquistadores. . . . . Era más bien como un país del Mediodía tibio,

como la azul Grecia o la feraz Italia, de cielo despejado y misericordioso. El Sol y la Tierra, llenos de clemencia, al arrullar a sus descansados hijos, hacían propicio el momento para las especulaciones metafísicas y para los deliquios del Arte. La civilización morena podía nacer y madurar, esperando la boca ávida del hombre del Norte, blanco y blondo.

No había ¡lucha por el pan; no había lucha por el abrigo,—factores que, bajo cielos menos limpios, en tierras menos generosas, empujan el brazo armado del hermano contra el brazo en guardia del hermano. . . . . Sólo se luchaba a mano armada por la hembra; y tanto la lucha por el pan como la lucha por la hembra, estaban debilitadas, sobre todo aquélla. También las hembras abundaban y eran fáciles a los reclamos. Unicamente los machos más fuertes se disputaban incruentamente las más bellas mujeres. A los numerosos crímenes pasionales, empujaban como motores de mayor eficacia, el alcohol y la vanidad.

Y en mi alma se elevaba el canto de la ciudad dormida, de la nación dormida, de la raza domida,—reserva ubérrima para un lejano porvenir, ahorro precautorio de un mundo jóven para la vejez del mundo. Adolescente, indolente e inerme, abúlica por exceso de sol,con las facultades de combatividad atrofiadas por falta de uso, la bella nación dormida se dejaba poseer sin amarlo pero sin resistirlo, por el extranjero. También ahora, sobre el vivaz latino, expeculativo y sentimental, inteligente y lánguido, dado el cultivo de todas las artes, muy civilizado,

en cierto concepto de la civilización, bajaban los bárbaros del Norte, de pupilas celestes y brazos de acero. Muy próximo estaba el Norte avasallador: se llamaba Yanquilandia. Muy cerca estaba el Norte avasallador: suprimido el océano por Fulton o por Curtis, se llamaba Alemania. . . . .

XXXII

. . . . . De vuelta ya de mi primer salida de convalesciente me llevaba a mi casa, dolorosa, precisa, clara, la visión del país tropical. Guatemala era, en el orden físico, el país del paludismo, y en el orden moral, el país de la tiranía. Las fiebres endémicas debilitaban a la población. Por doquier se veían rostros pálidos, con el sello de la debilidad y el sufrimiento. Tres cuartas partes del área patria eran tierras bajas en que la malaria reynaba como un señor despótico, destruyendo los cuerpos y las almas. De las provincias afluía a la metrópoli una macabra procesión de agonizantes en busca de inyecciones de quinina. Y el poeta que había en mí no comprendía la ceguera del pueblo guatemalteco,que no se daba cuenta de su mal: de que era un Job tendido bajo un sol de fuego. Sólo a los salvadores cinco mil pies sobre el nivel del mar se redimía la nación del paludismo. Y por eso de allí, de la región de Los Altos, bajaban nuestros gobernantes. Y de pronto tuve la otra clara visión de que este mal físico era el padre de nuestro mal moral: había tiranos porque había paludismo. No en balde un médico salvadoreño, en la nación vecina, ap'icaba a todos sus

pacientes, fuera cual fuera un mal,—dolor de cabeza, dolor muelas, mala digestión. . . . .—inyecciones de quinina. . . . . Nos esclavizaba un sombrío y despótico gobernante porque éramos un pueblo de enfermos. Luego recordé un triste factor más: nuestros malos caracteres étnicos. El millón de indios que eran la base de la población. El millón de indios que pesaba sobre el país. Aquella carga enorme que colgaba de los piez del Job agonizante y lo arrastraba al abismo. Ese era otro mal factor, no empece las declamatorias frases de nuestros oradores, que veían en él un gran medio de riqueza. Ya en Méjico los más ilustres pensadores habían comprendido esta triste verdad del terrible mal que era el indio. Y entonces quise sintetizar y ví en rápido cuadro a Guatemala como una lamentable nación en que había tres tierras bajas. La primer tierra baja estaba constituida por ochenta mil kilómetros cuadrados,—de los ciento nueve mil que componían el área del país,—a menos de cinco mil pies sobre el nivel del mar. Este nivel, que da las mejores condiciones de vida en la zona templada, aquí era mortal. La segunda tierra baja era un millón de indios. La tercera tierra baja era un millón de esclavos, de los que la ignorancia, la falta de cultura y la pobreza orgánica, hacían base propia para la erección de un despotismo. Del paludismo se redimía la nación a los cinco mil pies sobre el nivel del mar. De las malas condiciones étnicas se redimía en pequeños núcleos de población blanca, que habitaban en las mesetas centrales, y que constituían la altura étnica, la altiplanicie de la raza, a

pesar de estar enfermos y decadentes. Para el despotismo no había redención. Todos los medios habían escollado contra el mezquino y terrible mandatario que oprimía al país desde hacía tres lustros.

Y repito que ví entonces claro que éramos un pueblo de esclavos porque éramos un pueblo de enfermos. Hacen más por la libertad los ganapanes sanos que los sabios enfermos. Y éramos un pueblo de enfermos porque habitábamos en un mal medio. En la zona tórrida jamás habrá una gran cultura. Tampoco en la zona frígida. La civilización es un producto de la zona templada. Y esto ya lo saben las naciones colonizadoras.

Además de estas malas condiciones propias de las tierras tropicales, y entre las que no hay que olvidar el terrible calor que nos quema a fuego lento y adormece pensamiento y voluntad, había las causas de degeneración que afligen al mundo civilizado entero. Y en mi cerebro aparecían, una tras otra, abrumadoras, como llagados fantasmas, con su espectral cortejo, hecho innumerable en el trópico. Eran, en primer lugar, el alcohol y la sífilis. Y luego la falta de cultura física y luego. . . . . Pero, ¿a que enumerarlas?

Y mi pobre alma de poeta soñó con la redención de nuestro pobro Job tropical, un Job pecador, en lugar del Job justo de la Bíblia. Sanemos a mi pobre patria, afirmé, y la libertaremos. No necesita políticos sino higienistas. Ponderemos sus malos factores. ¿Qué se puede hacer a pesar de ellos? Y pensé. Contra el calor no hay remedio. Pero se pueden desecar pantanos, se puede emprender una

guerra a muerte contra el zancudo que produce e paludismo y contra el gusano intestinal que produce la uncinariasis. ¿No están allí Panamá y la Habana, saneados por los yanquis?. . . . . Cuando desaparezca el último palúdico desaparecerá el último tirano.

Y al evocar los a yanquis, a aquella civilización portentosa que estaba allí, cercana, a cinco días de camino de nuestros puertos más septentrionales, esperé: no seremos siempre inrredentos. Es imposible permanecer bárbaros a cinco días de la civilización. Y por supuesto que no soñaba con la conquista. ¡Los yanquis! Aquellos si que eran los hombres de Nietzsche: los triunfadores hombres de Nietzsche: los hijos de la tierra.

Y luego aparecieron en mi voluble imaginación de pobre enfermo tropical algunos individuos fuertes, hijos de Centro América. Recordaba a tres olanchanos que me habían visitado hacía algunos días. Se bañaron en mi modesta casa de habitación. Ví surgir de entre los vestidos que caían tres robustos tórax, tres voluminosos abdómenes. ¿Cuántos como vosotros hay en vuestra tierra?, pregunté.

—Hay muchos, contestaron.

—¿Sois siquiera cien mil? Si sois cien mil siquiera, creo en el porvenir de Centro América y creo en la unión centroamericana. . . . .

Y al verlos, trigueños y fuertes e inteligentes, pensé: aquí hay sangre de negros. ¡Ah! Acaso Centro América es una tierra reservada para una civilización de hombres de piel obscura y por eso perece en ella la raza blanca. Y al ver sus ojos inteligentes y bondadosos, todavía soñé en una

redención a base de hombres morenos: los hijos, los verdaderos hijos del sol tropical.

Y luego apareció la sombra del doctor Esquerdo, que hacía caer todos mis utópicos sueños de optimista irremediable: el doctor Esquerdo me habría afirmado, con el Evangelio y con el Budismo:—El triunfo absoluto del bien sobre la tierra es imposible. Dejaría entonces de ser el gimnasio humano: la escuela de los hombres. Los hombres de bien debemos luchar por el bien sin descanso y sin desesperar nunca; pero hay que aceptar que en la tierra, medio de lo relativo, el bien absoluto es imposible. Ud. sueña en condiciones políticas utópicas para Centro-América. En una república de Platón tropical. Vuelva la vista a la cultura europea y a la cultura yanqui. Tampoco en ellas honestos intereses deciden la elección de los más buenos para clase directora: la deciden el agio, intereses personales. . . . . Y los políticos siempre son una mala clase. . . . . Además, el problema obrero, el. . . . . Y luego, malas condiciones naturales.". . . .

Si; era cierto; pero también lo era que entre nuestra esclavitud y aquella relativa libertad, había una distancia inmensa. En el trópico la raza blanca tenía que existir en las mismas condiciones que un colono europeo en el Congo: defendiendo a fuerza de aislamiento y de energía la propiedad,—base de la sociedad,—la vida y la honra. Ninguno de los derechos del hombre estaba garantido en el trópico.

Y soñé. Soñé, a pesar mío. Soñé en un higienista celeste que saneaba nuestras llagas. Mi caso, el caso clínico de Manuel Aldano, me pareció el

emblema de la doliente nación del trópico: era una nación necesitada de médico. Sanearla era salvarla. Y me pareció oír de nuevo la burlona voz de Esquerdo, que me aseguraba que yo veía a mi patria como a un paciente y concebía a su salvador como a un médico, sencillamente por que era un hombre enfermo. Un hombre sano habría generalizado de otra manera.

¡Ah! ¿Hasta cuándo el pobre hijo del país que, tentado por un gran sueldo, ofrecido acaso por extranjera empresa, bajaba de las mesetas centrales a trabajar en las tierras bajas, no volvería con fiebres palúdicas, a curarse a la metrópoli; no regresaría a gastarse en un mes lo que había economizado en un año; no regresaría inutilizado para siempre, y, muchas veces, a engendrar hijos enfermos, que hacían más bajo aún el coeficiente de la raza?

¿Hasta cuándo el adolescente tropical que, urgido por imprescindibles urgencias masculinas, buscaba regazos de mujeres, no encontraría el terrible, el histórico mal que hace siglos castiga los pecados de la carne?

¿Hasta cuándo, antes que profesiones liberales, se enseñaría a los guatemaltecos ciencia agrícola, como mandaba imperativamente el más elemental conocimiento de sus necesidades?

¿Cuándo Centro-América sería un país sobrio? Y sobrexcitado, esta vez como otras mi desequilibrio necesitó de su desahogo lírico. Me senté a la mesa de trabajo y nacieron estos versos dolorosos, que son como el grito de la raza que agoniza bajo el sol del trópico:

OID LO QUE EL TROPICO ENCIERRA...

¡HOMBRES extranjeros!
Oíd lo que el trópico encierra:
pueblos siempre en guerra,
fiebres que devastan países enteros.

Lo habita una raza llena de tristeza:
el indio, que es triste por naturaleza;
y luego el ibero
que es triste, piadoso, sombrío y severo.

Y así el cuadro es éste:
El hambre, la guerra y la peste.

¡Naciones extrañas!
Es llegada la hora
de los vegetales y las alimañas
en el suelo cálido que el sol indio dora;
pero de los hombres no es llegada la hora.
No es llegado el día
y así su existencia parece agonía.

Como tosca raza de ídolos tallados en piedra
una híbrida raza de mestizos medra.
Tan solo, cantando canciones feroces,
mestizos de negro levantan sus voces.
En estos terrenos, de Kali santuarios,
por la Diosa obscura suenan los carrizos.
Perecen los arios.
Medran los mestizos.

Una raza criolla lame los zapatos
del déspota hidrópico
y trágicas pasan las fieras del trópico:
tigres y mulatos.

Las fiebres palúdicas devoran los glóbulos rojos
de la sangre: naciones enteras se postran de hinojos.

Nuestra tierra, vientre hinchado y obscuro,
guarda la reserva rica del futuro;
pero no ha llegado del hombre la hora
y el hombre aquí llora.

Hijos, hijos míos de trágico porte:
oíd la consigna: al Norte; hacia el Norte.
Antes de que pasen vuestras juventudes,
¡A otras latitudes!

Concluídos estos versos, los leí muchas veces No me cegó la reciente paternidad. Comprendí que, como todas mis producciones, esta era una obra inacabada, un esbozo nada más. Jamás había podido retocar nada. La disciplina mental me era imposible. Pero aquellos apuntamientos no me descontentaron. Mi angustia había encontrado e vocativo enfático y la frase precisa. Había quedado fija mi visión del trópico. Había expresado lo que quise expresar. Unicamente pensé:—no los entenderán. Una vez más me herirá la incomprensión: la incomprensión que, según el doctor Esquerdo, es la eterna pesadilla del místico, muy comprensivo, ay, pero muy crepuscular. Se me tachará de aristócrata

y de intolerante. A mí, que sólo sé amar, se me creerá insolente y cruel. ¿Cómo hacer entender a la censura que ese mulato y ese mestizo que fustigo son los hombres primitivos y crueles con los que se nos gobierna: el comandante y el Jefe Político que siembran el terror en cada pueblecillo y en cada cabecera departamental? Si se me presenta un hombre de tez obscura pero de espíritu evangélico yo lo estrecharé contra mi corazón y lo llamaré hermano. Y le diré:—Eres de mi raza, de la raza aria; eres blanco de pies a cabeza; no me refiero precisamente a la epidermis..... Ese mestizo, ese mulato que parecen un obsecionante estribillo en mis versos, no son de tu raza.....

Después, como siempre, sobrevino la terrible reacción de histérico que se apodera de mi después de cualquier trabajo un poco intenso. Aunque apenas eran las últimas horas de la tarde, me desnudé y me acosté. Y aquellos versos que, como todos los míos, eran, bueno o malo, el genuino fruto de mi pobre individualidad morbosa, seguían sonando en mis oídos. Como el grito angustiado de la raza blanca que agoniza bajo el sol del trópico, me dormí repitiendo:

Perecen los arios.
Perecen los arios.

GUATEMALA, JULIO DE 1914.

FIN.